Caras y Caretas

BROMA PESADA

—Y eso, ¿qué es?

—[illegible] ...il.


GINEBRA
Bols
Su color
ámbar pálido
comprueba su vejez.
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS & Cía.
BUENOS AIRES

La Perchtentanz



Dos hermosos «Perchten», acompañados de muchachos vestidos de mujer.

Difícilmente se encontrará otra región en Europa donde perduren tantas costumbres curiosas, resabios de la Edad Media y del paganismo, como en el pequeño ducado de Salzburg (Austria).

Se celebra allí periódicamente una feria en la que tiene lugar la «Perchtentanz», o sea, la danza en honor de Perchta, famosa divinidad madre de todos los dioses.

Perchta tiene su corte formada de extraños seres, semihumanos, semidivinos, los «Perchten salvajes» que en el baile rodean a los bailarines principales: los «hermosos Perchten». Nada puede ser más fantástico que el aspecto de estos últimos. Llevan sobre la cabeza el ornamento más extraordinario que se pueda concebir: dos grandes cuadrados de madera forrados de terciopelo punzó sirven de escaparate a multitud de relojes, cadenas y cuanta joya obtiene el bailarín en préstamo para la ocasión, o bien aves de todas clases, retratos, flores, etc.

Como se comprenderá este ornamento resulta pesado en extremo, viéndose obligado el portador a recurrir a una argolla de hierro pasada alrededor de la cintura, para sujetarlo en su sitio.



Caretas que llevan los «Perchten salvajes».

El corso en Bernal



Grupo de Mirasoles, formado por las señoritas Di Bella y Tito.



Coche con bellas Gitanas, señoritas de Gabelich, Sánchez y Vila.



Señoritas de Long y Palmieri, en su original disfraz de Trébol.



La madre que da Levadura a su nene, no necesita recurrir a purgantes.

Sus digestiones son perfectas, asimila bien, duerme bien y está siempre sano y contento.

Las erupciones de la piel y la constipación están para siempre vencidas.

CUIDADO CON LAS IMITACIONES

Exigir "Levadura de Frutas Gibson"

Farmacia y Droguería DIEGO GIBSON

168, DEFENSA, 192 - Sucursal: 159, FLORIDA (Pasaje Güemes)



Durante un descanso, en el gran baile de disfraz, celebrado en «L'Aiglon», por la sociedad «Círculo Ultimatum».

Gran baile familiar de fantasía, realizado en los salones del «Centro Riojano Español», por el centro recreativo «Ilustración Ibérica».


Parfumerie Hygienique
Poudre Grasse de Brissac
POLVO GRASOSO de BRISSAC
BRISSAC
MARQUE DÉPOSÉE
PARIS
PARFUMERIE HYGIEN
BLANCHE
Polvo Grasoso
Brissac.
PARIS
El ideal de las señoras elegantes.
Este polvo de arroz, de perfume fresco y agradable, no sólo es inofensivo para el cuidado del rostro, sino que por su invisibilidad y adherencia, le da una suavidad a la tez que no puede alcanzarse con ningún otro producto.
El Polvo Grasoso Brissac, se vende en tres colores: Rosado para las personas rubias, y blanco o «Rachel» para las morenas.
El Polvo Grasoso Brissac, puede obtenerse con los siguientes perfumes: Jazmín, Violeta, Rosa, Heliotropo, Lila, Clavel.
La caja legítima del Polvo Grasoso Brissac, ha de llevar la faja de garantía que contiene impreso el nombre y la marca registrada, reproducida igualmente en la tapa y debajo de la caja.
$ 1.40 la caja.
PIDASE EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS Y FARMACIAS
Unicos concesionarios: L. AUBERT y Cía., CHILE, 1958/72 - Buenos Aires U. T., 7260, Libertad

CASINO. — Novedades interesantes. — El debut de la gran Compañía de Variedades Norteamericanas.

El lunes y el miércoles de la presente semana han hecho su presentación en el escenario del teatro Casino catorce artistas norteamericanos llegados a bordo del vapor «Vasari», el mismo que condujo a nuestro embajador Naón.

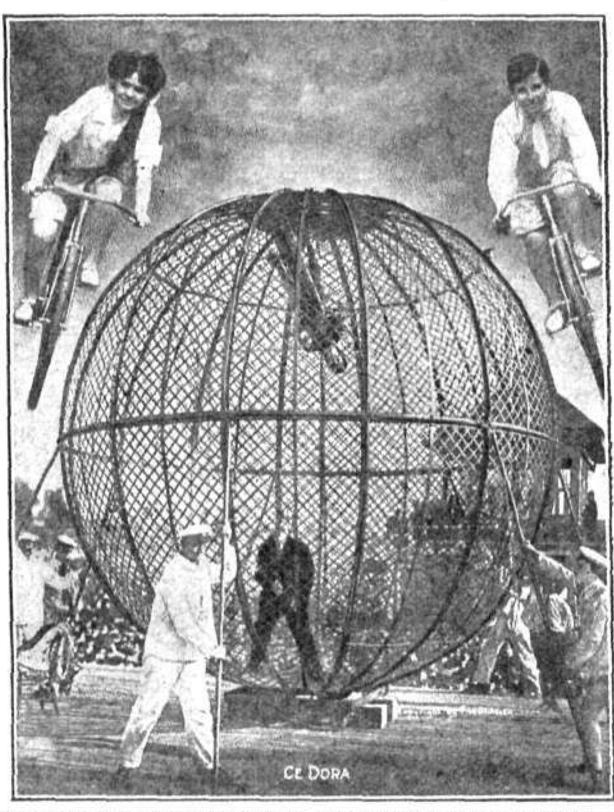
Hemos tenido ocasión de ver a esa *troupe* de artistas y, francamente, podemos dejar traslucir nuestra inmejorable impresión.

Llama la atención por su mérito, su novedad, su riesgo y su importancia el número denominado *Cedora*, constituído por notables ciclistas y motociclistas de ambos sexos y por un globo dorado giratorio, dentro del cual, a velocidades vertiginosas, los equilibristas efectúan sus trabajos. El público aplaude esta atracción con gran entusiasmo, pues en realidad se trata de un espectáculo emocionante.

También fueron recibidos con éxito los debuts de la bailarina Ada Androva, norteamericana, pero que ofrece un repertorio de danzas internacionales; y de Sascha Piatov y Miss Hamilton, bailarines de salón. La excéntrica Dottie King, los equilibristas Kullervo Bros y los contorsionistas Marlos son también números dignos de verse.

El programa del Casino ofrece ahora atractivos singulares.

El domingo se inaugurarán las matinées infantiles extraordinarias.



Un espectáculo extraordinario: Cedora, notabilísimos equilibristas y acróbatas en motocicleta y bicicleta, en su gran globo giratorio.



Androva, notable cantante americana, que ha debutado en el Casino.



Los Marlos, contorsionistas, otra de las novedades.



Los bailarines Sascha Piatov y Miss Hamilton.



Los hermanos Kullervo, finlandeses, equilibristas.



Dottie King, excéntrico.



Un Automóvil Se Juzga Por Su Apariencia

Si el acabado se conserva en buenas condiciones, las amistades de Ud. admirarán su automóvil, pero si lo deja ponerse opaco y manchado, causa mala impresión, sin que importe su perfección mecánica.

CERA PREPARADA DE JOHNSON

—Líquida o en Pasta—

Actualmente fabricamos esta cera en forma *Líquida*. Da un brillo instantáneo con muy poco frotamiento. Un automóvil de tamaño regular puede lustrarse en media hora. La Cera *líquida* de Johnson es exactamente igual a la de forma en pasta.

Un Pulimento a Prueba de Polvo Para Automóviles

La Cera Líquida de Johnson proporciona un lustre seco, duro y como cristal, que no recoge o retiene el polvo. Conserva el barniz y lo protege contra las inclemencias del tiempo, dándole mayor duración y conservando su belleza. Cubre las manchas — evita que el barníz se parta — corta el agua — hace que los lavados duren más.

Incomparable Para Los Muebles

La Cera Líquida de Johnson limpia y da brillo en una sola operación. De una manera pronta y permanente quitará esa capa azulosa que se forma sobre pianos, victrolas y otros muebles de caoba. Un magnífico pulimento y una verdadera protección para pisos y linóleo.

Insista Ud. en que su vendedor le proporcione los productos Johnson. En caso de no tenerlos, él puedo obtenerlos de nuestros representantes:

R. E. CARLO & CIA.
Moreno 927, BUENOS AIRES
Fabricado por
S. C. JOHNSON & SON., Racine, Wis., E.U.A.



El corso en Lomas de Zamora

Palco ocupado por las señoritas de Balán, Santamarina y Palacios, en el corso celebrado en la Avenida Meeks.

Uno de los coches que más llamó la atención, ocupado por las señoritas Jiménez, Padilla y Greco.

Un bello grupo de aldeanas, formado por las señoritas de González y Yaniz.



Cuando los niños tienen la lengua sucia, sufren de estreñimiento.

El Jarabe de Higos «California» es lo mejor que se conoce para cuando los niños están intranquilos, febriles y enfermizos.

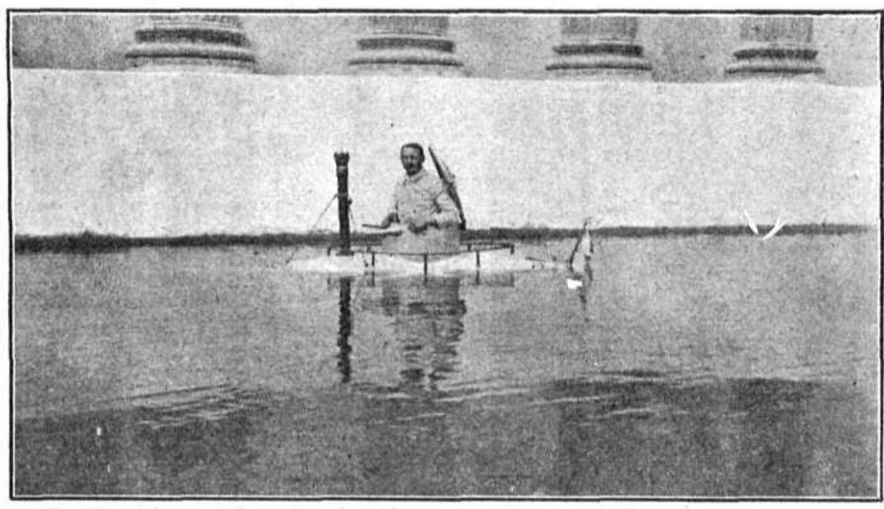
Los niños encuentran este «laxante de fruta» muy agradable al paladar, y en realidad no hay nada que limpie el estómago, hígado y los intestinos de los niños con tanta eficacia. Los niños no dejan el juego por evacuar, y el resultado es que sus pequeños intestinos se obstruyen, el hígado se pone pesado y el estómago ácido, y entonces se vuelven malhumorados, enfermizos, febriles, no comen, no duermen, ni sus intestinos funcionan bien, el aliento se pone fétido, tienen resfriados, mal de garganta, dolores de estómago o diarrea. ¡Oigan, madres! Vean si la lengua de los pequeños está sucia, y entonces déseles una cucharadita del Jarabe de Higos «California», y en pocas horas desaparecerá de su sistema toda substancia estreñida, las bilis ácidas y la comida no digerida, y el niño estará sano y contento otra vez.

Millones de madres dan el Jarabe de Higos «California» a sus niños, porque es completamente inofensivo; y los niños lo encuentran muy agradable al paladar, haciendo el efecto rápido y eficaz en el estómago, hígado y los intestinos.

Pídale al boticario una botella del Jarabe de Higos «California», que contiene las direcciones impresas en la botella, para niños de todas las edades y para adultos. Cuídese que no le den otro Jarabe de Higos falsificado. Compre el genuino, hecho por «California Fig Syrup Company». Devuelva cualquier otra marca.

La guerra submarina en el Parque Japonés. — Los pescadores de monedas. — Espectáculos interesantes.

La guerra submarina, que tantos apasionamientos suscita en el público, ha sido trasladada, en miniatura y sin sangre, a una gran piscina construída ex profeso en el Parque Japonés. El ingeniero Cav. Pini ha construído un submarino de dimensiones reducidas, pero verdadero *facsímil* de los que ejecutan ataques en los mares de Europa. Esa embarcación maniobra y se sumerge a la vista del público. Realiza sus evoluciones tal cual si fuera un verdadero instrumento de guerra.



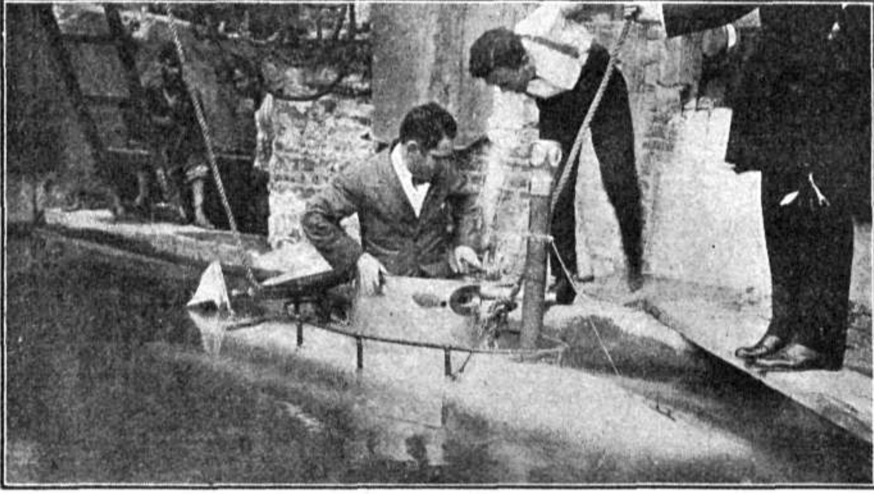
El Cav. Pini, constructor del submarino «Argentino», que se exhibe y maniobra todos los días en una gran piscina del Parque Japonés.

El submarino del Cav. Pini ha sido bautizado con el nombre de *Argentino*.

El jueves de la semana anterior examinó la embarcación un grupo de inspectores municipales.

También trabajan en la misma piscina seis negros de Dakar. Son grandes nadadores y pescan con maestría las monedas que el público les arroja al fondo del agua.

En el teatro romano del Parque Japonés, se han efectuado varios debuts importantes.



La comisión de inspectores municipales, examinando el submarino.



Seis negros legítimos del continente africano. Son de Dakar, y dicen: — Nous sommes citoyens français... — Estos personajes actúan en el Parque Japonés y son nadadores de primera línea y grandes pescadores de monedas en el agua.



Riquísimo juego de cristal cortado, compuesto de 75 piezas. — Modelo antiguo, periodo "Jacobean".

Lo mismo que representa el brillante entre las piedras preciosas, lo representa el Cristal Inglés Cortado entre los objetos de cristal fino.

El Cristal Inglés Cortado es un producto de arte; y como producto de arte es una obra perfecta.

Estas consideraciones de excelencia, demarcan los límites de la superioridad absoluta, tanto en los diversos objetos que se destinan para ornamentar un hogar, como en los Juegos de mesa que hacen distinguido un comedor.

Siguiendo estrictamente esta norma, es como han sido ideados por célebres artistas, los múltiples articulos y los variados Juegos de mesa que MAPPIN & WEBB ofrece a las familias en cuyo hogar se estilan todos los refinamientos del lujo, del confort moderno y del gusto artístico que en todo momento ponen de relieve su distinción.

El SALON BLANCO de MAPPIN & WEBB, que es donde están expuestas todas estas magnificencias del arte del Cristal Tallado, merece, por este concepto, una minuciosa visita.

Mappin & Webb

LA CASA DE MODA PARA REGALOS DE CALIDAD

28 - FLORIDA - 36 BUENOS AIRES

Sucursal en Mar del Plata: Calle Rivadavia (frente al Bristol)

"Caras y Caretas" en el Parque Japonés



Grupito formado por los niños Raquel Domínguez, C. y M. Pereyra, César Agromayor y Ricardo Morales.



Elba Prat Martínez — Odalisca. María Esther Cazala — Manola. Ana María Fasano — Locura.



Los pibes: H. y R. Canchal, M. y R. Ughesich, Luis E., María E. y Oscar Carsa, R. Estravich, Pepita González, T. Quiles, C. y M. Acosta, Juan C. Bucech, R. Kaminsky, Oscar Robert, José M. Bucech, T. Mariani, L. Twelein.

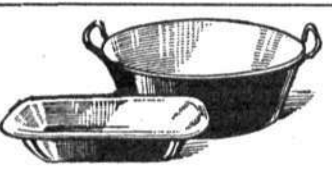


Interesante conjunto compuesto por los niños: A. Bonacera, A., M. y C. Sanz, A. y M. Lacaze, M. Zapatez, L. Pontini, Sara y Lázaro Graus, J. y M. Puparedi, M. Bignone, Celso Aste.

Excepcional Exposición Especial de Artículos de MENAJE y BAZAR. Surtido el más interesante. Precios económicos

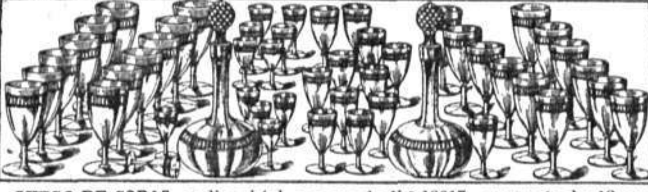


JUEGO DE COPAS, medio cristal acanalado, compuesto de: 12 copas para agua, 12 copas para vino, 12 copas para oporto, 12 copas para licor, 1 botellón, 1 jarra. Total: 50 piezas. El juego completo, a......... $ **21.90**

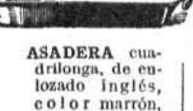


FUENTES CUADRILONGAS, hondas, de enlozado inglés, color marrón, 33 ctms. a pesos.. **1.90**

LEBRILLOS redondos, con dos asas, de enlozado inglés, color marrón, 34 centímetros, $ **2.35**



JUEGO DE COPAS, medio cristal, con guarda N.º 13617, compuesto de: 12 copas para agua, 12 copas para vino, 12 copas para oporto, 12 copas para licor, 2 botellones. Total: 50 piezas, a........................ $ **41.50**



ASADERA cuadrilonga, de enlozado inglés, color marrón, 33 cts., a.... $ **1.90**

COLADORES redondos, con dos asas, de enlozado inglés, color marrón, 22 centímetros, $ **1.10**

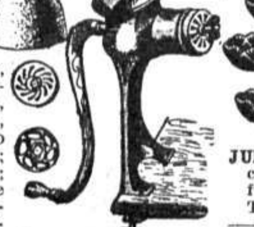




BATERIA DE COCINA, enlozado norteamericano, color gris, compuesta de: 1 cacerola con tapa, 14 ctms.; 1 cacerola con tapa, 16 ctms.; 1 cacerola con tapa, 18 ctms.; 1 cacerola con tapa, 20 ctms.; 1 cacerola con tapa, 22 ctms.; 1 cacerola con tapa, 24 ctms.; 1 olla con tapa, capacidad para 8 litros; 1 pava, fondo plano, capacidad 3 litros; 1 cafetera filtro, capacidad 2 litros; 1 lebrillo redondo, 38 ctms.; 1 jarra con tapa, capacidad 2 litros; 1 jabonera para cocina; 1 jarro, alto 8 ctms.; 1 cucharón de 9 ctms.; 1 espumadera de 9 ctms.; 1 colador para verdura, diámetro 16 ctms.; 1 sarten con cabo, diámetro 22 ctms.; 1 sartencito, diámetro 18 ctms.; 1 fuente cuadrilonga, honda, 28 ctms.; 1 embudo, 12 ctms. Total: 20 piezas. El juego completo, a.............................. $ **27.50**

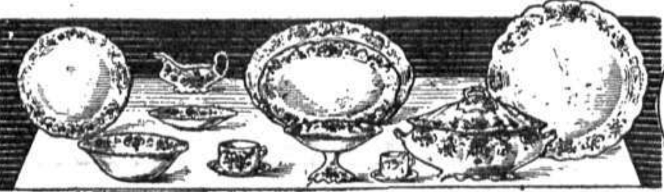
JUEGO PARA TE, de barro negro decorado, compuesto de: 1 tetera, 1 azucarera y 1 jarrita. El juego, a......... $ **2.95**

JUEGO PARA CREMA, medio cristal labrado, compuesto de: 1 fuente y 12 coquillas. Total: 13 piezas, a.. $ **5.25**



MAQUINA PARA PICAR CARNE, artículo estañado, con tres cortes distintos.

N.º 3, $ **6.50**. Nº. 2, $ **4.50**. N.º 1, $ **4.—**



JUEGO DE MESA, de loza inglesa, estampado en color rosa únicamente, compuesto de: 1 sopera, 2 guiseras, 1 compotera, 2 rabaneras, 1 salsera, 1 ensaladera, 2 fuentes ovaladas, 1 fuente redonda, 24 platos playos, 12 platos hondos, 12 platos para postre, 12 tazas para café y 12 tazas para té. Total: 83 piezas, a.............................. $ **45.—**



JUEGOS DE TRES JARRAS, de loza inglesa, floreadas. El juego, $ **2.95**

BATIDORES DE RUEDA, artículo norteamericano, para batir huevos, a pesos **0.25**



A LA CIUDAD DE MEXICO

OLLIVIER ALBERT & CIA.
Florida y Sarmiento-Bs. Aires

CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.

Le preguntan a un conscripto:

—¿Y usted, Miranda, de qué se ocupaba antes?

—Hacía estudios astronómicos.

—Está bien; pero olvide todo eso... Aquí en el regimiento está prohibido hacer toda clase de observaciones.

BRENANT.



—¡Qué falso es el mundo!

—¿Qué te sucede?

—Me pasé toda la mañana pintando un gorrión para venderlo como canario, y me han pagado con moneda falsa.

PORTEÑO.



—María, todas las sillas del vestíbulo están cubiertas de polvo.

—¿E qué culpa tenju eu que naides si siente en ellas? SALA.

—¿Qué tiene?, ¿dónde siente dolores?

—Vea, doctor, me duele la cabeza, el estómago, el corazón, el vientre, las piernas... ¡ah, Dios mío! ¡cuánto sufro! ¿qué podría recetarme, doctor, para curarme de estos males?

El doctor, después de reflexionar unos instantes, le dice:

—Lo único que puedo recetarle es que... haga su testamento.

ANDRENIO.

—Si me caso y me llevo una mujer... nadie me dice nada... En cambio, paso por una sastrería, me llevo un pantalón... y me llevan a la cafúa... De lo que resulta que una mujer vale menos que un pantalón... ¿No es así?

FRANC.



—¿Con que se casa usted de nuevo? Sin embargo, usted pareció sufrir cuando murió su finada.

—Señora: es un caso como el de los dientes: Aunque duelen al arrancarlos, hay que reemplazarlos.

LUIS.

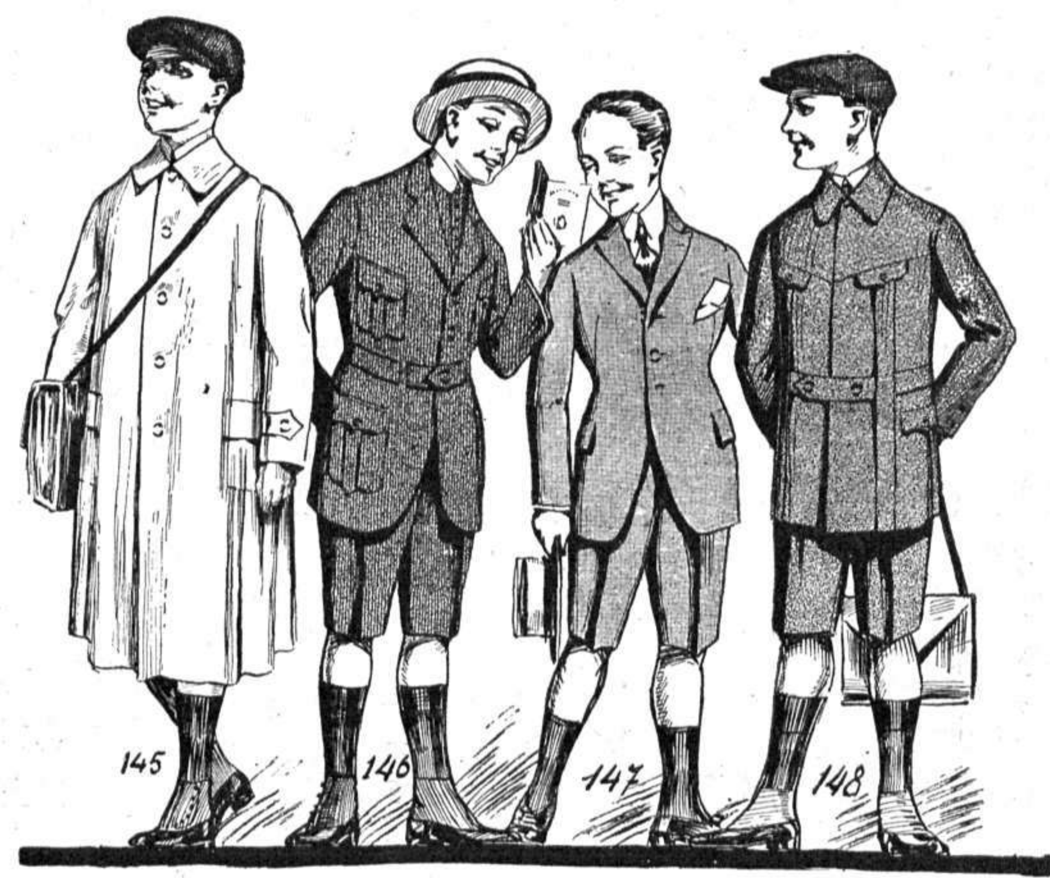
La Argentina

A. De Micheli y Cía

Avda de Mayo 1001 esq. B. de Irigoyen

Apertura de los Colegios.

Recomendamos a nuestra clientela, la inmensa variedad y selección que abarca nuestra surtido en trajes para jovenes y niños, como asímismo nuestra existencia en ajuares completos para colegiales.



145. — Guardapolvo en brin lavado, color crema, clase especial, 5 años, a......... $ **3.50**

Aumentando 25 centavos más por cada año.

El mismo modelo en brin gris de puro hilo, calidad excepcional, 5 años, a pesos.......... **4.00**

Aumentando 25 centavos más por cada año.

146. — Espléndido Traje forma «Sport», modelo de mucha aceptación, prolijamente confeccionado en *casimir inglés* de pura lana colores lisos grises, 8 años, a $ **29.50**

Aumentando $ 1.— más por cada año.

El mismo modelo en franela gris y marrón, calidad gruesa, como para media estación, 9 años, a............ $ **19.00**

Aumentando 50 centavos más por cada año.

147. — Traje completo, espalda con travilla y pliegues, confección esmerada, en casimir importado de lana *pura*, colores serios, 10 años, a pesos......... **34.00**

Aumentando $ 1.— más por cada año.

148. — Traje forma cazadora, modelo práctico, bien confeccionado en rico casimir peinado, *todo forrado, colores* lisos, 8 años, a......... $ **28.00**

Aumentando 75 centavos más por cada año.

CREDITOS: Acordamos créditos en mercaderías, pagables en 10 meses, sin cobrar intereses y sin recargar los precios.

SOLICITEN CONDICIONES

El Corso de Quilmes



Familias de Modíe, Almeida, Casanova, Taylo, Aguilar, Haguei González, Silvano y Solé.

Palco ocupado por la familia de Rodríguez Jáuregui.



Coche ocupado por las señoritas Josefa, Vicenta y Martina Arraztoa.

Señoritas de Sormani, Castañeira y Mórtola.



El coche "**METZ**" es una novedad.

Todas las innovaciones que ha sugerido la práctica automovilística están en él.

Es el más liviano, porque sólo pesa 850 kgs.

Es el que consume menos nafta y aceite.

EL SISTEMA DE ENCENDIDO ES Á MAGNETO DE ALTA TENSION

El "**METZ**" es el ganador de la clásica "**Copa Glidden**", en Norte América, carrera de resistencia de 8 días, salvando lomas, médanos y pantanos.

En el "**METZ**" están eliminadas las roturas o fallas en la transmisión porque funciona

SIN ENGRANAJES

Con sus discos patentados se consiguen

7-VELOCIDADES-7

ENTREGA INMEDIATA

Precio, sobre vagón Buenos Aires, $ m/n. 3.100

Pídanos detalles o visítenos.

Importador: **Ing. ADRIAN R. LAJOUS**

Salón de ventas: **VIAMONTE, 939 - Buenos Aires** - U. T., 1382, Juncal

REPRESENTANTES EN:

Uruguay: **JUAN PRADELLES - Avenida 18 de Julio, 1312 - Montevideo**

Provincia de Santa Fe: **FEDERICO SOLARI - General Mitre, 715 - Rosario**

Fabricantes: **METZ COMPANY,** Waltham, Mass., U. S. A.



Bibliografía

«Poesías completas», por Manuel Machado. Edición Residencia de Estudiantes. — «El alma y el cuerpo de don Juan», por Alberto Insúa.—«Todo al vuelo», por Rubén Darío.—«Jardines interiores», por Amado Nervo. Ediciones Renacimiento.—«Los veinte ensayos», por Emerson. Edición España Moderna. — «La ciudad de los suicidas», por Muñoz Escamez. Editor: Ollendorff. Rep.: Agencia general de librería y publicaciones.

«Boletín bibliográfico» de Julio Suárez. Mes de enero.

«Encuestas sobre los programas de las escuelas primarias», por Mariano Arancibia.

«Por peteneras», sainete, por Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández. Biblioteca Cómica.

«El tabaco», revista mensual. Año I. Número I.

«Botánica práctica», por Antonio Valeta. Biblioteca Higiene y Salud.

«Nosotros». Enero. Buenos Aires.

«Narraciones de una nonna», cuentos. Editor: Perrotti.

«El Austria y la Hungría de mañana», por Arthur Cheroni.

«Revista forestal». Número 16.

«Las fracturas de los maxilares», por Juan Ubaldo Carrega. Editor: Denuble.

«Democracia y prusianismo», por el doctor Alfredo L. Palacios.

El teléfono de los negros

Muchas veces ha causado extrañeza la rapidez con que las noticias se transmiten en los países habitados por salvajes, tales como los del centro de Africa.

Esta rapidez es tan asombrosa, que se ha dado el caso de que los árabes del Sudán supieran antes que los europeos derrotas importantes sufridas por los ingleses en su guerra con los boers.

Un explorador francés ha hecho recientemente un estudio minucioso del asunto.

Dice que las comunicaciones se transmiten entre los negros por medio de varios instrumentos, entre los cuales los más comunes son cuernos y tom-toms.

Los cuernos son de marfil, y los hacen vaciando un colmillo de elefante. Colocan la boquilla a un lado, y la gradúan de modo que pueda dar siete notas distintas. Por lo general, estos cuernos son excesivamente largos.

Los tom-toms ordinarios consisten en un tronco hueco de madera con una piel de cabra puesta muy estirada en cada uno de los extremos, como si fuese un tambor.

Durante el estudio que hizo el explorador francés ocurrieron dos casos notables de rapidez de transmisión de noticias por medio de estos instrumentos.

El jefe del puesto de Stanley-Falls tuvo noticias por un indígena de una tribu vecina de que un tren cargado con provisiones había sido atracado por ladrones negros, dos días antes, a 333 kilómetros del puesto. Una semana después llegaron noticias confirmando las del indígena.

El otro caso es el de un oficial del Congo francés, que pereció ahogado en el río Congo, y se tuvo noticia del suceso a la mañana siguiente en una aldea que distaba 344 kilómetros del lugar de la desgracia.

Algunas tribus hacen también uso de una especie de xylofono de cuatro notas, por medio del cual y de un lenguaje combinado, los indígenas se comunican unos con otros a largas distancias.

Los árabes, que, como es sabido, monopolizan casi el tráfico en el interior de Africa, emplean el mismo instrumento en sus viajes comerciales y en sus expediciones guerreras. Por medio de los xylofonos avisan a sus agentes su próxima llegada; tienen establecidas verdaderas líneas regulares de puestos, donde se reciben los avisos y se transmiten más allá; y así los comerciantes, al llegar, encuentran siempre dispuestas las mercancías, las provisiones y las municiones.

Sumario del número 22 de
PLVS VLTRA
que aparecerá el 28 del corriente.

Portada: Cuaresma, gouache de Alonso. — Exposición de esculturas en Nueva York, a beneficio de los aliados. — El kurbé del sultán Selim "El atroz". — Lugares pintorescos: Suburbios de la Asunción. — El Talar de Pacheco, por Antonio Pérez-Valiente. — La caravana, boceto al óleo de Frank Brasgwyn. — Toledana, por Benito Lynch, dibujo de Centurión. — Pintores americanos en Barcelona, por Valentín de Pedro. — La plegaria, óleo de Bianchi Mosé di Monza. — José María Cao, por Manuel Mayol. — Carnaval, por José María Cao. — Las rondas del amor, por José Martínez Jerez, dibujo de Peláez. — Siesta y Modorra, por Juan Carlos Bernárdez, dibujos de Riambau. — Estival, por Raúl P. Osorio. — Una escena de Carnaval: En el baile de máscaras, gouache de Alonso. — A orillas del lago de Como, por Oliverio Girondo. — Crónica científica: La ubicuidad de los espíritus, por Enrique M. Rúas, dibujo de Alonso. — Los speos de Abu-Simbel, por José B. Llanos. — Desde Italia: Los pintores de la guerra. — Visita al Cardenal, óleo de Sánchez Barbudo. — La "toilette" en la antigüedad, por Rafael Simboli. — Oleo de Zuloaga. — Páginas femeninas: Crónica, por La Dama Duende. Noche serena, por Rosa Bazán de Cámara. Hacia adelante, por Sofía Molina Pico. ¿Quiere usted saberlo?, por María Lebem; dibujos de Sirio. — Retrato de la señora Magdalena Ortiz Basualdo de Becú, fotografía Van Riel. — Instantáneas de Mar del Plata.—Una escena histórica.

Carnaval en la provincia



SAN ISIDRO — Concurrentes al baile de disfraz, celebrado en el «Pabellón Blanco».



SAN ISIDRO. — Público estacionado frente a la municipalidad, en el corso realizado en la Avenida 25 de Mayo.



VILLA BALLESTER. — Un intervalo del concurrido baile de máscaras, dado en el salón «Teatro Sarmiento».

Manera de desprenderse de un cutis malo

(Del «Woman's Realm»)

Es una tontería el intentar cubrir un color cetrino, cuando se puede hacer desaparecer el mismo, o cambiar el cutis. El «rouge» u otras sustancias similares aplicadas a una piel morena, sólo sirven *para hacer más palpable el defecto.* El mejor medio es aplicarse cera pura mercolizada — lo mismo que se pone el cold cream — poniéndosela por la noche, lavándose la cara por la mañana, con agua caliente y jabón y después un poco de agua fría.

El efecto de unas pocas aplicaciones es *simplemente maravilloso.*

La cutícula mortecina absorbe la cera, gradualmente y sin dolor, en partículas imperceptibles, mostrando la hermosa piel blanca aterciopelada que había debajo.

Ninguna mujer debe tener un cutis pálido, con ronchas, con barrillos o con pecas, si compra en una botica un poco de cera buena mercolizada y la usa como dejamos dicho.

CoÑAC DOMECQ

ADVERTENCIA

Rogamos a nuestros favorecedores rechacen toda botella de Coñac Domecq que no lleve grabado el nombre de *Gonzalo Sáenz y Cía.* en la estampilla de Impuestos Internos, que va adherida a la cápsula, única garantía para precaverse de las muchas falsificaciones que diariamente sorprendemos.

DE 51 CENTILITROS HASTA UN LITRO
FABRICANTE O IMPORTADOR
GONZALO SAENZ Y Cª
IMPORTADORES



Su exquisito bouquet y la suprema calidad del vino Jerez, con que este delicado coñac se fabrica, lo hacen objeto de las más altas alabanzas y de todas las preferencias.

Pruébelo y se convencerá.

UNICOS IMPORTADORES:

GONZALO SAENZ y Cía.

24, MAIPÚ, 26 - Buenos Aires

PRECIO DE VENTA:

$ 0.25



Nada más confortable, después de la comida, que una copita de **Coñac Domecq** y un cigarro de hoja **Labor Peninsular,** de la Compañía Arrendataria de Tabacos de España. El gobierno español exige, en la elaboración de estos cigarros, que han de contener tabaco habano.

Importadores: GONZALO SAENZ y Cía.

Nuestros visitantes

Rondalla de la agrupación musical «Hispania», cuya interpretación de las piezas de su repertorio, ejecutadas en nuestra casa, obtuvo de los numerosos visitantes que la llenaban, nutridos aplausos.

Hemos inaugurado, nuestra
GRANDIOSA EXPOSICION BLANCA
con precios de gran ocasión.



1 — **CAMISA** de batista, de algodón, con puntillas imitación hilo, a................ $ ***1.20***

2 — **CAMISA** de muy buena tela de algodón lavado, festoneada y vainillada en la misma tela, estilo muy práctico, a...... $ ***1.30***

3 — **CAMISA** de batista de algodón, adornada con un fino festón de broderie, a..................................... $ ***1.75***

4 — **CAMISA** de rico madapolán, guarnecida con buenas valencianas y pasacinta de broderie, a..................... $ ***1.90***

5 — **CAMISA** de madapolán, calidad exclusiva de la casa, festoneada y vainillada en la misma tela, artículo de gran aceptación, a.. $ ***1.90***

6 — **CAMISA** en tela de algodón, de clase superior, con adornos de fina broderie y buen pasacinta, a.................. $ ***2.25***

7 — **CAMISA** de madapolán Gath y Chaves, cartera y escote, adornada con buen festón de broderie, modelo cómodo para las señoras que crían, a...................................... $ ***2.25***

8 — **CAMISA** de fina batista de algodón, con adornos de anchos y finos encajes de valencianas, alforzas de lencería y pasacinta. Toda cosida a mano, a.............. $ ***2.50***

9 — **CAMISA** de batista de algodón; lleva un rico peto de cambray alforzado y buenos festones de broderie, a.. $ ***2.50***

10 — **CAMISA** de rica tela de algodón, tejido muy suave y compacto, con un lindo peto de fantasía, bordado, y ondas festoneadas, a................................ $ ***2.50***

11 — **CAMISA** de fina batista francesa, de algodón, primorosamente bordada, ojalada y festoneada sobre la misma tela; lleva un lindo pasacinta, a...................... $ ***2.50***

THE SOUTH AMERICAN STORES

Gath & Chaves Ltd

Anexo: Avenida de Mayo, Perú y Rivadavia



Lo natural y lógico es que una vez que usted haya probado el

XEREZ - QUINA - RUIZ

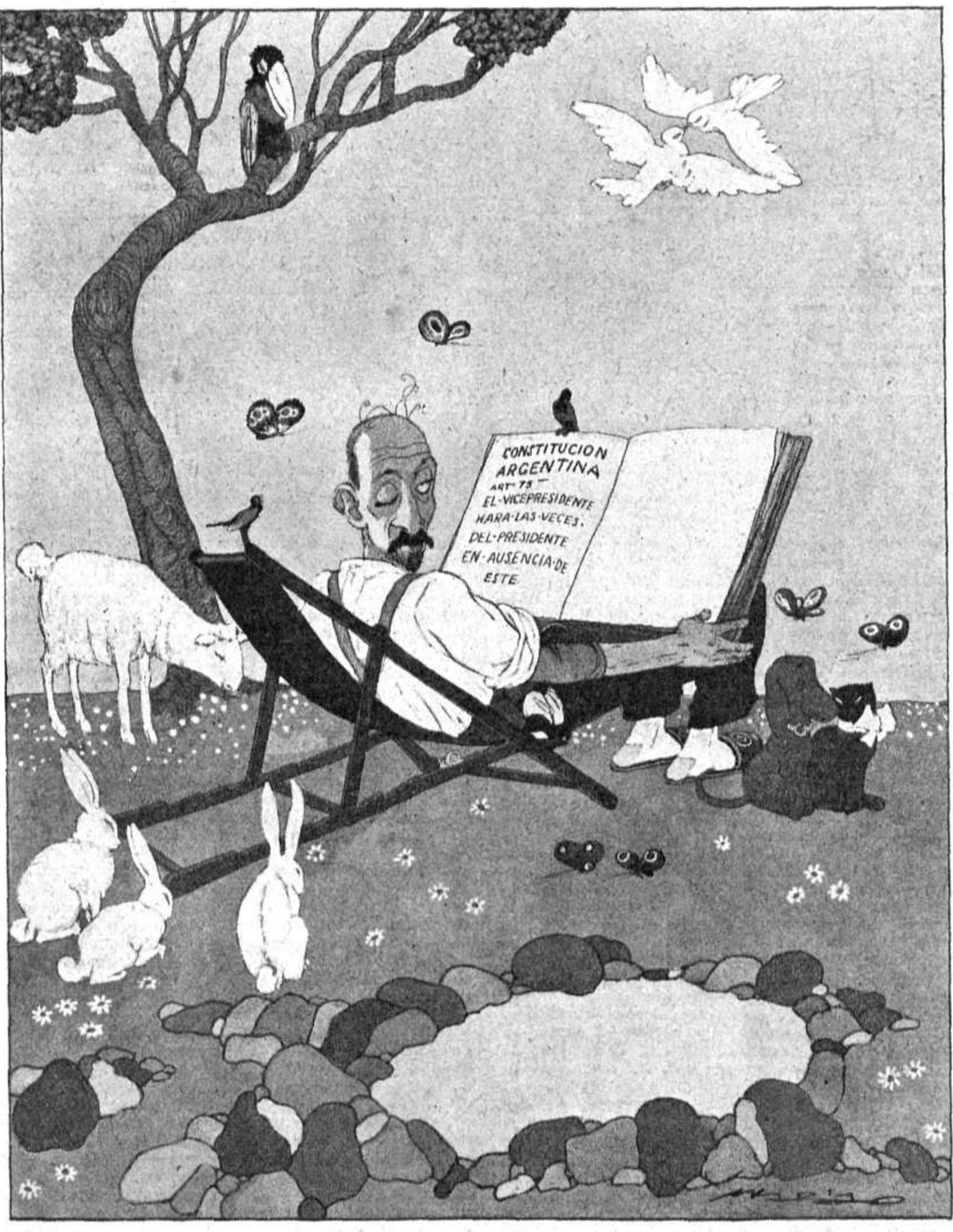
prescinda de todo otro aperitivo en mérito a que éste es el único, el ideal que reune todas las ventajas de una bebida excepcionalmente saludable a base de vino Jerez puro y seleccionado.

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA — JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XXI — BUENOS AIRES, 23 DE FEBRERO DE 1918 — N.º 1012

Bucólica

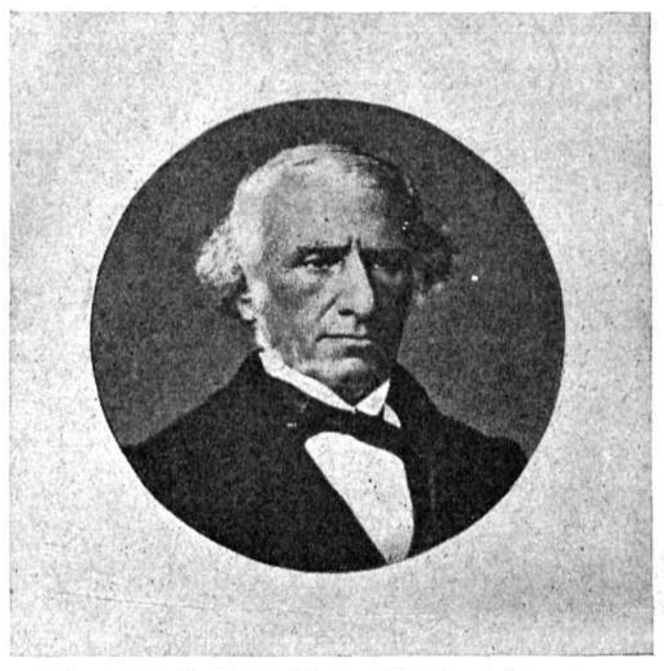


Don Pelagio. — Sólo aquí, en la paz de los campos, es donde uno admira la previsión de nuestros constituyentes. Este artículo 75, sobre todo, resulta para mí una obra maestra.

Dib. de Sirio.

Dalmacio Vélez Sársfield

18 de Febrero de 1801 - 31 de Marzo de 1875



Doctor Dalmacio Vélez Sársfield, autor del Código Civil Argentino.

Vélez nació en Córdoba «la docta». Es uno de sus hijos predilectos. Y a justo título, por cierto. No sólo porque aquel eminente varón podría enorgullecer a cualquier comarca de la tierra en que hubiera nacido, sino porque fué un producto genuino de la cultura, del espíritu de Córdoba. Y así como ésta es la «ciudad docta» por antonomasia, Vélez es el «sapientísimo cordobés», como lo llamó Del Valle y lo repetirán por mucho tiempo las generaciones argentinas.

Córdoba y su universidad han contribuído poderosamente por largas décadas a la cultura nacional. Por sus aulas pasaron muchos de nuestros grandes hombres. Y recuérdese que la fundación de Trejo y Sanabria fué la única en su género en las provincias unidas, hasta que Rivadavia abrió las puertas de la Universidad de Buenos Aires. Esa obra cultural constituye una deuda que la nación deberá reconocer siempre a Córdoba y a aquel eminente sacerdote americano que en medio de la pobreza colonial destinó parte de sus rentas a la educación de sus conterráneos, de los que luego fueron libertadores del patrimonio común. Muchos son los hijos de Córdoba, hasta los hijos espirituales, que han comprometido la gratitud de la nación. Pero entre ellos, la posteridad ha destacado a tres cuyas estatuas se alzan en sus plazas y paseos: Funes, que perteneció al núcleo de los precursores y los revolucionarios de la primera hora; Paz, que puso su espada al servicio de la libertad, combatió la tiranía, y fué el primero de nuestros tácticos militares; y Vélez, que se educó en medio de nuestras luchas civiles, pugnó por la organización nacional desde 1826, y colaboró en la obra de reconstrucción gubernativa como diputado, senador, convencional y ministro de estado, hasta que cayó abatido por los años, después de haber llenado noble y gloriosamente su misión en la tierra.

No es el caso de esbozar siquiera su biografía, sino de destacar sus servicios. Sin embargo, no sería lícito dejar de recordar cómo y por qué se trasladó Vélez a Buenos Aires, en seguida de terminados sus estudios. Recibió su educación primaria en el convento de San Francisco, y a los veintidós años era ya doctor en ambos derechos. Rivadavia, ministro de gobierno de don Martín Rodríguez, presidía en Buenos Aires una profunda evolución social y política: «la era del progreso». Vélez sintió la sugestión del grande hombre y vino a ponerse a su lado. Y colaboró en lo posible en su magna obra, fracasada, empero, por la acción regresiva de fuerzas mórbidas que no fué dable vencer. Como lo ha dicho Sarmiento, Vélez conservó hasta su muerte «un sentimiento de verdadera adoración por don Bernardino, de quien logró ser amigo, no obstante su poca edad, recibiendo de él consejos y dirección en sus estudios, pues debió a indicaciones suyas, contraer su atención a las cuestiones económicas, tan nuevas entonces entre nosotros, y a que Rivadavia daba la primera importancia.»

En medio del despotismo y la anarquía, Vélez completó su sólida preparación. Profundizó el estudio del derecho. Era además un consumado latinista y ello le sirvió a la par para estudiar a fondo el derecho romano, y para traducir y anotar la «Eneida», de Virgilio. Tan múltiple y amplio era su espíritu.

Caído Rosas, el gran cordobés figura en nuestras primeras asambleas. Acompaña a Mitre en la impugnación del pacto de San Nicolás desde las bancas de la legislatura de Buenos Aires. Forma parte de las convenciones de 1860. Es senador y ministro, como antes se ha recordado. Y es por encima de todas las cosas, el autor de nuestros Códigos, — en primer lugar de ese monumento de ciencia jurídica que se llama el Código Civil, — obra exclusiva de su excepcional talento, de su agudeza de criterio, de su firme equilibrio. Si a sus estatuas las abatiera el tiempo, si el alma de su posteridad fuera ingrata, quedaría siempre como un testimonio palpitante de su gloria el gran Código, el «Código de Vélez», base la más firme de la estabilidad del orden social.

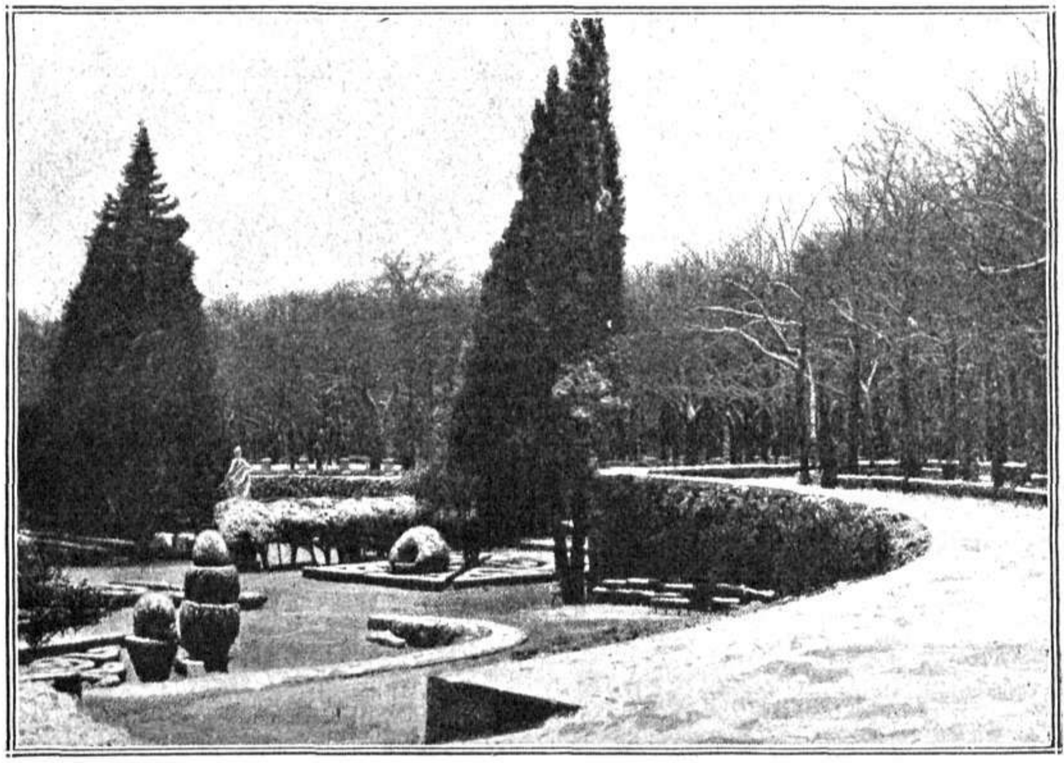
Cuando Sarmiento, elegido Presidente de la República, fué a solicitarle que aceptara el Ministerio del Interior, Vélez acogió con toda amistad al gran luchador, y aceptó el cargo en estos términos espirituales y amables que el mismo Sarmiento recordó al despedir sus despojos mortales: «¿Viene usted buscando el latín?» «Y era en efecto el latín, concluye Sarmiento, el derecho, lo que se necesitaba, y en lo civil, eclesiástico y comercial, él lo personificaba ante la opinión y la historia de la ciencia.»

El Presidente Avellaneda pronunció en aquella ocasión una sentida improvisación en que rindió culto al grande hombre. Después de evocar a grandes rasgos sus eminentes servicios, dijo: «Los años se acumulan numerosos y la actividad del doctor Vélez continúa asidua a las grandes tareas. Concluye después de los setenta años la redacción del Código Civil, la más vasta obra de legislación que haya producido la América, y reaparece por última vez como ministro en las esferas gubernativas, para ejecutar la red de telégrafos que han llevado hoy instantáneamente hasta los confines de la República, la noticia de la muerte del gran estadista, o inscribir su nombre al frente del primer censo en que hemos inventariado nuestra población y los elementos primordiales de su vitalidad y progreso.»

Es una figura consular. Habrá que repetir a su respecto la vieja frase, y no por vieja menos exacta: «Su vida fué un ejemplo y una lección». Así es la vida de los grandes hombres, de los verdaderamente grandes, de aquellos que como Vélez, al bajar al mundo de las sombras, perpetúan su nombre, dejan vivo su espíritu y palpitante en obras que no mueren con ellos, que importan un progreso efectivo, una conquista real, o simplemente una cosa bella, pues, en definitiva, todo lo grande es belleza que no muere.

M. DE VEDIA Y MITRE.

Madrid nevado



El Parterre del Jardín Retiro, después de la nevada.

El sol y la nieve son las dos causas de poesía que más ennoblecen a Madrid. El sol concede a la villa coronada una luminosidad graciosa, fina y aristocrática, de un estilo meridional sumamente delicado; la nieve presta a Madrid, en los raros intervalos del invierno, un tono hiperbóreo de ensueño y ternura.

Con la lluvia se hace grosero Madrid; se emplebeyece con el lodo; se ensucia y achica bajo el ultraje de las salpicaduras del barro. La lluvia es la enemiga de Madrid. Se diría que en las horas de lluvia caen todos los afeites del rostro de la ciudad, quedando demasiado a la vista las grietas y los defectos. Madrid no es bello con lluvia; Londres y casi todas las ciudades septentrionales adquieren acaso más interés y sugestión con la lluvia y la niebla.

Madrid necesita del adorno del sol; entonces es una ciudad fina, elegante, graciosa y vivaz. El sol la envuelve en su prestigio y la aristocratiza como un gran cuadro de Velázquez.

Pues bien, la nieve significa para Madrid un escamoteo de magia. Todo lo que la nieve tiene de involucración y de poética mentira, es en Madrid donde mejor se manifiesta. Una nevada convierte a la capital española en un cuento de niños. Imposible asistir a un cambio de decoración más estupefaciente. La ciudad meridional que habíamos visto adornada de sol, bruscamente se torna en un paisaje hiperbóreo, fácil al ensueño y a la melancolía, y pensamos que la ciudad ha sido trasportada a regiones inverosímiles.

Es el momento en que los sagaces gustadores de los bellos panoramas corren a contemplar la fiesta de la nieve. En pocas partes, en efecto, existen tan majestuosas perspectivas como en Madrid. El campo de los contornos, si otras veces puede parecer excesivamente seco y desolado, con la nieve recobra una singular animación y una grandeza insuperable.

Desde la cornisa del Palacio Real, los ojos se abisman en ese cuadro sublime, magistralmente pictórico, propiamente *velazqueño*, que forman el río Manzanares, las arboledas de la Casa de Campo, los obscuros encinares del Pardo, y en último término la mole de la sierra del Guadarrama. Todo ese panorama, noble y grandioso, se tiende al fondo y al pie del espectador, como si se ofreciera conscientemente en espectáculo. La nieve hace más puras las líneas del paisaje y lo viste con una luz suave, encantadora. Un silencio (el extraño *silencio de nieve*) sube del fondo del panorama y presta nuevo valor de encanto a la contemplación. Y el Guadarrama, limpio de nubes, todo blanco de nieve, brota del campo y sube al cielo como una ampolla ideal llena de anhelo del infinito...

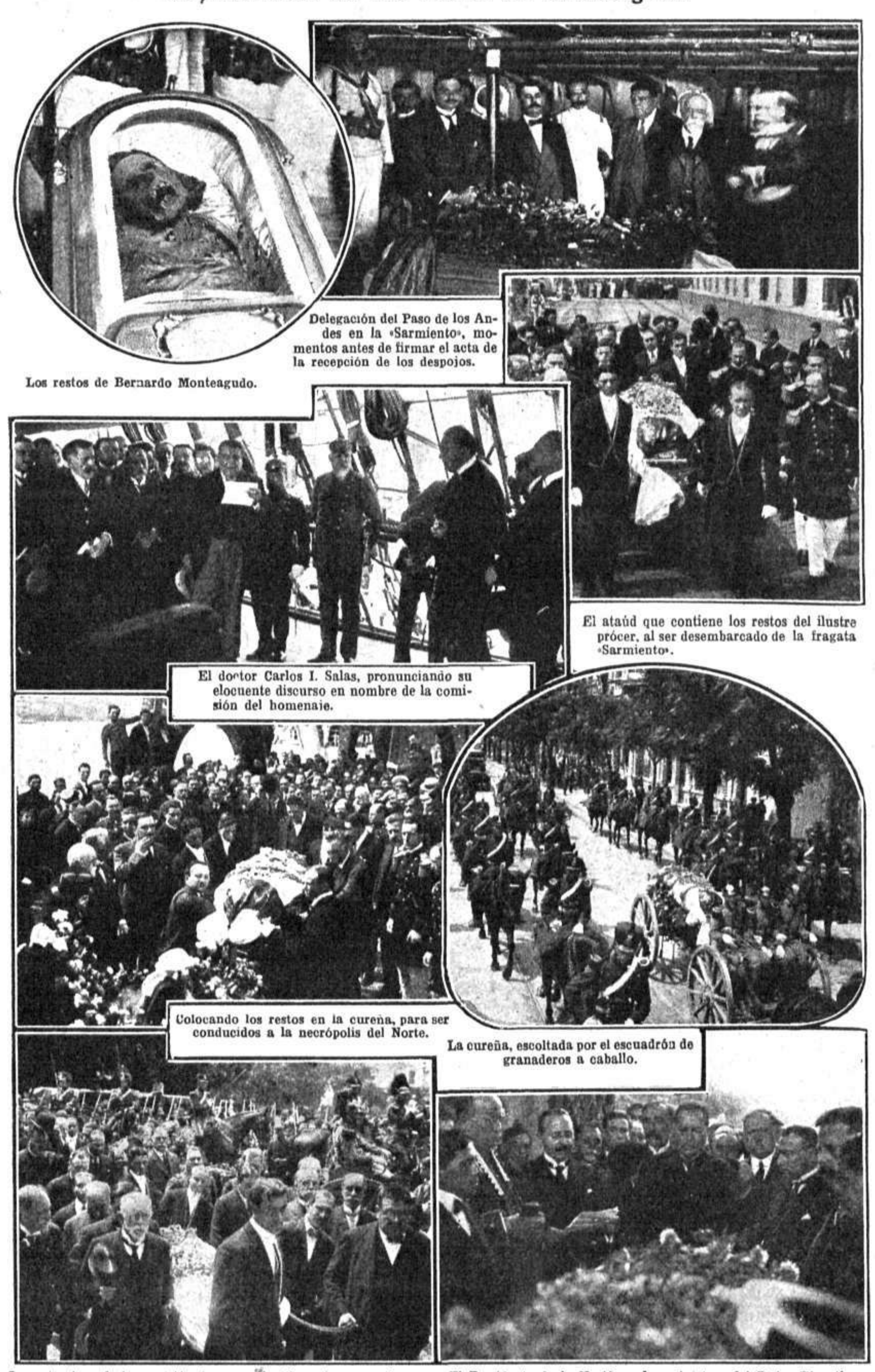
El gran público prefiere acudir al parque del Retiro, cuyas avenidas y plazoletas se convierten en improvisados clubs alpinistas. Los estudiantes no vacilan mucho en hacer traición a sus catedráticos, y cambian las «Pandectas» o el a + b por los patines. Allí se libran fieras batallas con bolas de nieve. Y nunca falta un escultor improvisado que modele la efigie o la caricatura de algún personaje actual, que habrá de morir a los furores de los chicos.

Esta es la parte que menos me agrada de la nieve. Yo siento por la nieve tan íntima devoción, que la comparo con las flores. Las flores y la nieve encierran en sí mismas un concepto de virginidad y de pureza; no podemos asistir sin pena a su marchitamiento y a que sean holladas por la multitud. La nieve, como la flor, es para mí un objeto sagrado; yo no puedo cortar una flor de la rama, como no puedo tocar sin miedo y sin pena la casta virginidad de la nieve. La flor que se marchita nos causa un dolor inefable, secreto, miedoso; un montón de flores secas y rotas nos produce un inexpresable escalofrío. Del mismo modo, nada tan triste y miedoso, tan expresivo de virginidad mancillada, como esa nieve que la multitud pisotea y convierte en lodo...

José M.ª Salaverría

Madrid, diciembre 1917.

Repatriación de los restos de Monteagudo



Los restos de Bernardo Monteagudo.

Delegación del Paso de los Andes en la «Sarmiento», momentos antes de firmar el acta de la recepción de los despojos.

El ataúd que contiene los restos del ilustre prócer, al ser desembarcado de la fragata «Sarmiento».

El doctor Carlos I. Salas, pronunciando su elocuente discurso en nombre de la comisión del homenaje.

Colocando los restos en la cureña, para ser conducidos a la necrópolis del Norte.

La cureña, escoltada por el escuadrón de granaderos a caballo.

Los miembros de la comisión de recepción, llevando los cordones del féretro, a su entrada en la Recoleta.

El Presidente de la Nación y los ministros del Poder Ejecutivo, oyendo el discurso del Ministro de Relaciones Exteriores.

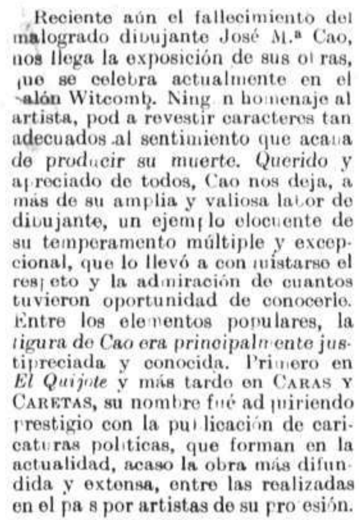
LA EXPOSICIÓN CAO











Reciente aún el fallecimiento del malogrado dibujante José M.ª Cao, nos llega la exposición de sus obras, que se celebra actualmente en el Salón Witcomb. Ningún homenaje al artista, podría revestir caracteres tan adecuados al sentimiento que acaba de producir su muerte. Querido y apreciado de todos, Cao nos deja, a más de su amplia y valiosa labor de dibujante, un ejemplo elocuente de su temperamento múltiple y excepcional, que lo llevó a conquistarse el respeto y la admiración de cuantos tuvieron oportunidad de conocerle. Entre los elementos populares, la figura de Cao era principalmente justipreciada y conocida. Primero en *El Quijote* y más tarde en CARAS Y CARETAS, su nombre fué adquiriendo prestigio con la publicación de caricaturas políticas, que forman en la actualidad, acaso la obra más difundida y extensa, entre las realizadas en el país por artistas de su profesión.

La plausible idea de reunir una buena parte de la considerable labor de Cao, para que el público la conozca en conjunto, es digna del mayor interés, no sólo por el valor artístico de los trabajos, sino también, y muy principalmente, por haberse organizado con el propósito de rendir un tributo de admiración al dibujante desaparecido.









Algunos de los originales expuestos en el salón Witcomb

EUSEBIO GÁRATE
(ERDOZA MENOR)
El Coloso del Sport Vasco



Hablando una noche con don Juan Uranga, empresario del Frontón Buenos Aires, le manifestamos el deseo de conocer al menor de los hermanos Erdoza, considerado hoy como el más sobresaliente y completo de los jugadores de pelota.

— Estoy a la disposición de ustedes, nos dijo. Erdoza va todas las tardes al Frontón, donde hace ejercicios de entrenamiento. Allí tendré un verdadero placer en presentárselo, pudiendo asegurarles que saldrán satisfechos de la entrevista. Por lo demás, merece la pena que presencien antes uno de los partidos donde juega, a fin de poder juzgarlo como profesional. Según criterio de las personas verdaderamente entendidas, no ha habido hasta hoy nadie que le supere.

En efecto; las palabras del señor Uranga, son, en síntesis, la expresión más unánimemente aceptada por todos los aficionados al sport eúskaro, considerándose a «Erdoza menor» como el más perfecto, el más asombroso, el más fenomenal pelotari a cesta, conocido en nuestros frontones.

El público de Buenos Aires ha tenido ocasión de ver a cuantos ha producido de algún mérito el moderno juego, así como la pléyade inolvidable del antiguo, que se llamaban o apodaban Chiquito de Eibar, Mardura, Portal, Elicegui, Samperio, Beloqui, El manco de Villabona, Pasieguito, Muchacho, Tandilero y el colosal Juan José Gorostegui, Irún, único equiparable a «Erdoza menor», aún tenida en cuenta la diferencia de técnica y habilidad entre los juegos antiguo y moderno, y en las que sin disputa han sobresalido estos últimos entre todos sus compañeros de profesión y época.

Llevando a la práctica nuestro propósito, visitamos al célebre pelotari, quien nos recibe con esa amable cortesía tan peculiar en el vasco de raza. De mediana estatura, fuerte y musculoso como un antiguo gladiador, Erdoza se nos muestra vestido con el clásico traje de pelotari. Tiene facciones correctas, cabello negro y abundante, ojos más bien pequeños y un poco caídos, presentando en la línea de las cejas dos grandes cicatrices, que ostenta con el mismo orgullo que podría hacerlo el militar con sus condecoraciones de guerra. El rasgo más característico de su fisonomía, más que el bigote y más aún que la expresión inquietante de su mirada, es acaso la sonrisa con que nos revela su carácter expansivo y alegre.

En el curso de la conversación, descúbrese como regionalista convencido; aunque sin haber renunciado a la idea del hispanismo como principio de nacionalidad, aboga por la reintegración de los fueros para las provincias de Vasconia. Es una pretensión de derecho, nos dice; el histórico árbol de Guernica, tiene sus raíces, no en la tierra, sino en el corazón de todos los eúskaros.

Procurando saber algunas particularidades de su vida, tratamos de desviar el diálogo.

— ¿Nos quiere decir por qué le llaman Erdoza en vez de Gárate?

— Erdoza es una palabra indicadora de un lugar, sin traducción en castellano, con la que se viene designando a mi familia desde hace muchas generaciones; la casa donde nací, se halla en el pueblo de Marquina (Bilbao), siendo por su carácter de las más típicas de la provincia. En lo tocante a origen soy vasco por los cuatro apellidos.

— ¿Cuándo jugó su primer partido de pelota?

— A la edad de trece años. Mi familia habíase trasladado a la Corte con el propósito de hacerme estudiar; pero yo prefería escaparme de la escuela para ir a jugar en compañía de mi hermano. Recuerdo que cada vez que mis padres nos veían con la cesta, eran infalibles varios golpes de puño. ¡Y qué golpes, Dios Santo! Aquello era el delirio. Sin embargo, viendo que los cardenales desaparecían y la afición quedaba, tuvieron que dejarme como caso perdido. Antes de cumplir los catorce años me hice profesional, debutando en el mismo Madrid como pelotari. El segundo partido lo jugué en París, donde se usa otro modelo de frontón; tiene forma angular, hallándose el público a derecha e izquierda de los jugadores.

A los diez y seis años tomaba la alternativa y ascendía a primera categoría, jugando el primer partido de importancia con mi hermano Nemesio como zaguero, en contra de Americano y Eloy, dos grandes profesionales de entonces; para mí, ha sido este el partido más emocionante y reñido. Poco después, y dentro siempre de la primera época, empezamos a jugar en contra de la pareja más formidable: Isidoro y Navarrete. Luego he venido actuando en todos los frontones del mundo.

— ¿Hace mucho que cultiva la profesión?

— Quince años más o menos, de los que hay que descontar las temporadas de descanso, y otras que tuve que alejarme del público por enfermedades o accidentes. En 1912 me sucedió un percance que pudo traer fatales consecuencias. Al hacer un esfuerzo se me relajaron los músculos de la cintura, estando más de diez meses como paralítico. Apenas si podía dar un solo paso. Por fin conseguí dominar el padecimiento, al extremo, que no siento molestias de ninguna clase.

— ¿Y heridas, cuántas recibió usted?

— Cinco, y todas de pelota. Los recuerdos los tengo en la cabeza; quiero decir, las cicatrices. Una de ellas, en la nuca, fué de un pelotazo monstruoso que me dió el zaguero Muñita en México, el año 1906, fracturándome la caja craneana. Un horror. Casi me dan por muerto. Otra gravísima fué la que recibí en la Habana, el 7 de mayo de 1908; la pelota había sido lanzada por

Arnedillo, zaguero, viniendo a chocar en mi ceja izquierda, con desgarramiento de tendones y conmoción cerebral. La herida tenía una prolongación de siete centímetros. En el ojo derecho, también recibí otro pelotazo que por poco me hace perder la vista. Ya ve usted si hay que tener cuidado...

—¿Ha ganado mucho en su carrera?

—He tenido contratos hasta de ocho mil pesetas mensuales, por jugar no más de diez partidos; sin embargo le mentiría si quisiera aparecer como rico, aunque mis ganancias habrán pasado tal vez de un millón de pesetas. Como he vivido siempre al día, sería casi imposible precisarle la cantidad exacta, sin contar la razón de que en mi vida he podido hacer una cuenta.

—¿Jugó muchos partidos mano a mano?

—Uno sólo, en la Habana; por cierto que hubo necesidad de suspenderlo en seguida. Navarrete, que era mi competidor, estaba entonces en el apogeo de sus facultades. En Barcelona he jugado solo contra Alando y Eguia, partido que se repitió hace tres años en Buenos Aires; dos partidos contra Iraola y Casalis, y otro contra Lezeta y Casalis como zaguero.

—¿Piensa ejercer por mucho tiempo todavía?

—Ya ven ustedes; teniendo ahora veinte y nueve años, sin cumplir aún, puedo considerarme con fuerzas para cultivar el sport durante diez años más, salvo que me viese obligado a retirarme por circunstancias especiales. Nosotros tenemos que contar siempre con lo imprevisto. Sin saber porqué, me viene a la memoria el caso del jugador Emilio Oriozola, muerto el año 1914 en Milán, de un formidable pelotazo de Anzola. Irigoyen, padre, también mató a Madariaga, durante un partido en el Euskalduna de Bilbao. Otro caso importante fué el golpe de pelota que se aplicó a sí mismo en el Brasil el delantero Zubiri, costándole la vida; y el formidable Irún, que a consecuencia de dos pelotazos recibidos en el mismo sitio, hubo necesidad de amputarle el brazo, de cuyas resultas murió.

En el deseo de hacer agradable nuestra visita, tratamos de cambiar el tema, preguntándole que público le parece más entusiasta.

En mi concepto, dice, el más entusiasta de todos es el español, siendo también el más familiarizado con el juego. El público de México y el de la Habana son igualmente conocedores, habiendo en dichas ciudades aficionados que podrían competir airosamente con pelotaris de profesión. El de Buenos Aires se puede, asimismo, considerar entre los más apasionados y cultos. Ahora parece un poco retraído, aunque siempre existe el interés; hace varios años, los espectadores demostraban su afición comentando ruidosamente los partidos, lo que constituía, a más de la enseñanza, una nota altamente característica y amena.

Tal es en resumen nuestra entrevista con el joven y célebre pelotari.

Equiparando, ahora, en lo posible los dos sistemas de juego, el antiguo y el moderno, creemos que Erdoza, cuyo verdadero nombre es el de Eusebio Gárate, resulta superior al de Juan José Gorostegui, Irún, antes mencionado.

Tiene Eusebio la misma *acometividad*, la misma embestida sorprendente que caracterizaba el juego de Juan José; y si no entra como Irún de bolea, con la gallardía majestuosa del gran boleísta, es porque no hay boleas en el juego moderno, pero entra al aire, de derecha, en sus formidables cortadas, con tal brío, con tal pujanza y fiereza y lanza la pelota con tanta violencia, con tanta potencialidad ofensiva, que rara vez deja de apuntarse el tanto, en cuanto atiza una de esas cortadas monumentales. El ruido de la pelota lanzada por Erdoza, al chocar con la pared del Frontón, es distinto al que producen los otros jugadores. Es un ruido seco, *metálico*, y sin verlo, se puede asegurar por él, cuando recta Erdoza. Juega siempre contra tres y los tres adversarios se colocan, cada cual por su lado, a recoger la cortada en su cesta, casi siempre sin provecho y alguna que otra con deterioro de la cesta que resulta perforada del pelotazo.

Saca mejor que Irún, porque Juan José, que era gran sacador de su tiempo y de su juego, daba pequeña ventaja en el saque a sus contrarios y sacaba del 6 ½, del 7 y del 7 ½, mientras que Erdoza que saca del 10 ½, del 11 y aún del 12 juega contra adversarios que sacan del 8 y cuando más del 9.

Si Erdoza sacase del 8 ó del 9 como sacan sus contrarios, el partido se iría en saques y concluiría en quince minutos, y eso que los zagueros del moderno juego son buenos restadores, como no lo eran todos los de la época de Irún; pero la enorme violencia del saque de Erdoza lo haría de resto casi imposible a menos distancia del cuadro 10 ½ que es del que Erdoza saca en el caso más favorable para él.

Su elasticidad y su flexibilidad son tan grandes y las pone con tal maestría al servicio de su fuerza de atleta que no hay pelota pasada y de enganche difícil que no castigue casi como natural y bien servida; y es tanta su seguridad que ha jugado partidos en que no ha errado ni perdido un solo tanto que no le haya sido rematado.

Tiene una agilidad pasmosa y unas piernas inverosímiles que le permiten alcanzar la dejada del delantero contrario cuando sacando del 11 o del 11 ½, el contrario le toma de aire el saque y se lo deja en el cuadro 1 ó 2.

Es jugador delantero, pero ha jugado de zaguero muchas veces y siempre con lucimiento; tiene ventaja como delantero por su formida le saque, pero resta y rebotea como los mejores zagueros. Si se concertaran partidos de mano a mano, Erdoza no tendría competidor posible como no lo tiene hoy jugando dos contra dos acompañado de cualquier zaguero mediano. Llena la cancha, puede decirse, porque reconcentra en él la atención y la emoción del público, tal es la intensidad y el interés de su juego único y sobresaliente.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.



Un grupo de distinguidos aficionados a la pelota, en la cancha de Bulnes y Córdoba. — Parados, de izquierda a derecha, señores: Manuel Aráoz, doctor Alfredo Echagüe, Alvaro Istueta. Machín, doctor Enrique Crotto, Luis María Campos Urquiza, Manuel Acevedo, Tomás Otaegui, Irigoyen y Chiquito Vergara. Sentados, señores: doctor Jorge Lavalle Cobo, general Tomás Vallée, Francisco Aguirre, C. Unzueta, doctor Juan Carlos Lagos, Erdoza Menor y Carlos Molina.

Los grandes bailes del Carnaval



En el «Plaza Hotel». — Brillante aspecto del salón de fiestas, durante el baile organizado, con fines de caridad, por una comisión de conocidas damas de nuestra sociedad.

En un intervalo del mismo baile, en el que la espiritualidad y la cultura fueron la nota dominante durante su realización.



Palco ocupado por conocidos artistas, en el baile realizado con gran éxito por el «Círculo de la Prensa».



Dos detalles, que dan una idea precisa del buen gusto artístico de los concurrentes a la sala del «Coliseo».



Concurrentes al baile llevado a cabo en el hotel «Las Delicias», en Adrogué.



Salón del «Club del Progreso», de Morón, que preside el señor Eusebio Giménez, la noche en que celebró la tertulia de disfraz que patrocinó ese aristocrático club.



Grupo de señoritas y caballeros, asistentes al baile que, en el «Tigre Club», se dió a beneficio del hospital local.



Público que acudió al último de los bailes de disfraz celebrados en el hotel «Villa Carapachay», por el «Club Social de Olivos».



DESPUES DEL BAILE

PASTEL DE ALONSO

LA VIDA EN LAS ESTATUAS

La conversación tomaba interés.

— Yo — dijo uno de los artistas presentes en aquel círculo — creo que las estatuas pueden moverse bajo condiciones imprevistas, como personas vivas, abandonando su inmovilidad de piedra para ejecutar hechos inexplicables.

— ¿Y cómo? — se le repuso.

— De la manera más fácil — nos contestó. — Imaginen que fuera cierto lo que nos cuenta Heine en «La muerte de los Dioses». Un joven alemán que fué a perfeccionar su carrera artística en Italia, se detuvo en Milán, o no sé qué ciudad de Liguria o Lombardía para estudiar una serie de estatuas de un templo pagano derruido, donde tenía costumbre de jugar al *tennis* en compañía de sus amigos, en las tardes luminosas en que los Alpes se teñían de oro y de púrpura. Nuestro joven, con título nobiliario y muy rico, era instado al juego por las damas que veían en él un candidato al matrimonio; pero nunca aceptaba sus invitaciones, por nostalgia o desidia que le produjera la ausencia de su tierra, o la de unos ojos verdes de su «Gretchen» alemana. Estaba de novio, y un grueso anillo, símbolo de su compromiso, lucía en la mano derecha sobre el dedo del corazón. Un día aceptó la invitación, y al tomar la raqueta vió que su anillo jugaba en su dedo y podía perderlo. Se lo sacó, y aproximándose a una Venus que sobre un pedestal ostentaba las formas hermosas de las vírgenes griegas, y cuyas manos parecían llamarlo complacientes, se lo puso bromeando, como si fuera su novia. Cuando concluyó el juego, quiso recuperar el anillo, pero la estatua, con su mano cerrada, impedía sacarlo. Hubo que romper la mano.

Una larga pausa dió margen al artista para que liara un cigarro. Una vez que lo encendió, nos dijo:

— Yo soy de los que creen que Pigmalión amaba tanto su estatua, que al abrazarla alguna vez ella le devolvió el abrazo!

Todos lo miramos con sorna.

— No es cosa de reirse, — repuso. — No es el único poeta que cuenta estas cosas. Becquer, en España, relata el caso ocurrido en una catedral gótica cuando los franceses penetraron con la invasión napoleónica. Reunidos en un banquete, escanciando los mejores vinos de la península, un grupo de oficiales franceses se puso ebrio. Bajo los arcos de la nave sombría como un panteón de antiguas grandezas, había mausoleos de piedra coronados por esculturas de caballeros de férreas armaduras. Uno de ellos, sobre todo, lucía atlética apostura, mientras una dama a su lado, también de piedra, oraba a los pies del sepulcro. Uno de los oficiales se levantó al terminar la cena, y fué hasta la estatua de la dama en tono de broma, para brindar con ella, y después besarla. ¡Cayó de espaldas con el rostro ensangrentado! Un sólo golpe producido por el guantelete de piedra del caballero, lo dejó postrado al pie de la estatua de su compañera.

— ¡Es un absurdo! — alguien dijo — lo que sucedió en el cuento del anillo, fué quizá que no era redondo del todo, y la pátina del mármol, la humedad u otra causa hizo que no pudiera ser sacado con la facilidad con que se lo introdujo en el dedo de la estatua; y en el segundo caso, tal vez el oficial, ebrio por la bebida, dió un traspiés que lo hizo caer de bruces sobre el puño erguido del ferrado caballero... ¡Son fantasías de poeta!

— ¡No! que hay un caso más raro todavía que voy a contarles — dijo nuestro interlocutor. — Una joven en toda la plenitud de su belleza tenía por costumbre, todas las noches, de ir a recibir, sentada en cierto banco de un jardín, el baño de luna que filtraba al través de las enredaderas que le cubrían como un regio dosel. Sobre un pedestal una estatua de Eros, en actitud de disparar sus flechas, se inclinaba sonriente entre un seto vivo de rosas blancas en dirección del banco. ¡Un día se la halló muerta! La flecha de bronce, disparada por la estatua, penetraba profundamente en el seno de la hermosa, y un hilo de sangre roja sobre su alba vestidura, corría gota a gota de su pecho; la flecha había desaparecido de la estatua y era la misma que se encontraba clavada en la joven!

— ¿Sería un crimen? — se dijo.

— ¡Bah! Son patrañas de pura invención — otro repuso. — ¡Nunca creeré que las estatuas se muevan, sino por huracanes, rayos o terremotos, es decir, por los grandes sacudimientos de la naturaleza!

— ¡Será así; yo tan sólo refiero los hechos! Y, ¿por qué no creerlos? — continuó el artista. — Así como la electricidad se condensa, se condensa el magnetismo que perdura por la histéresis del hierro, y se condensan también el calor, y hasta la luz como en el platino cianuro de bario, que devuelve por fluorescencia los rayos que lo hirieron durante el día, volviéndose luminoso durante la noche; ¡así se condensan todas las fuerzas físicas! ¿Por qué no habría de condensarse el pensamiento, que también es una forma de la energía, que concentra en sí todas sus potencialidades? Como energía sensible e imponderable, ¿acaso saben ustedes lo que él significa? Su indiferencia al tiempo y a la distancia, prueba que no le estorban, y predice los hechos con anterioridad de los sucesos sin eximirse de leyes idénticas a las del Universo que no es otra cosa que una manifestación de la fuerza. Ustedes, no lo saben bien, pero lo imaginan, que un cerebro en trabajo es una masa cuyas vibraciones no mueren debajo de la chapa craneana, y que irradian al través del espacio bajo forma esférica como si fuera producido por un espectro anímico, más veloz, más sutil, más inmaterial, más imponderable que todas las fuerzas reunidas, pero que se amplía y se extiende al través de todos los cuerpos, semejante a la luz, pero sin obedecer a sus leyes de reflexión o de refracción... o quién sabe qué leyes. ¡Quién sabe si se condensa también!... ¿Quién puede probarlo?... ¡Falta el tubo de Branly para las vibraciones del cerebro! ¿Por qué no imaginar entonces que cuando un artista cincela con verdadero amor una estatua, al darle expresión la anima, y condensa en ella de una manera tan sutil su alma, que cuando está lejos, en una plaza pública, en un monumento, la estatua devuelve al espectador que la mira como una florescencia que irradia el pensamiento del artista que supo crearla? Yo soy de los que creen que la estatua de Pigmalión amaba como él mismo, y que devolvía al artista el flujo de su propio amor; soy de los que creen que el caballero pudo mover el puño a impulso de su rabia; y que hasta la Venus de carne fué herida por la flecha mortal o inmortal del Eros del jardín!

El artista se expresaba con elocuencia persuasiva, y a la sombra de la araña, apenas velada por su cortina verde, su rostro transfigurado como el de un vidente parecía crecer, agigantarse, volar como un pensamiento... Entonces me fijé con más detención en sus pupilas. Sus ojos brillaban en miriadas de puntos luminosos como una irradiación eléctrica, y vi que tenía fiebre.

. . . .

Muchos días después, al reunirme con mis amigos, me dijeron que estaba loco.

PEDRO BAZÁN.

Buenos Aires, noviembre 15 de 1917.

Dib. de Bolíns

LA MICA



La mica es uno de los minerales más ampliamente esparcidos por todo el mundo. La mica no es un mineral simple, sino un cuerpo de minerales de composición química en extremo diferente. Con todo, los diversos metales de dicho grupo poseen, en general, la misma apariencia física y hasta caracteres propios, pudiéndose usar con el mismo objeto. Las diferentes clases de mica son sumamente complejas y de composición variable; son silicatos por lo regular ortosilicatos de aluminio mezclados con varios álcalis: potasa, sodio, litio, rara vez rubidio y cesio, a menudo figura entre sus componentes esenciales el espato fluor o fluorina, encontrándose alguna vez entre ellos el titanio.

La mica resiste altísimas temperaturas, siendo infusible bajo la acción de temperaturas ordinarias; sólo una temperatura muy continua puede hacer que la mica pierda su elasticidad y se torne quebradiza.

La moscovita, o sea, la mica potásica y la flogopita, o mica magnesiana, son las dos únicas clases que se explotan en condiciones remuneradoras y al menos para ser empleadas como micas; la roscelita se explota para extraer vanadio, a la moscovita se le encuentra junto con el granito con la pigmatita o los esquistos.

No existe ningún dato sobre el uso primitivo que tuviera la mica; los romanos la emplearon para salpicar la arena del Gran Circo y fué probablemente el *lapis specularis* de los historiadores de Roma. En

Explotación de minas de mica, en Alta Gracia. — Barrenando una roca para hacer un tiro.

Descalzando bancos de mica en la veta.

Entrada al desmonte de una mina de mica



la Edad Media se usaron lentejuelas de mica para adornar los vestidos de la Virgen. Fué la mica el *Glacies Marie*, habiéndosele empleado siempre con fines decorativos.

Pero la mica es mucho más que un objeto de adorno; es, por el contrario, un mineral muy útil y de gran uso en la industria eléctrica.

Se usa para fabricar tubos de lámparas, faroles y vidrio de ventanas, las cubiertas para objetos de arte y de instrumentos delicados, posteriormente se le empleó en la fabricación de estufas y de hornos. Nada puede reemplazar a la mica como puerta de estufas.

Preparada en pequeñas láminas se emplea en grandes cantidades en la fabricación de diafragmas sonoros, hasta ahora el diafragma de mica sólo se usa en los fonógrafos.

El principal empleo que en la actualidad tiene la mica es de aislador eléctrico, sin que nada pueda reemplazarla.



Corte y clasificación de la mica.



Vista de un campamento de mineros.

Dice el profesor Colles, que los que no están familiarizados con la maquinaria eléctrica, difícilmente se dan cuenta de cuán precioso e indispensable para nuestra civilización es esta propiedad que sólo tiene la mica, de hacer incombustibles los aparatos.

La mica se emplea como aislador en los discos de los tubos de lámparas, en los cortos circuitos y en otras aplicaciones eléctricas. Se encuentra en muchos Estados de la Unión Norteamericana, todo ello es moscovita. La India, el Canadá y el Brasil han sido casi los únicos países que hasta hace poco producían mica en cantidades que afectaban el mercado.

La mayor parte de la que se produce en el Brasil, es la llamada rubí, que es una especie de moscovita.

En Alta Gracia, provincia de Córdoba, se explota una mina de mica que produce gran rendimiento, y ha reemplazado a la importada.

Además de su empleo para los segmentos de los conmutadores, la mica se usa como aisladora en los alambres de armadura y en las lanas que se colocan entre los conductores de la armadura y el núcleo de hierro de la bovina. Para la mayor parte de los aparatos eléctricos, sobre todo, para los conmutadores, la flogopita es mucho mejor que la miscovita. Aun cuando la última tiene una fuerza dieléctrica más poderosa, es demasiado dura y por esta razón las placas aisladoras no se desgastan tan pronto como el cobre. Con el creciente empleo de la mica en los trabajos eléctricos, se ha producido un gran aumento en el precio de la misma, el cual es actualmente seis o ocho veces mayor que el que tenía hace 10 años; este aumento de precio ha dado por resultado que se exploten todas las minas de ese mineral que hay en el mundo.



De regreso a la Villa de Alta Gracia, con las arganas repletas de mica.

LA TRANQUERA



Era como un moño colorado en la trenza del camino... Jinetes y rodados animaban con el desfile diario la monotonía del paraje. El camino, angosto, corría suelto por las dehesas de un terreno perdido de criollos añorosos, salpicado por las haciendas de corral. Del otro lado se avistaban las techumbres de la pulpería. Y yuxtapuestos, al norte, una gran mancha de chacras y los álamos de la masía del propietario, socio principal de la pulpería, a más de una legua del paso, sobre la rigidez tirante de una de las filas de alambres.

La tranquera era el punto de comunicación. El camino vecinal que la cruzaba, iba a unirse, a las dos leguas, con la arteria del camino real, teniendo a contramano un caserío. Antaño contaban que fué áspera la índole de aquel pago. Ahora connaturalizaba romanticismos de aislamiento. Allí a la tranquera colorada llegaban las madres canas, a divisar si el polvo oreado del camino le devolvía el hijo que la vida llevó sin rumbo. Y de allí las mozas, despedían sus amores, tremolando arriba, la bendición de un pañuelito blanco...

Una mañana se arremolinaron sobre ella rodados y jinetes. Fuertes mazos de alambre la amarraban, inhabilitando el tránsito, al poste cantonero, además de dos candados macizos con gruesas cadenas. Un letrero al medio, escrito con bleque sobre un recorte de tabla basta, decía: «Camino cerrado». Los pasajeros se volvían maldiciendo. Y el campo con sus haciendas, y sus alternativas solares, parecía cobrar, secretamente, aspectos, desamparos de un desierto...

Los paisanos necesitados de ir a la pulpería por sus compras, se fueron reuniendo en el punto.

— Vos que sabís d'escrituras, ma ver si sacás en limpio lo que reza el tablero.

Otro ladino se adelantó a decir:

— Yo sin ser láido, saco en limpio por los alambres y estos candaos, que aquí aura no pasa ni Dios!

— No s'apure por ser rico... Ma ver, lé, pué.

El lector, tartamudeando en la deletreación, logró descifrar que decía: «Camino cerrado».

— ¡Cerrao! Eso ya bien lo vimos, no precisaba que lo dijieran en letras 'e molde. ¡Chá, la gente!

— ¿Y quién firma?, ¿el gobierno?

El lector se arrimó casi hasta tocarla con la faz, por ver si descubría en las resquebrajaduras de la tabla, una firma imperceptible.

— ¡Naide!

— ¡Ta güeno! ¡Cerrao y respete, sin saber pórque ni a quién!

— ¡Hace vainte años por lo meno que nos servimos d'esta tranquera!

Y el viejo Prado, desnudó el cuchillo, desgastado como una hoja de guadaña, asestando con el gavilán un hachazo en la cadena.

— ¡Ni agua! ¡Como conchavao pa toda la perra vida! — y guardó el cuchillo.

El otro de a caballo divisó las chacras, en una espejación de sol, y se golpeó la frente.

— Ah, ya dí: ¡las chacras, amigos! Hijos de una, el interés... ¡Ansina no pasa naide al poblao! Y los chacareros se surten por juerza del boliche d'ellos.

Pero el lector meneó la cabeza, cargada de rememoraciones, contraria bajo el sombrero.

— ¡Es al ñudo!

— ¿Eh? ¿Qué?

— Yo sé... ¡Y lo que yo digo v'a pasar, anque dificaran cantones!...

Se le agruparon:

— ¿Qu'es, don letor viejo?

— No les diclaro nada. Pero tengalón por siguro. ¡V'a pasar, cómo qu'estoy viendo la luz 'el día!

Y sobre la mudez de todos:

— ¡Y no ai pasar al cuete!

— Pero, largue el rollo...

Y empezó diciendo:

— Hace una porretada de años, más de vainte sí, cuando se fundó la vía a Linco, y que s'hizo este alambrao contra los pobres, — hái ta don Prado que no me dejará mentir — aquí se cortaban los alambres noche a noche. Era como escrito. Pusieron guardia los ingleses, y entonce se cortaban más p'allá, a la cuadra, o más p'acá, a la media. La guardia no vía a naide. Ni sentía siquiera. Y de allí jué que debieron cavilar hondo los ingleses. Y abrieron esta tranquera. ¿No es así don Prado? — El del cuchillo antiguo dobló la cabeza hasta el pecho, en una profunda aseveración. Callaron.



— ¿Y nada más?

— ¡Qué, querís un libro!

Y transcurrieron dos meses. Las intemperies borraron a la tabla la inscripción, ennegreciéndola; como la época puliera las asperezas del pago, dejándole el suave romanticismo de las embargaciones, emblanquecido.

El campo sin una nube extraña, ni una sensación de lo remoto, desolaba de desilusión. La vida parecía cerrada de ojos. La tranquera era un moño profano en la trenza muerta del camino.

— ¿Qué tal la esquina, amigo letor?

— ¡Ni m'hable! ¡Juna!... Despiao, veamé, las patas como troncos, de tranquear hast'allá p'agenciar los vicios. ¡Diga si no es un castigo!

— Ansina es — y miró con odio brutal las ligaduras mohosas de los alambres.

— ¿Y lo que dijo que había e venir? ¡Tarda!...

— No s'apure, por ser rico... Tome un trago. Y óiga este secreto: Cruz, el hijo 'e don Prado, que ya sabe es de alma atravesada como su nombre, ha güelto ayer de las changas 'e las cosechas. Hái lo hallé mamao en la esquina. ¡Mamadazo, de sentimiento! Y tiene razón. ¡Si no puede pasar a ver su novia, amigo, con esta encerradura!

— Puede dir a dar güelta por los álamos.

— ¡Ah, la güelta! Eso es lo que mata, ¿ve? Por no dar la güelta contra mi voluntá, y contra lo natural viviente, bichoco y todo, castigo las patas sobre el suelo tranqueando a pie este trecho.

— ¿Y qué hay, al fin, qu'esté mamao?

— ¡Y no hay nada! ¡Qué v'haber! Hasta mañanita...

— Y el lector, con un signo enigmático y corajudo entre las barbas, montó su caballo, alejándose al galope.

Crujió entera bajo el silencio y el secreto de la noche. Hubo una explosión de astillas, de polvo y cascotes; chispeó la sangre. Y en son de nervios, crines, y designios, el jinete rodó del otro lado.

A la par del día, llegó vareando el viejo Prado. Otros, reunidos ya, abrían la boca, ante los destrozos de tablones y bisagras.

— ¡Oigalé!

— ¿Quién habrá sido ese gaucho, don Prado?

— Quien v'a ser, hijitos. ¡L'alma 'e las gentes de antes!

— L'alma 'e las gentes.

— ¡L'alma! — Y como una reencarnación del pasado bárbaro ahogó un sollozo sobre el boquete libre.

— ¡Oh! ¡Lagrimea!

— Hái lo tienen muerto en casa. ¡M'hijo, m'hijo!

La campaña se animó de desfiles a los pocos días, como despertada, a través de las salpicaduras de las haciendas pobres. Voló el polvo de las huellas, los ojos escrutaron ensoñados las lejanías... Algún pañuelo pareció en las tardes una paloma que aletease en una mano. Y sobre la borrachera de aquel amor añoroso de libertad eterna, pasaron cantando las gentes...

Albino Dardo López.

Dib. de Fortuny.

EL AMOR A LA PATRIA

HISTORIA TAN ROMÁNTICA, COMO VERDADERA, DE UN FAMOSO DEFRAUDADOR



En las prisiones militares de Ruen, se halla detenido un soldado de los que combatían en el frente, donde se había distinguido por su heroico comportamiento, y lo que es más triste, probablemente no volverá a su puesto y permanecerá encarcelado el resto de su vida.

Sin embargo, es un buen soldado, y, aun cuando por su edad y condiciones físicas debía prestar servicio en las filas del ejército, añadió a sus méritos el ser *engagé volontaire*, vale decir, se enroló voluntariamente, no como recluta, cosa que, como es de suponer, merece especial consideración. Cumplidor exagerado de su deber, de valor extraordinario, buscaba invariablemente los sitios de mayor peligro; herido en varias ocasiones, siempre volvía al frente, sin querer aprovechar del retiro a que su comportamiento le daba derecho indiscutible.

Últimamente era ciclista, lo que le alejaba de lo más reñido del combate; pero él se ingeniaba para que le fueran conferidas las más peligrosas misiones. En el desempeño de una de estas, cuando se lanzaba en loca carrera entre lo más horroroso de una tempestad de fuego y metralla, volcó su motocicleta, estropeándose gravemente una pierna.

Al salir del hospital era un inválido; con todo quiso seguir prestando servicio a su patria, y como de lo único que se le consideró capaz fué de transportar tierra, encargóse de dirigir un carretón en los trabajos de excavación de trincheras.

Enfermo, le acordaron un descanso, que el bravo soldado empleó en ir a ver a sus dos hijas, ya mayores, que a la sazón residían en Granville, y allí tuvo lugar el patético fin de su militar carrera. Un oficial de la policía secreta, con varios agentes, se presentó en la casa y arrancó al *Poilou* de los brazos de sus hijas. Se trataba de una substitución bajo el nombre de Bienaimé, así se hacía apellidar el valiente soldado, se ocultaba a un famoso estafador, cuyos rasgos fisonómicos no escaparon a la sagacidad del agente policial. Sorprendido Rochette confesó al instante su identidad, e inmediatamente fué conducido a la cárcel de Rouen.

Henri Raoul Rochette es un estafador de los más asombrosos y estupendos que registra los anales de la criminalogía francesa, y es dudoso que en negocios fraudulentos haya tenido rival en parte alguna del mundo.

Diez años atrás, cuando se descubrieron sus primeros fraudes, se estimaba su fortuna personal en 25.000.000 de francos. Cinco años más tarde hizo bancarrota por 200.000.000 de francos; y en tanto millares de especuladores clamaban por su cabeza, otros tantos protestaban, en pro de su ídolo el Dios de la especulación y de los negocios. Su figura fué el centro del formidable *affaire* que hizo bambolearse a muchos políticos franceses.

El testimonio bajo el cual fué sentenciado en julio de 1910, prueba que Rochette acumulaba sus millones con una rapidez extraordinaria. Empezando su carrera como mensajero en la estación del ferrocarril de Melún, antes de cumplir los veinticinco años había ya ganado hasta tal punto la confianza de pequeños especuladores, que ponían a su disposición millones tras millones de francos. Se ocupaba con especialidad de minas de cobre de propiedad dudosa, de las cuales la principal se titulaba *Crédit Minier*. El sistema que empleó para acumular los componentes de su fortuna colosal era complicado, pero, hablando claro, consistía en exprimir «limones» jugosos con la continua atracción de nuevos fondos. Era tal su facultad de persuadir que en una ocasión consiguió que un oficial que estaba haciendo una investigación en sus negocios invirtiera 50.000 francos en una empresa absolutamente sin valor.

El fracaso ocurrió cuando Rochette hizo bancarrota, aunque todavía tenía ingentes sumas escondidas en depósitos secretos de banco. La quiebra causó estupor en la finanza francesa, pues envolvía más de 200 millones de francos y la mayor parte de esta suma venía de los bolsillos de los pobres de todas partes de Francia. Se corría la voz de que hombres eminentes de estado estaban complicados en los proyectos gigantescos y fraudulentos de Rochette, y durante muchos meses fermentó la agitación producida en los círculos políticos. Sin embargo, gran parte de sus víctimas rehusaban creer en la culpabilidad del financiero, quien había apelado en vano de su primera sentencia, y sólo cuando al fin huyó perdieron la fe en sus tretas.

Condenado tras largas polémicas y complicadas actuaciones a varios años de presidio, después de haber gastado su enorme fortuna en honorarios de abogados y llenar las bocas de muchos de sus implacables enemigos, Rochette desapareció.

En 1912 corrieron rumores de su paradero en América, Extremo Oriente, Rusia; pero la policía no logró aprehenderlo. Estalló la guerra y Rochette superponiendo el patriotismo a la personal seguridad, marchó a París, entró en el ejército y fué al frente. Era su deber, como francés, presentarse ante las autoridades militares para ser movilizado con su regimiento; pero como convicto escapado, este acto le hubiera valido ser detenido, juzgado y enviado a un penal. Rochette, el gran estafador, prefería la muerte en servicio de la patria a la prisión. ¿Cómo pudo conseguir sus propósitos?

Bajo su propia firma Hervé narraba francamente el hecho en *La Victorie*, el día después del arrestro de Rochette en Granville, pueblo cerca de la zona de batalla del Somme, admitiendo con esto su propia infracción a la ley. Contaba que en los primeros días de la guerra aquellos extranjeros que temían ser arrestados como forasteros enemigos y que, sin embargo, deseaban sinceramente combatir por la Francia, habían acudido a él para que los ayudara a entrar en el ejército. Considerando su deber transformar a estos hombres en buenos soldados, Hervé les suministraba los documentos militares de identificación prestados para ese fin por amigos que no podían servirse de ellos por hallarse incapacitados para el servicio militar. Hacía alusión a esto en un artículo de su periódico.

«Algunos días después,» continuaba su confesión refiriéndose a Rochette, «recibí la visita de un hombre que me suplicó humildemente que le prestara el mismo servicio. *¿Quién es usted? ¿Algún convicto escapado?* le pregunté. *No*, contestó él, *soy Rochette. He estado escondido en el extranjero durante dos años, pero cuando supe que la Francia estaba invadida no pude resistir más y ¡aquí estoy! Además, tengo tres hijos y quisiera que supieran que su padre no fué del todo malo y que vino a defenderlos contra el invasor. ¡También quiero mucho a mi mujer y no sería digno de ella si no viniese a pelear!*»

Hervé, asombrado, tenía escrúpulos de hacer por Rochette, el hombre de millones adquiridos por medios ilícitos, lo que había hecho por rateros fugitivos que habían evadido a la justicia; pensó que probablemente se le creería capaz de haberse dejado sobornar si llegara a saberse el caso. Entonces Rochette, como si adivinara el pensamiento del editor socialista, declaró que ya no era un financiero sino un arruinado. Esto fué lo suficiente para Hervé. Buscó papeles a propósito para Rochette y le explicó cómo debía usarlos. El verdadero dueño de los documentos era Georges Bienaimé, periodista y amigo de Hervé, y bajo ese nombre Rochette entró en campaña como ciclista, para cuyo servicio voluntario tuvo desde luego que adquirir a su costa la bicicleta. El verdadero Bienaimé había sido declarado incapaz para el servicio.

DISPUTAS DE FOGÓN



El negro Polidoro desparramó la jeta en una carcajada que pareció un relincho y dejó al descubierto toda la mazamorra.

Rió largo rato, en una especie de convulsión histérica, y cuando logró calmarse y recoger la trompa pulposa, como belfo de buey, preguntó:

— ¿A que no adivinan de qué m'estoy riyendo?

— A la fija de alguna pavada no más; que los zonzos se ráin solos, — dijo Toribio.

— En cambio los envenenaos como vos, que parecen mordidos por yararás, no se ráin nunca; y a hombres que nunca se ráin les tengo menos confianza que a bagual tuerto. Cuando a un cristiano se le ha cuajao la risa en el cuerpo, es a la fija que ha mascao un yuyo malo.

— Cada uno sabe a qué rienda ha de torniar!...

— Y tuítos sabemos que caballo de una sola rienda es mañero o mal domáo...

— No te pasés ollín, que te vi'á peinar las motas con el mango del talero.

— ¡Si puede... m'empriesta un rial!...

Juan José intervino:

— ¡Dejalo en paz al cambá!... Una oveja negra siempre hace falta en una majada: sirve pa guía... Y además, los morenos tamién son hijos de Dios...

— ¡Esa sí que la vamo a discutir!... Acordate de aquel versito que solía cantar el payador Benavidez:

«A los blancos hizo Dios,
A los mulatos San Pedro
Y los negros hizo el Diablo
Para tizón del infierno...»

Encrespóse Polidoro y respondió arrogante:

— Benavidez tamién cantaba un cielito d'esta laya:

«Si las astas retoñasen
Como retoña el tomillo,
Estaría este pobre mozo
Más apurao que un novillo.»

— ¡Asujetá la lengua retínto, si le tenés cariño al cuero!...

— Carece que primero afilés la daga y le saqués punta, porque yo tengo el cuero duro y un cuchillo mellao y mocho no me hace ni la cola.

Alzóse airado Toribio, desnudó rápidamente la daga y exclamó furioso:

— ¡Te viá enseñar que pa vos, con la vaina m'está sobrando!... ¡Acostumbrao estoy a degollar mulitas!...

— ¡Por qu'ellas se degüellan solas! — replicó el negro poniéndose a su vez de pie y echando mano al facón.

Y agregó provocativamente:

— ¡Enderezá, que es güen campo y hace tiempo que mi daga tiene antojo de comer chinchulines de cristiano!

Iban ya a trenzarse en riña sangrienta, cuando el viejo don Camilo, que había escuchado la discusión con filosófica indiferencia, se levantó y cogiendo un grueso tizón de coronilla hecho áscuas, exclamó con imperio:

— ¡Van a respetar la casa o yo los vi'a azonzar a tizonazos!...

La autoridad indiscutida del capataz se impuso.

Toribio y Polidoro sofrenaron sus rencores y tornaron a sentarse, frente a frente en la margen del fogón. Para disimular, el primero sacó un naco y se puso a picarlo sobre el dedo; y el otro, tan receloso como su contrincante, comenzó a dibujar marcas en el suelo con la punta de la daga.

— Guarden los cuchillos quen tuavía no está puesto el asao, — ordenó don Camilo.

Ambos obedecieron; y Toribio se levantó y salió del galpón para ir a recostarse al palenque.

Entonces el capatáz díjole severamente al negro:

— ¿Te parece lindo haberlo tratao de ...?

— ¡Si jué una broma, don Camilo!...

— ¡Con la verdá no se bromea!...

Dib de Hohmann.

MARTÍN LAGUNA.

LOS PROGRESOS DE LA EXPLORACION DEL CUERPO HUMANO

Para Caras y Caretas

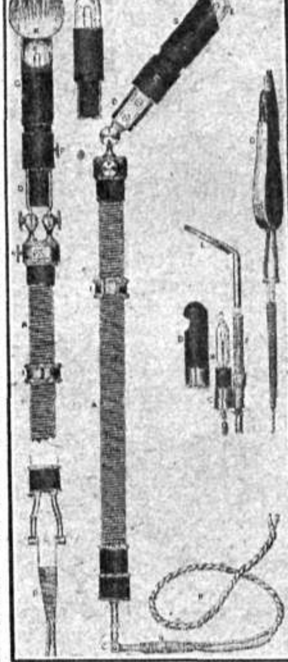


El doctor M. Lermoyez, médico del hospital Saint-Antoine, de París, que goza de envidiable maestría en el manejo de los delicados instrumentos para la exploración de las cavidades no asequibles a simple vista.

«No sólo el corazón del hombre (en sentido figurado),—dice el doctor Henri Bon, — es un enigma, su cuerpo es también para nosotros, un abismo desconocido. Para hacer el diagnóstico de las enfermedades, el médico debe resolver un poco de este desconocido. Debe proceder de manera metódica, de forma a obtener de sus medios de investigación, todo cuanto pueden suministrarle. El interrogatorio suministra las primeras indicaciones, cuando el enfermo sabe responder de un modo preciso a las preguntas que se le hacen y no pone sus empeños en ilustrar el axioma: la palabra ha sido dada al hombre para disimular su pensamiento.» Tal la doctrina del sabio.

Sin hablar de las investigaciones del laboratorio, ahora corrientes, el oído, el olfato, el tacto, desempeñan el principal papel en las investigaciones del facultativo, encaminadas a informarle acerca del estado de los órganos que la visión no puede alcanzar. Es descontado, que, de entre todos los sentidos, el de la vista nos suministra las mejores informaciones, los datos más precisos, razón ésta para que se intentara desde hace mucho tiempo, extender su campo de acción en el examen clínico. Y así, los médicos de ingenio, los inventores, se han esforzado en buscar medios y procedimientos adecuados para hacer visibles las cavidades o conductos, cuya estrechez, situación u obscuridad, imposibilitaban su inspección directa: tales las fosas nasales, el interior del ojo, el interior del oído, de la laringe, de los bronquios, etc. El conjunto de estos procedimientos se conoce por *endoscopia*, capítulo de la medicina práctica que cuenta en su haber un arsenal bastante complicado y numeroso y una técnica especial.

No nos demoraremos, que este no es objeto nuestro, en describir los instrumentos y la técnica que comportan, para el examen del ojo, de la nariz y del oído, ni de la laringe, practicado mediante ese sencillísimo espejo de mano, el laringoscopio, inventado por el español García, que ha sido el punto de partida de las posteriores maravillosas conquistas endoscópicas, alumbrando con una luz absolutamente nueva toda la fisiopatología de la voz, — mas queremos indicar solamente que se ha dilatado muchísimo el campo de la observación laringoscópica desde los trabajos de Boisseau du Rocher (1893), hasta los modernísimos de Killian, Brünnings, y otros. Y es que del examen de la laringe ha nacido el de la tráquea y luego el de los bronquios. Pero, el interés de estos procedimientos, algunos de ellos ingeniosísimos, no reside tan sólo en la aclaración del diagnóstico por la visión que procuran de las cavidades naturales obscuras, sino que permiten llevar, mediante instrumentos de prehensión adecuados, los agentes medicamentosos a los puntos lesionados o practicar la extracción de cuerpos extraños, — fragmentos de dentaduras postizas, alfileres, espinas de pescados, huesos de fruta, etc., que se ha tragado por descuido y se han enclavado en el esófago o en los bronquios.



El laringoscopio y sus detalles de construcción.

Posteriormente, Jacobeus, de Stockholmo, ha tenido la idea de aplicar la endoscopia al examen de las cavidades cerradas como el peritoneo y la pleura, accesibles solamente mediante intervenciones quirúrgicas, no siempre exentas de peligros, pese a la relativa benignidad de las operaciones asépticas. Monsieur Jacobeus ha pensado emplear, — ¡ocurrencia feliz! — el pequeño conducto que deja tras de sí el trocar empleado para perforar las paredes torácica o abdominal en caso de pleuresía o de ascitis para evacuar el exudado patológico, pasando por él un cistocopio, con lo cual se consigue explorar el tórax o el abdomen sin recurrir al bisturí ni a la anestesia general. Para ello se emplea un cistoscopio recto, terminado por una lamparilla eléctrica de luz fría, siendo necesario recurrir en caso de que exista un exudado, sea en el peritoneo, sea en la pleura, a la evacuación del líquido patológico, — más o menos turbulento y en todo caso, coagulable contra la lámpara en razón de su naturaleza albuminosa, — y luego a la inyección, mediante un trocar de doble valva, de oxígeno o de aire filtrado sobre algodón esterilizado, a fin de obtener el debido campo de visión, pues la pleura y el peritoneo, salvo expansión gaseosa o líquida de su interior, forman cavidades virtuales, cuyas paredes están en contacto.

Doctor D. Ernesto Botella y Martínez, académico correspondiente de la Real de Medicina de Madrid, jefe de la Consulta Oto-rino-laringológica en el Real Hospital del Buen Suceso; uno de los primeros en difundir los métodos de exploración de la tráquea, bronquios y esófago, en España y América.

Jacobeus ha demostrado, mediante una serie de algunos centenares de laparoscopias y toracoscopias, que así se llaman ambas técnicas, que, por ejemplo, variando el sitio de la punción del abdomen, es posible examinar la superficie peritoneal de las diversas vísceras abdominales. Un ilustre práctico francés, nuestro eminente amigo M. Luis Renon, profesor agregado de la Facultad de Medicina de París, médico del Hospital Necker, dice haber obtenido interesantes resultados con la aplicación de la toracoscopia. Estos modos de la endoscopia, no olvidemos de decirlo, reclaman prudencia y habilidad en su empleo y también cierto entrenamiento para aprovechar de las preciosas informaciones y grandes facilidades diagnósticas que nos suministran, evitando en más de un caso intervenciones quirúrgicas inútiles y no siempre anodinas.



Corte mostrando la iluminación de la laringe, mediante el laringoscopio, espejillo que es al propio tiempo vector de luz y transmisor de imagen. Está inclinado a 45°, en el fondo de la garganta, encima de la laringe.

¡Cuánta diferencia va entre ayer y hoy! ¡Qué progresos los realizados desde el simple espejo frontal, cuasi fugitivo de los rayos luminosos que le hieren, hasta los rayos X, que hacen transparentes al cuerpo humano y la endoscopia que exterioriza en cierto modo las superficies internas de nuestro organismo!

Víctor Delfino.



Notas sanjuaninas

En el Departamento Desamparados

La noche de Navidad, después de la misa del gallo, que se prolongó hasta las tres de la mañana, se manifestó en la iglesia parroquial del Departamento Desamparados, un voraz incendio, que destruyó completamente el interior del templo.

No se han podido averiguar las causas verdaderas del desastre, pero se cree en general en un corto circuito.

El fuego no dejó absolutamente nada a salvo, tanto que hoy no quedan del interior de la iglesia más que unos hierros retorcidos, y una baranda del órgano, aun medio incrustada en la pared y *reducida a un montón* de metales fundidos.



La Iglesia de Desamparados. — El interior del templo quedó totalmente destruído por el fuego.

Como quedó la Virgen de los Desamparados.

Los vecinos de Desamparados, en su mayoría bodegueros pudientes, han resuelto proceder a la reconstrucción del edificio, habiéndose desde ya *recibido ofrecimientos* de ciento de miles de ladrillos, dinero y mano de obra.

La comisión pro templo, sin embargo, no ha resuelto todavía si será el caso de aprovechar los muros *solidísimos* que el *incendio* ha dejado intactos, o de levantar más bien otro templo de nueva planta.

Tal vez prevalezca la opinión de los que propician la restauración, pues el gasto que ocasionaría echar abajo los muros de la iglesia, sería casi igual al que se requiere para nuevos cimientos y paredes.

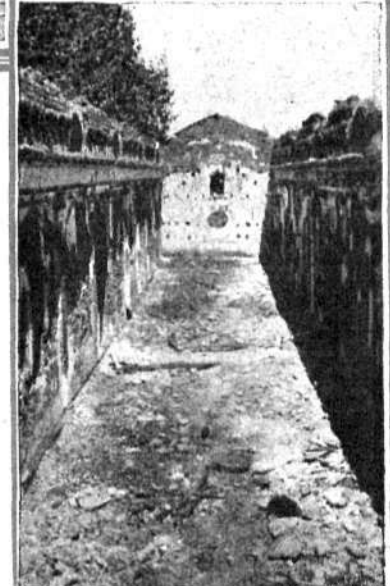
Hoy día los oficios divinos se celebran en un corredorcito al lado del edificio destruído.

A la izquierda del altar provisorio se ha arreglado un confesionario, hecho con cuatro tirantillos de pino tea, tapados con tela de sábana. Para los fieles hay unos bancos, muy pocos; y despierta la devoción una Virgen muy bien ataviada.

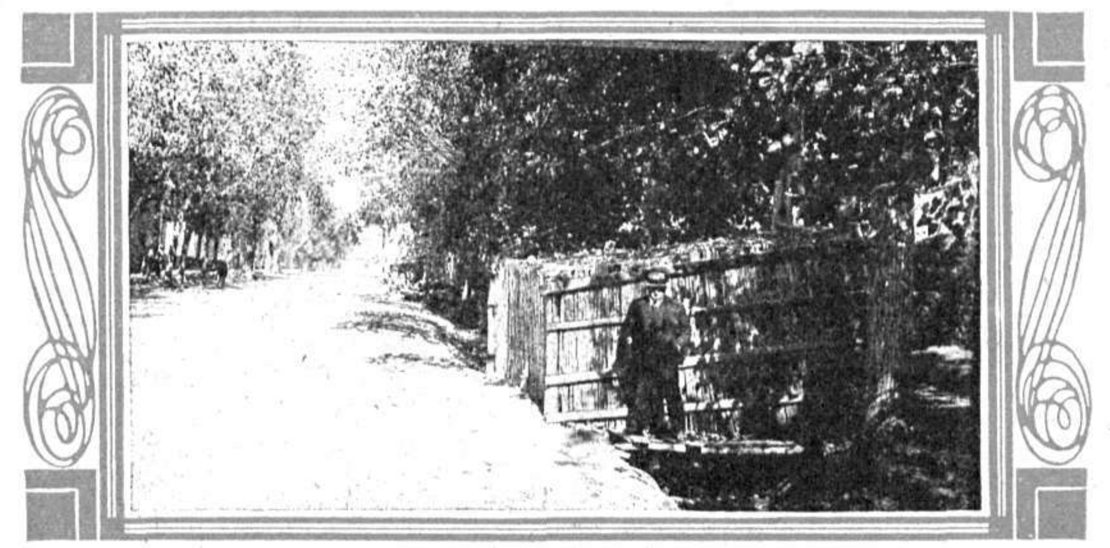
Existe otra imagen de la Virgen, muy modesto trabajo de modelado, en barro.

Esta estatua, venerada especialmente por el pobrerío, se salvó del fuego, pero se quebró en dos o tres partes. La salvaron abriéndose camino entre las llamas, como asegura el señor cura párroco.

Ha contribuído grandemente a hacer irreparable el desastre, la hora en que estalló el incendio, cuando ya todos los fieles se habían retirado a sus casas, para



El interior de la iglesia.



En el Departamento Desamparados. — Los baños populares, convertibles para todo servicio.

acostarse. Además fueron favorecidas las llamas en su obra destructora por el techo de paja muy seco y el viento Zonda violentísimo.

En contra de los calores que abrasan, los sanjuaninos de este departamento adoptan el baño, que llevan a cabo en las mismas acequias que corren a los costados del camino.

De vez en cuando se hallan especies de chozas formadas de cañas y paja, que quedan a caballo del canal.

Bastante anchos, generalmente, tienen un asiento enterrado en el suelo y una lona que sirve de pantalla en contra de las miradas de los transeuntes.

El baño es público, accesible sin necesidad de abonar nada. Se baña el que tenga un momento disponible para hacerlo, sin erogaciones de ningún género.

Esas mismas chozas, en la estación invernal, sirven para otros usos igualmente reservados que el baño, tanto que podrían, sin excesivas pretensiones, llamarse *reservados* no más.

Se encuentra una que otra casilla construída en madera, pero eso ya representa un lujo asiático, un triste presagio de tendencias al derroche.

No hablaremos de esos cuartitos de baño en madera, porque entraríamos en descripciones de ambientes sociales muy elevados. Esa ya sería aristocracia.

Dr. Vaccari.

TIPOS POPULARES DE LA REPUBLICA

"El Emperador del mundo" de Arroyo Seco, Provincia de Santa Fe

Don Angel Spina di fu Salvatores, es un pacífico habitante de Arroyo Seco, provincia de Santa Fe, que tiene la manía de los títulos, pero no de los que se cotizan en bolsa y rinden intereses, sino de aquellos honorarios que son una carga. Nuestro hombre se titula Emperador Mundial, General del Universo, Patrón de la República Argentina, Patrone da tutto, Representante de toda casa mayorista, etc., etc., y no seguimos enumerando porque si tuviéramos que escribirlos todos, se agotaría la tinta.



Don Angel Spina, di fu Salvatores, Emperador Mundial.

Su orgullo es ser el más original y rico tipo que existe en el universo, aunque en lo tocante a rico, se nos dice que casi siempre está sin medio.

Se dice nacido en las cercanías del volcán Etna, en Sicilia, en un momento de erupción, pero eso no pasa de ser una fantasía.

Ahora se ha dado un nuevo título, el de «Patrón de la guerra europea»; no se vaya a creer por esto que es un vanidoso, nada de eso, pues en la fotografía que publicamos sólo aparece con dos medallas, cuando dispone de millares.



General Angelo Spina fu salvatore Emperador del Univero, pide al Sr. Ministro de Italia Comendador [illegible] que se sirva tomar energicas medidas, por los robos que le estan haciendo, propiandose de todos sus bienes, la justicia le va en contra nadie lo atiende, lo tratan de loco pero no es.

Angelo Spina fu Salvatore

Tarjeta del titulado emperador.



Vistiendo pantalones de jerga abatanada,
chaqueta azul y poncho llamado balandrán,
camina por las calles de villas o ciudades
el indio *callaguaya*, devoto de San Juan.

Al hombro las alforjas, repletas de amuletos;
figuras de albo *mullu*, que atrae a la mujer;
milluchis para el susto; sahumerios contra el aire
y *chiuchis* diferentes de hacer enloquecer;
asómase al llamado de quien se siente enfermo
o del que en sus negocios presume malestar,
para servirle el mate que aplaque sus dolencias
o hacerle un sortilegio por medio del azar.

Fumando su cigarro desliza las barajas
al ras de una frazada doblada por mitad.
Le toma el pulso al cliente, pregúntale su vida,
su estado y sus costumbres, sus bienes y su edad;
y entonces, evocando las gracias de los santos
le pasa con el *millu* del cuello alrededor,
sumérgelo en un vaso de orina calentada
y en su ebullir predice las causas del dolor.

"Sufres, le dice, el daño de ocultos enemigos,
que en tus ropas usadas han héchote embrujar;
será en conejo o sapo que tu alma la han trocado
y que hasta quedar muertos, tu sangre han de chupar".

Absorto y tembloroso, sin fuerzas para nada
y acaso preveyendo nostalgias sin igual,
la víctima se abraza del cuerpo de su Diógenes
y ruégale salvarlo de trance tan fatal;
pues, cuentan que los hombres se vuelven unos entes,
sin habla ni sentidos, sin juicio ni razón;
que pásanse durmiendo los días y las noches,
soñando con los muertos de tétrico panteón.

El médico herbolario se da por satisfecho
de haber sugestionado de modo singular,
al rico comerciante de pieles y abarrotes
que caro ha de pagarle sus tretas de curar.

Calándose el sombrero de copa y faldas anchas,
promete por diez pesos cambiar la situación:
"Haré que gruña el *quirki* (con voz hueca le dice)
quién es que te ha embrujado, logrando la ocasión
de alguno de tus viajes. La lámpara de aceite,
que ardiendo se mantiene del templo en un rincón,
con *medio* que le echemos avivará sus luces,
trayéndote energías, riquezas e ilusión.

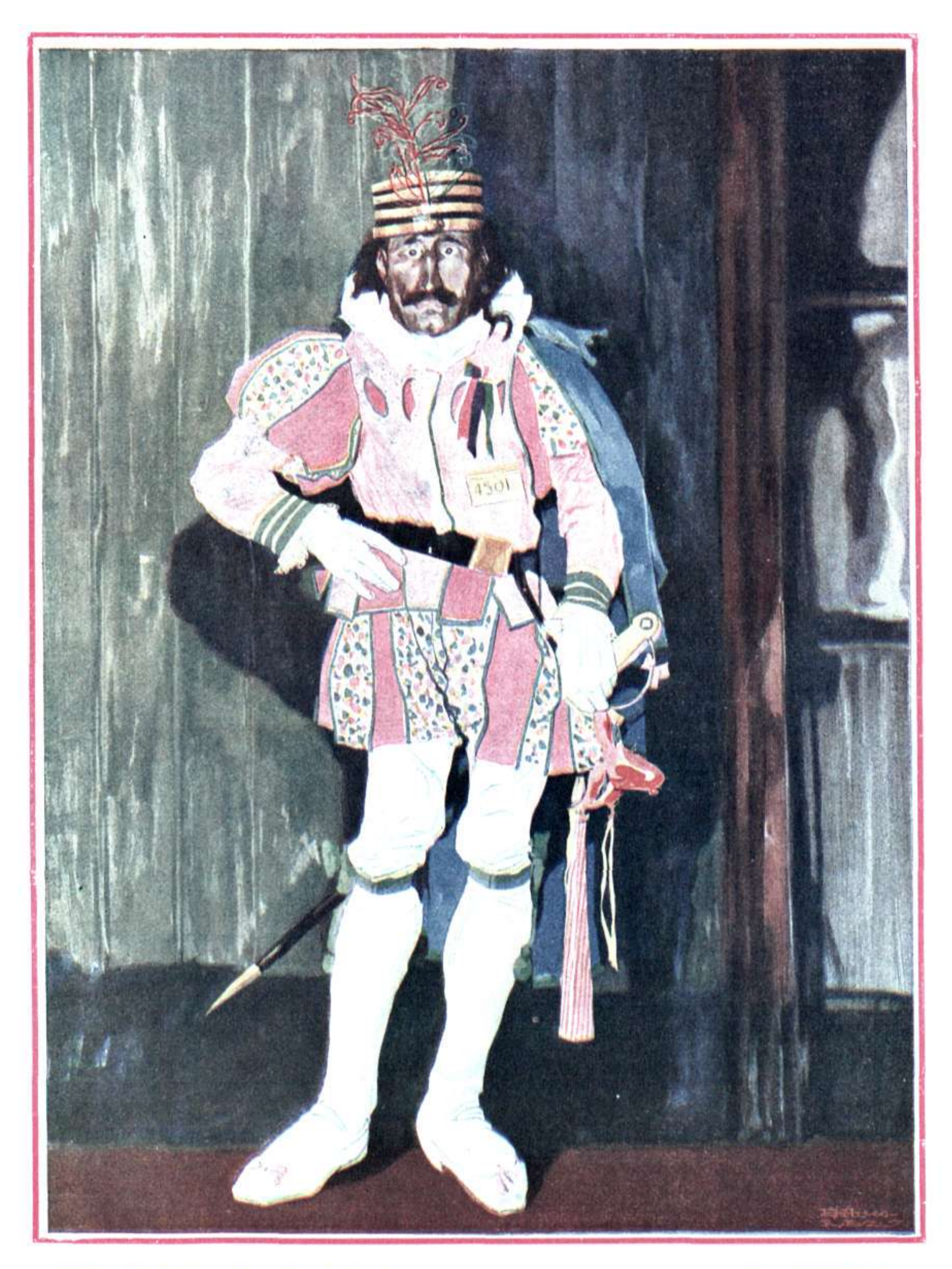
El pobre alucinado, no cabe de contento,
entrégale el dinero, doblando su valor;
ordena lo regalen de vinos generosos
y llenen sus alforjas de todo lo mejor.
Indica a sus pequeños que admiren a ese sabio
de origen de los incas y humilde al parecer;
que es algo extraordinario, que pasman sus pronósticos
y que es deber de gentes hacerlo conocer...

Y así recorre el mundo con sólo sus menjurjes,
especies y resinas, constantemente a pie.
Oráculo es de amores, custodio de fortunas,
Hipócrates en yerbas y escollo de la fe;
pues, listo a las preguntas y a los pensares listo,
no hay nada que minore sus medios de ganar,
que en suma son el fruto de largas experiencias
en esas mismas gentes que déjanse embrollar.

(1) Indígena de la provincia Muñecas, Departamento de La Paz.

La Paz, Bolivia.

Dib. de López Naguil



DEL CARNAVAL PASADO

"EL CONDE"

GOUACHE DE ÁLVAREZ

POESÍAS DECLAMADAS AL AIRE LIBRE



El público, aguardando en el Coliseo la llegada de los oradores.



Ofelia Mazzoni, declamando versos en el Palatino.

Recuerdo la gran emoción que experimenté en el Palatino, cuando Ofelia Mazzoni, en medio de las históricas ruinas, entre millares y millares de espectadores encerrados en un recinto de paredes derruídas que nos recuerdan tantos siglos y tantos acontecimientos, declamó por la primera vez los versos de los más ilustres poetas italianos. Con voz ora tonante, ora acariciadora, con matices delicadísimos, con gesto parco pero expresivo, aquella minúscula mujer hizo vibrar de franco y caluroso entusiasmo a todos los presentes. Fué una especie de delirio colectivo. Entre los concurrentes se hallaba Ellen Key, la batalladora escritora noruega, la cual confesaba cándidamente que aquel había sido uno de los días más hermosos de su vida. El efecto fué saludable y contagioso. Hombres de cultura sólida, declamaron por turno, ora en el Coliseo, ora en el Palatino, y amenudo también debajo de la histórica y decrépita encina del Tasso, donde, según una equivocada leyenda, el infeliz poeta del siglo XV había pasado a su sombra amargas horas de soledad.



La misma, declamando versos patrióticos en el Coliseo.



En la Academia de la Arcadia, de Roma. — Poetisa leyendo sus versos.

En los círculos intelectuales se habló mucho hace algún tiempo de Francisco Pastonchi, uno de los más jóvenes poetas de Italia. El fué el que inauguró la serie de aplaudidas lecturas de poesías que gustaron mucho e hicieron furor. El poeta Pastonchi era realmente un lector perfecto; hermoso joven; con una voz acariciante sabía tocar las más delicadas fibras del sentimiento. El auditorio lo seguía con los ojos, con el gesto, con el alma, y al final se puso de pie en un estallido espontáneo e insistente de aplausos.

Un buen día, Pastonchi, que cada ciudad de Italia se lo disputaba, se retiró a su tranquila casita nativa y las lecturas de versos pasaron un poco de moda. Resistieron solamente las lecturas dantescas, hechas en salas apropiadas y en presencia de un público selecto, cultísimo.

Declarada la guerra europea, he aquí que se produce un reflorecimiento improviso e intenso de poesías patrióticas. Roma ofrece bajo este aspecto un cuadro característico, único, porque ninguna ciudad de Italia se presta mejor para este género de es-



Debajo de la histórica encina del poeta Torcuato Tasso, se realizan los domingos conferencias y lecturas de versos.

pectáculos. Por lo demás, la historia está allí para demostrar que el pueblo de Roma estuvo siempre acostumbrado a oir de la propia boca de los oradores el bien y el mal de la sociedad en la cual se vivía.

Desde los *rostri*, especie de tribunas que todavía pueden admirarse en el Foro, los oradores políticos se comunicaban con el pueblo, el cual, sea que asistiese desde el ara sagrada a Vulcano, el dios del fuego y de las profesiones, sea que concurriese en la época republicana, situándose en el espacio que existía delante de la tribuna destinada al Senado, sea que echase de menos no escuchar más la palabra de libertad pronunciada por los Flavios, a la cual estaba acos-



Ofelia Mazzoni y la escritora noruega Ellen Key.

ciales, una mezcla de hombres, de mujeres, de niños, de ancianos, de soldados, de gentes del pueblo y de la aristocracia. Algunos *habitués*, llegan hasta abrir los volúmenes en los que se han recopilado poesías selectas, y controlan si la memoria de aquél o de aquélla que recita, deja o no algo que desear. Los otros, y son los más, se contentan con escuchar con religiosa atención.

Y cuando el espectáculo ha terminado, ruegan, suplican para que se recite una nueva poesía. He visto en el Coliseo llevada en andas por el público a la señorita Orsetta Orsatti, que suscitó tanto entusiasmo, y colocarla sobre un capitel a fin de que continuase bajo el resguardo de un arco su poética



Declamando poesías de Gabriel D'Annunzio.



Orsetta Orsatti, en el Coliseo, en pose para «Caras y Caretas».

tumbrado, se apasionó siempre a las disputas, a las polémicas de los oradores políticos y literarios. En las termas de Nerón, de Trajano, de Constantino, de Caracala, de Diocleciano, los poetas leían a los bañistas sus últimos versos, y los bañistas, entre una zambullida y otra, juzgaban, para después aplaudir o censurar.

Pero poco a poco el contacto entre pueblo y oradores fué debilitándose; se temía a la palabra, y la palabra persuasiva, después de ser retirada de las catacumbas y en alguna academia privada, terminó por abandonar al pueblo a sí mismo, sin darle el medio para hacerse su derechura moral.

La guerra ha traido un retorno a lo antiguo. En las termas, donde no se encuentran ya bañistas, se han vuelto a oir versos, versos rebosantes de patriotismo, todo vida y vigor. Se declaman especialmente poesías de Carducci, de D'Annunzio, de Pascoli, los tres más grandes poetas de la nueva Italia. A esos se agregan una interesante fila de poetas jóvenes, algunos muy jóvenes. El público es variado, de diversas clases so-

declamación que el mal tiempo había interrumpido.

Una culta e inteligente señorita argentina, que se encontraba a mi lado, no disimulaba su alegría y no hacía más que repetirme: «Vea, esto sería un buen argumento para una correspondencia para CARAS Y CARETAS. En la Argentina amamos la poesía de un modo superlativo; tenemos buenos poetas, veneramos al anciano Guido Spano y escuchamos conmovidos los versos de nuestros poetas nacionales. Nos falta, es cierto, un escenario como éste; no tenemos ni el Coliseo, ni las termas de Caracala, ni el Palatino; pero tenemos recitadores de poesías perfectos, tenemos los árboles históricos bajo los cuales se puede reunir un público numeroso y decidido a aprender, tenemos lugares que se prestan muy bien para este fin. Quizás falta un poco de iniciativa. Bastará con empezar. Lance la idea y verá.

He aquí que he complacido a la amiga a la cual dejo toda entera la responsabilidad de su consejo.

RAFAEL SIMBOLI.



En la Academia de la Arcadia. — Un joven sacerdote, leyendo sus versos.

RUMBO A FRANCIA...

No digo un artículo; un libro, no bastaría para describir los mil encantos que la bahía verde atesora. Es algo maravilloso. Sólo faltan aquí, los niños que Rabindranat ha visto jugar en las playas de todos los mundos. Desde la baranda de mi férreo Pegaso, contemplo extasiado, tanto apartado rincón, tanto escondido retiro, y me torno un hombre optimista, bueno, juicioso. ¡Cómo desearía olvidar, por un instante, las amarguras de la vida ansiosa! ¡Sentirme capaz de trabajar la tierra! ¡Vivir la vida simple del alegre pastor, de la garrida zagala, de los traviesos rapaces! ¡Ser el morador de aquella casita blanca, que tiene todas las pretensiones de una atalaya, sobre los verdes alcores! y mientras esto pienso, van pasando cien casitas más; y aparecen ante nuestros ojos, paisajes que nadie sospechaba; y el aire se torna más puro, las olas más verdes, más azul el cielo.

Y sigue el prodigio de granito templándonos el alma. Y la piedra se abraza con el agua. Y el «Pan de Azúcar», no es nada más que una faceta de aquella prodigiosa esmeralda. Y el buque que ya no se mueve, parece que quisiera llevarnos, todavía más allá... más adentro... ¡yo no sé adónde!...

Pero ya estamos en Río. Todos se apresuran. Inútil, inquietarse por descender a tierra. Habrá que esperar algunas horas. Felizmente, han llegado con sus canoas los eternos fenicios; hábiles psicólogos de la necesidad; explotadores del cansancio y del hambre. Y empieza el trajín. Y la discusión empieza. Y la mentira triunfa. Y el plomo sonríe en el bolsillo del tonto. Y los francos se van... se van...

....

Después de vencer algunas dificultades, conseguí bajar a tierra. Era la primera vez que me encontraba en un país extranjero. Todo me llamaba la atención. Pero luego no más empecé a ver que las gentes eran como las de mi terruño... Hablaban, es cierto, en un idioma que me era desconocido, pero la misma fiebre los devoraba. Pensando en estas cosas iba por la rua de Moreira César, — graciosa calle de unos cuatro a cinco metros de ancho.—Ascendí después por la Avenida Río Branco, donde un hombre que repartía no sé qué pregonados folletos, tuvo la gentileza de obsequiarme con uno; tratábase de «As Atrocidades Alemás», relato oficial de la comisión nombrada, para comprobar los actos cometidos, en territorio francés, con violación de los Derechos de Gentes.

Un poco más adelante, por las dificultades del lenguaje, me vi obligado a entablar, con un librero, el siguiente diálogo:

— ¿El señor es argentino?

— Sí, señor; argentino.

— Y... ¿qué hace usted por acá?

— Hoy he llegado de la Argentina. Mañana parto para Francia.

— ¿A la guerra?

— Sí; voy a prestar mis servicios a la Cruz Roja Aliada.

....

....

Andando y andando me encontré de pronto con la «Ladeira do Joao Homen» — que no todo en el mundo ha de ser hecho para castigo del hombre.

Es esta una estrecha calle de piedra, que ora dobla a la derecha, ora a la izquierda, que asciende, que baja, que se enrosca... hasta que concluye por hacernos perder la paciencia. Loros en las puertas. Chicos en la acera. Mujeres que atisban desde los balcones. Y el afilador (con piedra y con pito) infaltable personaje de estas apartadas y solitarias callejas, que no sé por qué espontánea asociación de ideas, me hacen pensar en las calles de Nápoles.

Después anduve por cien lugares más. Visité el Museo Nacional de Bellas Artes. (Todo en el transcurso de unas pocas horas). Cuando volví al «anessant», nuestro acorazado «Moreno» se ponía en movimiento. Graciosa estaba la marinería, y gallarda. Desperezóse el hierro. Resplandeció el acero. E iban a perderse, tras los lejanos montes, las negras bocanadas de humo, que desde las fauces del monstruo, a intervalos salían.

Iban en pos de él, el «San Pablo», y dos cañoneros más, cuando nuestro acorazado, desde babor y estribor, saludó al pueblo del Brasil. Respondiéronle algunas baterías de la izquierda, y de esa manera, abandonó las aguas fraternas de la bahía verde.

Serían, más o menos, las seis de la tarde, cuando nos pusimos en marcha. Desandamos una parte del encantado camino, y nos internamos con rumbo a Dakar, en el inmenso océano.

Sabido es, que hay gentes para quienes el mar es un verdadero verdugo; individuos que no duermen sin haber colocado a mano el salvavidas, porque como nada valen, es necesario que se salven; hombres que a toda hora os preguntarán, si es cierto que la guerra se acabará dentro de cuatro meses, porque en un hospital de Buenos Aires, ha nacido un chico, que tiene cabeza de elefante y cola de tiburón; el cual chico se dice enviado por Dios, para anunciar el fin de la guerra...

El mar no ha sido hecho para ellos. Ni les llama la atención la luna. Ni se enamoran de nada. Son los señores macizos — que así deben llamarse, —los que no sueñan, los que no tienen un jardín interior, los que nacieron para vivir la vida fácil del engranaje, que sólo pide aceite, pero que no sabe pensar

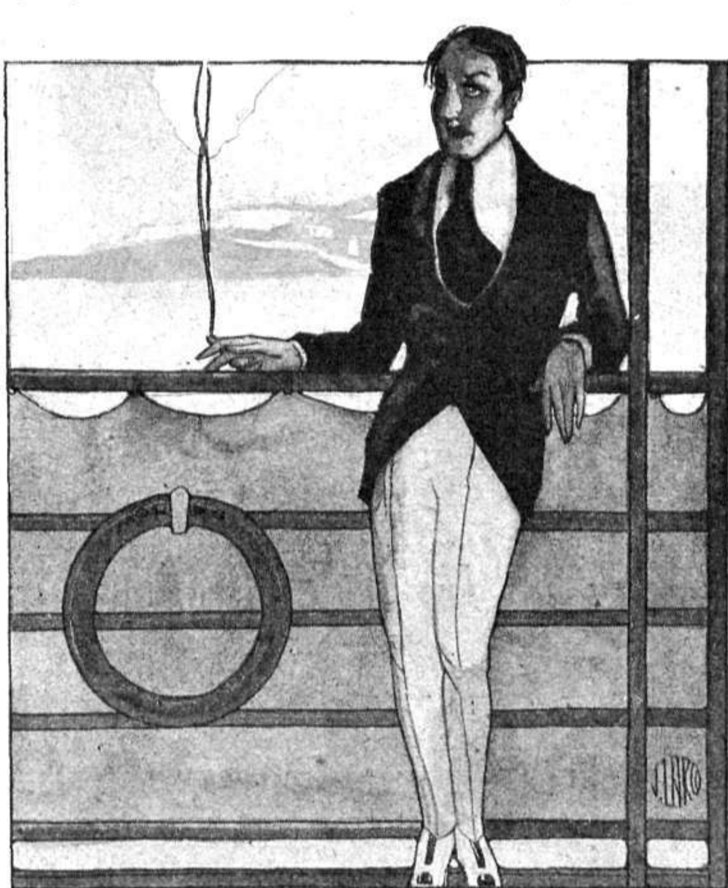
No obstante el sol es el sol, y el cielo es el cielo, y el mar es el mar. Y los rincones no faltan para pensar en las cosas que nos son queridas. Y hay veces en que uno se encuentra en el terruño, rodeado de amigos, junto a la «fuente ciega», dentro del «viejo parque».

Y hay algo más todavía dentro del hondo pecho.

Ricardo Chaminaud.

Dakar, diciembre 5 de 1917.

Dib. de Larco.



DE SAN LUIS

La cultura física en las escuelas

«Mens sana in corpore sano», reza el proverbio latino, y es así como no sólo la enseñanza intelectual, sino también la física, realizan en su fusión completa el ideal de la educación de una raza.

Merece palabras de elogio, que valieran de estímulo y de ejemplo común, el cultivo que de los ejercicios físicos se realizan, cumpliendo un programa inteligente, en las Escuelas Normales de San Luis.

La gimnasia sueca, prestigiada para la elasticidad de los *músculos* y la *armonía* de las formas, cuyo desarrollo y belleza auspicia en la rigidez de sus reglas, forma parte integrante de ese programa, cumplido bajo la dirección del profesor señor Simón.

Como puede verse en *las fotografías* que ilustran esta página, obsérvase también el juego inglés del football, verdadero solaz y beneficio, después de la quietud de las clases, algo así como una válvula de escape de todo ese vigor juvenil y esa alegría despreocupada y preciosa de vivir.

Gimnasia física, después de la gimnasia intelectual; gimnasia, si es posible a pleno aire y sol, es lo que formará el plantel fuerte de las futuras generaciones.



En la Escuela Normal de Maestras. — Durante una clase de gimnasia sueca.

En la Escuela Normal de Varones.— Los alumnos de tercer grado, en una clase de gimnasia, a cargo del profesor señor Simón.

Escuela Normal de Maestras. — 1.er grado superior. — Marcha rápida.

Escuela Normal de Maestras. — Un descanso, después del partido de football.

SARRASQUETA Y LA CARESTÍA DE LA VIDA



Sarrasqueta, pide organizar una junta de soviets o sobrios, que ponga los medios de abaratar la vida, requisando los comestibles, y haciendo aflojar la bolsa a los bolshevikis o capitalistas, en favor del pobre.



El comercio maximilista, que sólo vende al por mayor, dará crédito ilimitado a los minimilistas que venden menudencias al menudeo y a mínimos precios, para que fíen hasta el final de la guerra.



Los ukranianos o vendedores de cráneos de ternera, cabezas de corderito y demás despojos, se despojarán de ellas y las darán a los pobres para que las coman en salsa verde a la vinagreta.



Como donde no hay harina, todo es mohina, procuraremos que no nos falte, exigiendo por la fuerza bruta a los molineros, que nos presten la plata para comprarles la harina "F. O. B." (Favor Obtenido Buenamente).



Nadie esperará a que le den la galleta; todos tendrán derecho a tomarla por la vía menos diplomática, en cualquier panadería, y a falta de pan, se requisarán las tortas.



La pesca del pejerrey chico, siempre que no exceda de nueve centímetros, con noventa y nueve milímetros, será libre, para que el pez grande no se coma al chico, antes que nosotros.



La cosecha de maní torrado, siempre que haya locomotoras suficientes para su transporte, se repartirá gratis entre los que atorran los domingos por las plazas públicas.



Todos gozaremos de la libertad y el derecho de írnos a escardar espárragos en las quintas particulares, y comérnoslo al natural o a la parmesana, sin gasto alguno.

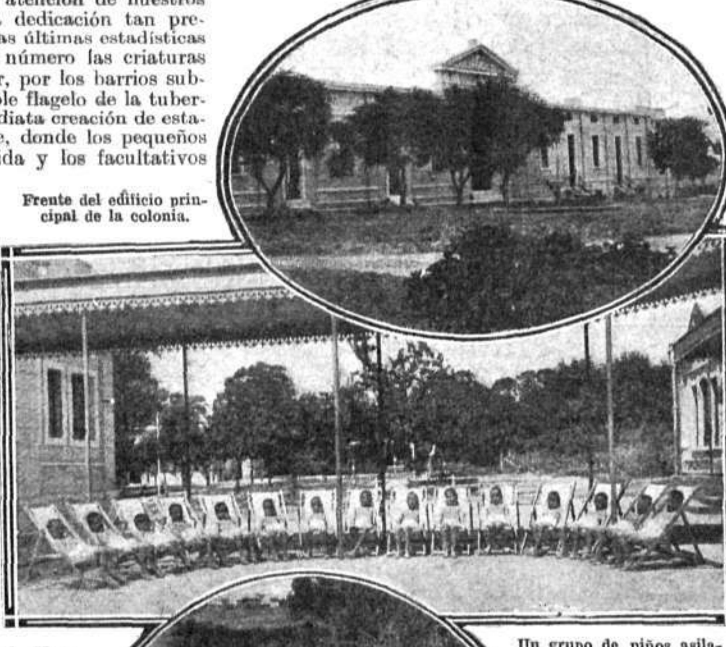


Al acaparador y ocultador de artículos alimenticios, se le ahorcará de un árbol, y así habrá una boca menos y una ración más a repartir entre los necesitados.

Dib. de Redondo.

Sociedad "Escuelas y Patronatos". — La colonia de niños débiles, en Bella Vista.

La defensa del niño débil es uno de los complejos problemas sociales que ocupa toda la atención de nuestros más reputados higienistas. Explica dedicación tan preferente, el porcentaje arrojado por las últimas estadísticas escolares, donde aparecen en gran número las criaturas débiles, y en escala no muy inferior, por los barrios suburbanos, las heridas ya por el terrible flagelo de la tuberculosis. Ambas cifras exigen la inmediata creación de establecimientos especiales, al aire libre, donde los pequeños puedan recobrar la vitalidad perdida y los facultativos logren combatir los gérmenes hereditarios que en muchos casos hacen presa de los cuerpecitos de aquellas criaturas mal alimentadas, que han vivido siempre en completo abandono.



Frente del edificio principal de la colonia.

Un grupo de niños asilados, tomando el reglamentario baño de sol.

Las necesidades y privaciones, obligan a los padres a descuidar a sus hijos para atender el sustento de la familia, no siendo difícil, así, que la menor propensión origine estragos en estos sensibles organismos.

En la ardua tarea profiláctica hállanse comprometidos los miembros del Cuerpo Médico Escolar, y muchas de nuestras instituciones benéficas. Mientras los primeros tratan de ampliar los beneficios de las escuelas especiales que para esta misión creara el doctor Ramos Mejía, las segundas aunan sus esfuerzos en pro de la fundación de institutos semejantes, dependientes de las diversas obras de caridad. Una de las instituciones que con mayor empeño



Durante la hora del desayuno. — Vista parcial del comedor, improvisado al aire libre.

En el amplio campo de ejercicios físicos, bajo los frondosos eucaliptus.

y eficacia ha tratado el amparo del niño enfermo, ha sido la sociedad «Escuelas y Patronatos», fundada por la benemérita señora doña Eloísa Ponce de León de Ezpeleta; a cuyo esfuerzo debe la sociedad los elevados prestigios de que goza.

En nuestra visita a la Colonia de Bella Vista, hemos podido apreciar la labor inteligente que allí realiza el joven médico doctor Guillermo Lucas, a cuyo cargo se hallan más de 150 asilados, de los cuales el 20 % hijos de alcoholistas, son tuberculosos. Estos niños serán trasladados en seguida a la Colonia de Córdoba, — que pertenece también a la misma sociedad, — para ser tratados especialmente por el clima.

A los demás asilados se les asiste con tratamiento severo, fortificante y reconstituyente. La gran panacea: el sol, obra admirablemente en la salud de los traviesos enfermos, que gustan de sus baños, y bajo sus rayos permaneeen quietecitos 45 minutos.

Una buena alimentación, cuidadosa vigilancia, sanos ejemplos, las clases educativas que se les dictan diariamente, y las largas horas de recreo que pasan junto a las arboledas de eucaliptus, aseguran a la patria al buen ciudadano que se prepara. Las carcajadas de tanto chiquillo llegaron aun hasta nosotros, cuando el coche emprendía su regreso hasta la próxima estación...

JOAQUÍN E. RIAMBAU.

La comisión de la sociedad, obsequiando con caramelos y dulces a los asilados.



Las señoras Eloísa P. de L. de Ezpeleta (presidenta), de Frederking, de Quesada y Estrada, la señorita de Quesada y nuestro repórter, pasando revista.

El negro del Pim-Pam-Pum



Se había anunciado para las dos de la tarde la llegada del «Infanta Isabel de Borbón» a nuestro puerto, y eran ya cerca de las tres cuando la majestuosa nave atracaba al murallón de la dársena, en cuyo andén, un mundo de gente se estrujaba por ocupar posiciones, haciendo caso omiso del opresivo calor reinante en aquel día de febrero.

Los primeros diálogos se cruzaban:

—*¡Te digo que aquel es Raúl!*, — sostenía una rubia de cabellos oxigenados, señalando a un punto del barco.

—*No puede ser, Raquel, no insistas; Raúl es mucho más delgado.*

—*Pero, m'hijita, habrá engrosado con la buena vida...*

De pronto, el héroe, próximo al muelle ya, se deja reconocer.

—*¿No te decía? ¡Es él!...*—exclamó triunfante la de los cabellos de oro «doublé»... *¿Cómo te va, Raúl?...*

Y en tanto que el gigantesco barco se aproximaba cada vez más, las manos, de una y otra parte, se movían agitando los pañuelos, nunca tan agitados como los propios corazones, que, en tales circunstancias, suelen henchirse de placer por el arribo de un ser amado, o sobrecogerse de dolor, anhelantes, sofocados por la pena, cuando el que se espera, baja la planchada conducido a pulso, en el severo ataúd de caoba...

Juan Carlos Rocamora, de codos en la baranda del barco, contemplaba, indiferente al parecer, todas aquellas escenas. A su lado, un «tocaor» andaluz, enarbolando su guitarra, contestaba a los primeros saludos de sus camaradas:

—*¡Qué cambiao llegas Joselillo!...*

—*¡La nostalgia, niño, la nostalgia!... Se ma metío en el alma con más juerza que el cariño de una gachí!...*

—*Canta algo.*

—*¡No me lo pidas siquiera; mi canto va parecé un lamento!...*

Juan Carlos seguía recorriendo los grupos con la vista: nadie le esperaba. Y recordó, entonces, el momento de su partida, tres años antes. Sus amigos, que eran legión, le habían acompañado desde el alegre restaurant donde se sirviera la comida de despedida, prolongada entre champaña y mujeres hasta la hora de embarque, y le aclamaron desde el muelle. Y él, emocionado, mareado por tantas impresiones, les había arrojado su sombrero, que, describiendo en el aire una graciosa trayectoria, concluyó por hundirse en las turbias aguas del dique, con la misma indiferencia con que él hundiera poco antes sus sentimientos en un mar de ambiciones y egoísmos.

Porque Juan Carlos había sido un mal hombre. Huérfanos de padres, se criaron con su hermano mellizo Luis María, en medio de una pobreza desconcertante. Llegados a la edad en que los hombres se orientan definitivamente, de acuerdo con las aspiraciones y aptitudes de cada cual, Juan Carlos no trepidó en encaminar su vida por una senda de vicio y perdición, en tanto que Luis María, unida su existencia a la de otra alma buena, una pobre obrerita como él, luchaba por hacer de su hogar modesto, un nido de ensueños, donde no faltara el pan.

Y ocurrió lo de siempre: Luis María continuó en su vida miserable, mientras que Juan Carlos, embarcado en negocios de dudosa legalidad, amontonó dinero y buscó amistades en un círculo que su hermano, por su moral y su indigencia, no podía frecuentar.

Y así marcharon separadas, desde entonces, aquellas dos existencias, que comenzaron juntas y que juntas quiso prolongar el postrer consejo de una madre moribunda:

—*¡Quiéranse mucho, hijitos; no se separen nunca!...*

—*Dígame, cochero, ¿dónde se puede divertir un rato*



un porteño que vuelve a su patria después de siete años de ausencia?... ¿Dónde se puede hacer soportable este insoportable calor de Buenos Aires?...

— ¿Cume dice, cabayere?...

— ¡Qué quiero divertirme... respirar!...

— ¡Ah... buono... ta llevo a lo Parque Caponese!...

Y arrancó el placero en dirección al Parque Japonés.

Apenas hubo franqueado la entrada, se encontró Juan Carlos con dos de sus antiguos amigotes.

— ¡Hola negro!... ¿Cómo te va?... ¿Cuándo llegaste?...

— Esta tarde.

— Nosotros no sabíamos nada.

— Es cierto; no le he escrito a nadie.

— Mirá, che, palabra, has hecho mal en volver: ¡este Buenos Aires es un «opio»!

Media hora después, cansados de dar vueltas en el tren del Parque y mareados ya de tanto festejar con «copetines» la vuelta del «negro», como llamaban a Juan Carlos sus amigos, se habían detenido frente al lugar donde un hombre pintarrajeado de negro se apresta a que los demás ensayen en su cara la puntería...

— ¿Vamos a tirarle, che?...

— ¡Vamos!... Ya sabés que yo soy materia dispuesta.

Y empezaron los pelotazos.

— No tenés puntería; mirá yo...

— Vos tampoco... traé...

Y el supuesto negro esquivaba los pelotazos con una maestría única, la que adquieren los desdichados para sustraerse al hambre.

— ¡Me da rabia el negro ese!... Traé una pelota.

— No tengo más.

Y encelado por el fracaso, se agachó Juan Carlos, recogió una piedra y la arrojó con rabia contra el infeliz, con tal puntería que le partió la cara.

— ¡Bárbaro!... — le gritaron sus amigos.

— ¡Me tenía harto, — contestó Juan Carlos, soltando una carcajada de borracho, — *y conmigo no se porfía!... ¿Por qué no se dejó pegar con las pelotas?...*

Algunos concurrentes que presenciaron la escena, detuvieron al autor de tan salvaje acción, en tanto que el dueño del «negocio» sacaba al herido y con un pañuelo le limpiaba el rostro, donde el negro de la pintura hacía con la sangre una extraña y repugnante amalgama.

—¿No tiene vergüenza?... ¡Mire su obra!...

Y Juan Carlos, serenándose un poco ante el peligro, miró de soslayo al infeliz, y lanzando un espantoso grito, cayó a su lado:

—¡Luis María!... ¡Hermano mío!...

FRANCISCO E. COLLAZO



Dib. de Redondo.

ANTE EL LAGO

¿Qué me dices, lago sereno, escondido entre la umbrosa fronda de los árboles? ¿Que eres espejo para las nubes y el azul del cielo; que verdea el ramaje en tu superficie glauca; que se deslizan los cisnes con tranquila gallardía sobre la onda; que unos patos negros avanzan como las sombras que aparecen en una alma?

Todo esto me dices, mas mi corazón oye otra voz que sale de tu fondo invisible, me dices: que hay algo más en el abismo misterioso de tu linfa inmóvil.

La vida es como el lago: superficial apariencia, tranquilo espejo de las cosas; pero, allá en lo interior, se agita el enigma de una tormenta sin fin.

Las horas se adormecen bajo el sol brillante y el aire acariciador; la orquesta matinal es música de vida: se agitan los invisibles insectos, los pájaros cantan sus meditaciones nocturnas, las magnolias se balancean cual incensarios, los eucaliptus sahuman el ambiente, los senderos guardan las hojas caídas en la noche como un despojo de temblores al beso lunar, los niños corren sobre el césped; mi alma tiene alas de mariposa y la naturaleza entera recibe la caricia de las miradas humanas.

¿Es este paisaje inmenso, el esplendor del sol, la riente vida de las cosas la que me oprime y ligera tristeza se adueña de mi alma?

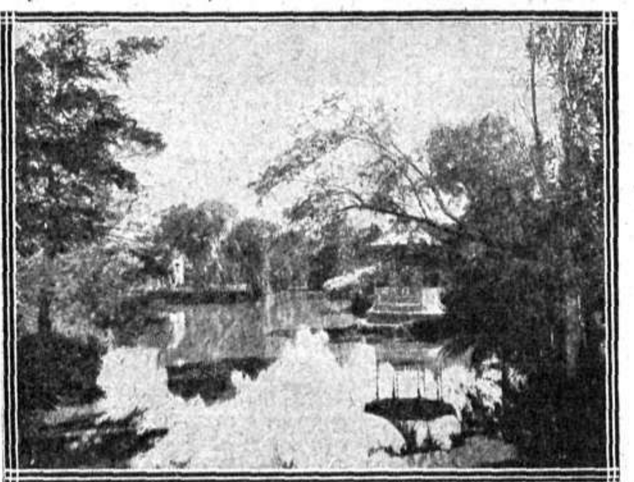
No, bien sé yo lo que me agita; mi corazón no está tranquilo como la intangible belleza de las cosas reflejadas en el agua y toda esta alegría externa viene a mí como un reproche y algo así, como un soplo de eternidad cargado de paz envuelve la ilusión de mi mundo angustiado por dolores irremediables. Contemplo el gran misterio y leo en él, ¡tiembla!, la página del destino ante mis ojos; no, no quiero conocerla.

Ciérrate, libro insondable, y déjame como a los cisnes bogar sin rumbo para que no tenga que exclamar: ¡ay! infeliz de mí, he vivido una hora de más.

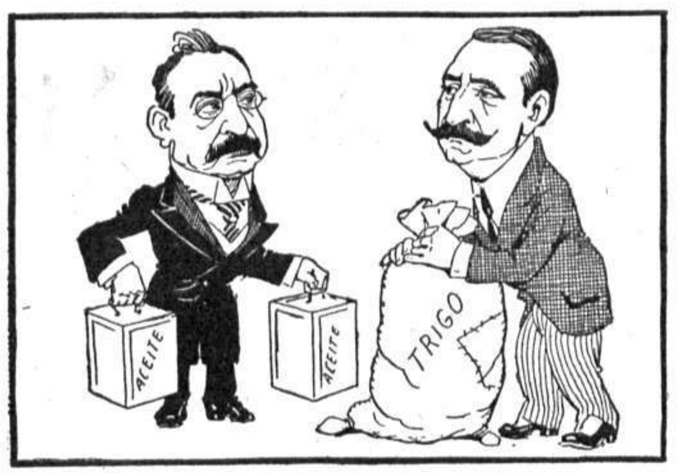
Cuando el alma se abre como un abismo de inmensidad, por inefables anhelos se siente la inmortalidad, y esa sed de alcanzarla, me hace tambalear como al nenúfar entre las olas y me siento torturada y amarrada al fondo de la vida por raíces que me fuerzan a gritar: ¡piedad! Y luego la plegaria brota de mi alma y murmurando un nombre, lo dejo flotar en el espejismo de mi ser cual una llama alimentada por mágico aceite...

ROSA BAZÁN DE CÁMARA.

Buenos Aires, enero de 1918.



Emisión menor



INTERCAMBIO

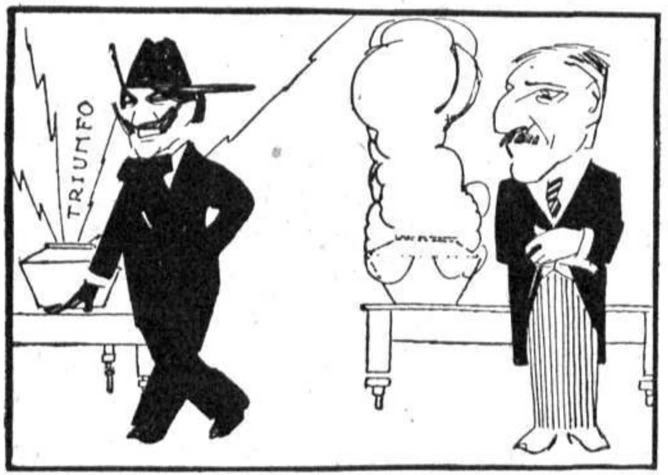
Soler y Guardiola. — Mi gobierno, agradecido al vuestro por el trigo, os envía aceite de oliva.

Pueyrredón — Así podremos decir, en el doble sentido de la palabra, estamos en paz.



FELIPE OTAÑO
Nuevo Administrador de Limpieza

Por limpio de cuerpo y alma
y por ser todo pureza,
Otaño ganó la palma,
y hoy es Jefe de Limpieza.

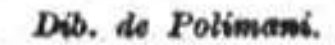


OPTIMISMO **PESIMISMO**



— ¡Qué colosal! No han hecho más que verle los yacarés y salen huyendo.

Giuffra. — Es que saben que vengo dispuesto a tirar con bala.



Dib. de Polimani.



Momo. — Dejo a la gente aburrida
y sin plata, y ese mal
me obliga a la despedida,
porque así salvo la vida
hasta el otro Carnaval.

Impresiones artísticas de la guerra



La plegaria, antes de iniciarse el asalto.

He aquí un nuevo grupo de dibujos de Mario Barberis, ejecutados pocos días antes de la ofensiva austro-alemana en Italia. Representan escenas de la guerra, algunas de las cuales invitan a meditar. El dibujo intitulado «La voz de las cosas» dice de la lucha que todo lo trastorna, hasta las pequeñas, íntimas y sagradas cosas del combatiente fueron violadas, destrozadas y esparcidas brutalmente aquí y allá para servir de pasto a la curiosidad del primero que llega. Fotografías, tarjetas postales, cartas, hojas de apuntes, de memorias, conteniendo quizás la última voluntad de los soldados, se amontonan en desórden entre el fango, un yelmo, un frasco roto, y pedazos de guarnición.

Fué aquí donde se desencadenó el huracán, fué aquí donde el enemigo pasó destruyendo las primeras defensas.

En Carnia y en el Cadore se procede mientras tanto a recoger los heridos, los cuales son llevados sobre las espaldas, a la rastra o en una especie de trineo o sobre un mulo, según las circunstancias y las condiciones físicas de los heridos. ¡Oh!, ¡el dolor de quien bañó con su sangre las peñas de aquellos terribles montes! ¡Oh! el desgarramiento de quien recuerda los sacrificios sobrehumanos para conquistar aquellas cumbres, para llevar la guerra allá arriba en las cimas consideradas inaccesibles. Guerra de águilas, guerra de heroísmo sin nombre; avanzadas lentas, fatigosas, entre hielos, huracanes, aludes, entre asechanzas de los hombres y de la naturaleza. Noches de insomnio pasadas dentro del abrigo de piel, los ojos fijos hacia las trincheras enemigas, el oído atento al más leve ruido. ¡Patrullas de reconocimiento formadas por hombres audaces encapuchados unos o con sus blancas camisas otros, blancos fantasmas que circulan en la noche sobre la blancura enceguecedora de las nieves y de los hielos!

Largas filas de conductores de heridos, llevan a los valles a los congelados y a los muertos, porque allá arriba, entre hielos, hasta las tumbas constituyen un grave problema.

¡Un día triste para aquellos centinelas avanzados, para aquellos osados alpinos que habían asombrado al mundo con sus proezas, fué cuando llegó la orden de replegarse, abandonando sitios que costaron tantas fatigas, tantos cuidados, tantos sacrificios!

En la guerra las discusiones no son admitidas. Es preciso obedecer. Los que se encuentran lejos ignoran lo que sucede en los otros sectores del frente; entonces la imaginación entra en juego, se piensa, se trata de comprender, de explicarse el porqué de tantas cosas, coordinan, discuten, interrogan, pero el misterio reina más im-



La voz de las cosas.



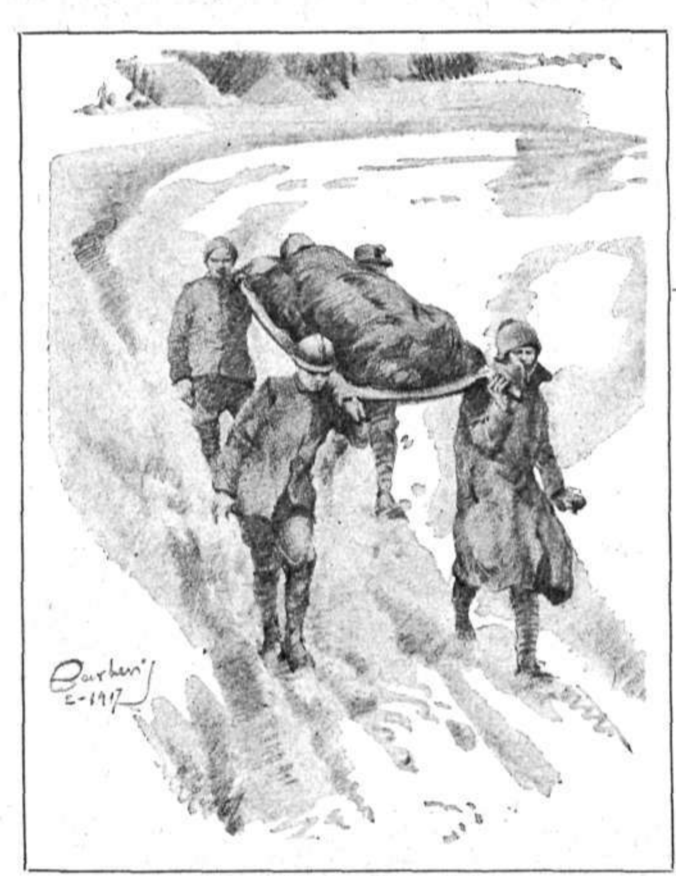
Retorno a la vida.

penetrable que antes. El teléfono suena imperioso: Retiráos destruyendo lo que no es posible llevar.

Los alpinos obedecen, pero muchos de ellos lloran. ¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué abandonamos estos baluartes? Después, se retiran con el corazón atormentado y corren a oponer una valla al enemigo que avanza.

HÉCTOR MANFREDI.

Dibujos especiales para CARAS Y CARETAS, *por Mario Barberis.*



Los últimos heridos descendiendo del Cadore.



La fisonomía de algunos prisioneros.

Fiesta religiosa en Mar del Plata

Niñas que formaron en la procesión de S. D. M.

El comisionado municipal, señor Martín Alzaga, y los señores comandantes de los acorazados «San Martín» y «Belgrano», conduciendo el guión del Santísimo Sacramento, en la grandiosa y solemne ceremonia, cuya celebración ha constituído la nota más saliente en el aristocrático balneario.

Custodia de S. D. M., conducida por el Illmo. Monseñor José A. Orzali.

Acólitos conduciendo la cruz procesional y ciriales.

Carnaval

En el Zoo



Niñas de Noel, rememorando con su tocado el tiempo en que el uso de los peinetones eran el «chic» de nuestras abuelas.

Un pequeño holandés, montado en ágil y dócil llama.

Perrita amaestrada, que hizo las delicias del numeroso público, que admiró sus habilidades.

Ninita Mercedes Wilde, preciosa espigadora, capaz de segar hasta los corazones... con su llanto.

Corsos



Artísticos palcos, en los corsos de Flores y Belgrano.

En el "Parque Japonés"



Niños de: A. Sambusetti, A., H. y R. Subé, Juan M. e I. Meseta, R. Zabala, G. Rodríguez Jurado, P. Domínguez, C. Vilella, C. Alonso y Fontenla, E. y F. Granados, A. Munsanti, M. Ludueña, J. Marcelo, C. Murcusi, R. Elías, V. y S. Espósitos, J. y E. Sambuseti, A. y A. Ibargulin, E. Fernández, Pepita y Victoria Fernández, María Mardelo, Manuel García, María Pardo, Eug. e I. Ibarguein, R. y J. Rey

El carnaval en Rosario





Artística carroza «Los Sportsman Botarates», recorriendo el corso celebrado en el pueblo de Alberdi.



Grupo de jockeys, formado por las señoritas De Salvi, Puig, Jauregui, Reyes, Leperi, Bigual y Altave Murich.



Cinco bellos pierrots: señoritas Teresita, Paquita y Pepita Isen, Luisita y Elenita Romero.



Carroza «La Ilusión», que se destacó por el entusiasmo de sus ocupantes.

En Montevideo



Entrada de «Su Majestad el Carnaval», al iniciarse el desfile en el corso oficial.

Comparsa «Marina Nacional»; actuó con éxito en los festejos.

Carroza «La Gheisa».

Un palco, imitando un tranvía eléctrico.

Enlaces



Señorita Delia Nandín Passo, con el señor Héctor Serini.





Señorita María del Carmen Giménez, con el doctor Hernán Silva.





Señorita Lola Fariñas, con el señor Francisco Correas.

Venganza de un tigrero

Del libro "Del alma guaraní", próximo a aparecer

Imbareté (1), llamábanle a Segismundo Duarte los paisanos del pago; y no en balde había llegado a adquirir la fama de hombre fuerte que daba origen al apodo guaraní. Más de cien yaguaretés (2) había tumbado a puñaladas, después de luchas terribles, en las que barajaba en el brazo izquierdo envuelto en su poncho las dentelladas y zarpazos del bravo y vigoroso felino, acechando la oportunidad de hundirle hasta el mango el cuchillo, de manera de ultimarlo con la primer cuchillada, a fin de no estropear mucho la valiosa piel.

Imbareté construyó su rancho en los alrededores de la laguna Iberá, guarida de tigres; y apenas se inició en el peligroso oficio de tigrero, hízose famoso por su astucia y su valor.

En cuanto se encontraba un ganado ultimado por un tigre, en las estancias de los alrededores, se recurría a él para que le diera caza. Imbareté, seguido de sus perros, flacos y ágiles como todos los perros tigreros, llegaba a donde estaba el animal muerto y luego seguía la pista hasta dar con un sitio a propósito para prepararle la lucha al felino, frente a frente, sin más defensa que su poncho envuelto en el brazo y sin más armas que su afilado cuchillo.

Su vida no tenía otras alternativas: o corría los riesgos de caer bajo las garras del tigre, o se estaba tranquilamente en su rancho, acompañado de su mujer, sin preocuparse de trabajar, mientras hubiera yerba para el amargo y un pedazo de carne que clavar en el asador.

Un día, inesperadamente, llegó al rancho, Manuel, su hermano menor.

— Muy güena. ¿Y a qué se debe el milagro?

— Aquí me tené, cansado de tirar el laso y de parar rodeo en la estancias. Vengo a que me dé un sitio en tu rancho y a que me haga letrao en matar yaguareté.

— Sitio ni bocao te han de faltar; pero en eso de meterte a tigrero, pensalo bien, Manuel, mirá que la vida está siempre colgada de un hilo.

— Y diay, hermano, ¿no soy de tu mesma sangre, pa ser capá de apeligrar el pellejo?

— Vo nico (3) so el dueño de tu vida; pode gir probando.

Manuel había hecho ya sus primeras armas, y en preparar a los perros y seguir rastros era todo un maestro.

Sin embargo, Imbareté, ya no era feliz como en otros tiempos. Una desconfianza terrible hacía trabajar su cerebro. Sorprendió miradas y escenas entre su mujer y su hermano, que le hacían pensar con horror en algo que le parecía imposible.

— Me voy al pueblo a vender ese cuero — díjole un día a Manuel, enseñándole uno que estaba estaqueado. — Volveré mañana de madrugada.

Imbareté miró fijamente a Manuel y parecióle advertir que el rostro iluminósele de alegría.

(1) Fuerte.
(2) Tigres.
(3) Modismo guaraní.



Fuese a sacar el cuero de las estacas, pensando en su plan para sorprender en plena comisión del delito, a los que le robaron su tranquilidad.

Hacía ya largo rato que había obscurecido, cuando Imbareté, sigilosamente, como sabía hacerlo cuando perseguía un tigre, se deslizaba por entre los pajonales que daban a la parte trasera del rancho.

No necesitó abrir la puerta, para cerciorarse de lo que adentro ocurría. Bastantes agujeros había en las paredes de barro y paja, para poder espiar sin ser visto.

Poco tuvo que mirar para que lo que era sólo una duda, que durante tanto tiempo lo trastornara, se convirtiera en realidad. Su primer impulso lo llevó a sacar el cuchillo y entrar al rancho; pero luego sus labios se contrajeron en una sonrisa desdeñosa, envainó el cuchillo y se retiró con el mismo cuidado con que llegara, a fin de no ser oído.

A la madrugada siguiente, llegó al rancho, trayendo a la cincha un carpincho muerto.

Tanto su mujer como Manuel estaban levantados, esperándole.

— Muy güeno le dé Dió.

— Del mesmo modo, — respondió Manuel; — llegá justo a tiempo pa tomar un amargo. ¿Y cómo te jué?

— Rigular. No pude vender el cuero, pero en cambio maté este carpincho para hacerme un tirador, que ya me estaba haciendo falta, — respondió Imbareté al tiempo que desensillaba su caballo.

— ¿Y hoy tenemo trabajo? — dijo Manuel.

— Sí; y no va a tener má remedio que dirte vo solo a darle casa al yaguateré que anda cebado en la estancia de ño Brulio, porque a mí el patrón don Pedro me dió encargue de perseguir otro que le anda molestando en la loma grande.

— Y di ay, ¿sería el primero que haya matado yo solo? Con esperar a que el caraí (1) yaguateré venga a comer la josamenta del caballo que mató ayer, está too arreglao.

— Quedamo en eso entonce, podé llevarte tuitos los perros porque yo no lo voy a necesitar.

La noche era espléndida; cuando Manuel fué en busca de su caballo, Imbareté soltó a los perros y les dejó que comieran del carpincho hasta que se artaran.

Mientras los veía comer vorazmente, una sonrisa de satisfacción contrajo su rostro. Cuando los perros no dejaron nada por devorar, los volvió a atar, diciendo entre dientes:

— Perro bien comío y tigrero sin perro e lo mesmo.

Cuando los dos hermanos estuvieron listos, se despidieron partiendo cada cual hacia su destino.

Manuel llegó al sitio en que debía dar caza al tigre y se ubicó estratégicamente, oculto en un matorral, a algunos pasos del animal muerto el día anterior por la fiera y espantó a los perros a fin de que olfatearan. Hacía ya largo rato que aguardaba, cuando de pronto oyó cerca de él un crujir de ramas. Se dió vuelta vivamente y se desconcertó al verse con sorpresa a pocos pasos del tigre. Llamó a los perros, y éstos, que se habían dormido por el exceso de comida, acudieron presto al llamado de su amo. Presentaron batalla al felino, pero faltos de agilidad, fueron cayendo uno por uno víctimas de sus zarpazos.

Quedaron frente a frente, hombre y fiera. La lucha fué desesperada y la fatalidad quiso presentarle al hombre un obstáculo. Tropezó con un raigón y vaciló un instante. Fué lo suficiente para que el tigre, dando un salto formidable, le clavara las zarpas en los hombros, derribándolo, para luego destrozarle el pecho con una dentellada de sus poderosas fauces.

Dos gritos interrumpieron el silencio de la noche. Uno, el de Manuel, era de dolor, de muerte; el otro era de desafío y lo había prorrumpido Imbareté, espectador de la escena, escondido tras un mogote. En cuatro saltos estuvo frente al tigre, envuelto el poncho en el brazo y relampagueante el cuchillo en la diestra.

El tigre, al ver su nuevo enemigo, abandonó su presa y se abalanzó sobre Imbareté, que esquivó el salto, hundiendo al mismo tiempo el cuchillo en el pecho del felino. La puñalada fué certera y encontró el corazón, cayendo el animal pesadamente. Imbareté llegó hasta donde estaba Manuel, que espiraba en ese instante. Le tomó de los cabellos y levantándole brutalmente la cabeza, le dijo con voz detonante, que retumbó en la selva próxima:

— Estoy vengao, so maula. Yo mato tigre porque pelean frente a frente. Vo no merecía que yo te matara.

La luna iluminaba la escena con todas sus claridades.

Imbareté, con el rostro contraído por una mueca, mezcla de dolor y de placer, con los ojos fuera de las órbitas, desapareció como un sonámbulo por entre el tupido ramaje de la selva.

EDUARDO MIRANDA.

(1) Señor.



No dejaría de revestir singular interés el ocuparnos de hacer hoy un balance más o menos aproximado del resultado de las fiestas realizadas en los últimos quince días... Todo el mundo se ha divertido, o por lo menos se ha hecho la ilusión de divertirse locamente; para los hospitales y asilos, para innumerables menesterosos, se habrán allegado nuevos recursos, ya que nuestras damas han logrado encauzar — siquiera durante la temporada veraniega — todos los entusiasmos por fiestas y alegrías, en provecho de las obras benéficas instituídas por ellas y sostenidas por obra y gracia de los aficionados a bailes y mascaradas...

La nota culminante la ha dado, como correspondía, el Biarritz argentino; recepciones particulares, grandes bailes en el «Club» y en el «Ocean», ha congregado a la *fine fleur* de nuestra sociedad; la iniciativa de un baile de género español, promete en lo sucesivo análogos festivales, por más que como buenas porteñas — lo que significa *cierta rebeldía* contra las imposiciones, por justificadas que ellas sean — vimos figurar en aquel precioso conjunto de majas, chulas, gitanas, salamanquinas y contrabandistas, alguna majestuosa y solemne dama de la Edad Media, que debía hallarse un tanto cohibida, en medio de aquel ambiente netamente goyesco, que sólo puede tratar de evocar la mujer de nuestra raza... porque ella es digna descendiente de aquellas linajudas españolas cuyo garbo y arrogancia inmortalizaron peinetones y mantillas, y a pesar del sello de elegancias parisinas, bulle en la porteña de raza la gracia y el ingenio de la madrileña y la sevillana...

Prueba de lo que afirmo, fueron figuras como las de Mercedes Peña Unzué, Raquel Aldao, María Luisa y Laura Salas, Elisa Bosch Alvear, Susanita Rodríguez Quintana y Elvira Soto; y al citar ese conjunto de gracia y armonía, no puedo menos de repetir una frase de cierto diplomático amigo, quien al pedirle yo me dijera *sin ambajes* la impresión que le produjera nuestro ensayo de *Españolada*, respondió sonriendo maliciosamente: «Imagínese usted, señora, que hace algunos años tuve ocasión de asistir a un baile *travesti* en la embajada de... en Tokio; y allí se nos presentó la esposa del mariscal Oyama, vestida, *según ella*, de andaluza! La mantilla de chapa blanca, era una especie de estandarte colgando de una asta bandera; su exigua, diminuta figurita de *paravent*, parecía más escueta aún, ceñida por rojas sedas, cubiertas de madroños; enormes crisantemos rojos completaban aquel disfraz que resultaba una caricatura de Gavarni, y en sus oblicuos ojillos brillaba, sin embargo, una íntima, ingenua satisfacción... Juzgue usted ahora del contraste... Pero no he estado solo en la *Españolada*, como usted llama a ese baile de carácter; en ese, como en otros, he notado una singular predilección de las señoritas y hasta de algunas damas porteñas, por el traje oriental; indudablemente les va muy bien, y hasta las favorece muchísimo los turbantes, aigrettes y tocados de pedrería... pero no puedo disimularlo: me choca el escuchar que tal o cual criatura jovencita, está de *odalisca*... Abundan los disfraces de todo género, y no sé por qué motivo ha de darse preferencia a esas misteriosas y sujestivas figuras...

— Cosas de la moda, amigo mío, y sobre todo, el dejarse imponer por tal o cual personaje *del oficio*, en vez de prestar oídos al propio ingenio... sin embargo, no debemos hacer la psicología del tipo elegido, porque tal preocupación habría de llevarnos muy lejos; juzgue usted: no dejaríamos vestir a nuestras hijas de chulas ni de cigarreras ni de gitanas... entonces, ¡adiós españolada!

— No me convence usted; protesto aún contra las odaliscas... en cambio, hubo de seducirme una deliciosa y fresca Colombine... desgraciadamente, sería para ella un *Pierrot trop âgé*...

— ¿María Teresa Alvarez Calderón? Me dijeron que fué uno de los succés de la noche...

Y así siguió la crónica, y supe también, entre otras versiones, que antes de los tradicionales días de farándula y algazara, quiso anticipar su fecha, como si fuera una alegre mascarada, haciendo irrupción por sorpresa en una aristocrática residencia de la loma, un reducido y bullicioso grupo, cuya impensada incorrección sufrió severo castigo... En plena y selectísima recepción vistiendo todos los invitados riguroso traje de etiqueta, se vió llegar inopinadamente a tres o cuatro parejitas, pertenecientes al círculo más aristocrático del Biarritz argentino; vestían ellas aún los vistosos jerseys adoptados en los linchs, y haciendo gala de un *sans façon* incomprensible, entraron denodadamente al salón deslumbrante de luces y hermosas invitadas. ¿Cuál era el objeto de esa *entrada cómica* y sensacional? No se ha logrado averiguarlo... Los dueños de casa decidieron no *notar siquiera* la incorrección... y los burladores debieron marcharse, burlados y derrotados sobre todo por la discreción ajena... Total: una mascarada anticipada, y una buena lección...

Ajenas circunstancias impidieron que los primeros bailes realizados en el Tigre, culminaran como en otros años, con una aglomeración extraordinaria; convengamos, sin embargo, en que si el éxito pecuniario no ha sido tan elevado como de costumbre, ganaron esos festivales en elegancia y distinción... Gracias a esa selección impuesta justamente por los fervientes cultores de la igualdad, escasearon — a Dios gracias — aquellas tristes máscaras que hacen *las delicias* de los observadores que no toman parte activa en la bulliciosa mascarada... Faltaron, por consiguiente, las desgarbadas odaliscas, las voluminosas pastoras que parecen haber devorado su rebaño, las marquesas con peluca de algodón...

Triunfaba, en cambio, la elegancia más exquisita; así, pudimos admirar figuras como la de Lola Legarreta, las señoritas de Lacroze, María Julia de Bary, María Martell, María Esther Peralta Martínez; siluetas llenas de gracia como las de Ercilia Murga Lynch, las señoritas de Flores Pirán, Delia Guerrico, Elena Carvalho, Carmen Wolff, y la señoritas de Decoud... Fuera, una lluvia menuda caía como leve y brumoso cortinaje que atenuaba los raudales de luz que irradiaban los amplios balcones del elegante recinto; apenas llegaban hasta las orillas del río, fragmentos de invisible orquesta... mientras la continua, incesante caravana de autos que unían a la populosa cosmópolis con aquel rincón de ensueño, desfilaba incesante por la sombría carretera y los soñolientas guías de enormes cargas de leña, conducidos lentamente hasta los arrabales de la gran ciudad, creían soñar aún al ver cruzar en medio de la lluvia que arreciaba, las fantásticas visiones del Carnaval que pasaba...

La dama duende.

ROMERO

Con el viejo sayal de los romeros,
Deshojando las hojas de los lises,
Cantaré la canción de los troveros
En esas horas de las tardes grises.

Y seguiré por rústicos senderos
Con rumbo a mis plutónicos países,
Do encantan el trinar de los jilgueros
Del amor, como en tiempo de los Luises.

Y debajo el rayil de luz naciente
Dormiremos al lloro de la fuente
Que lanza su vitálica alegría.

Aspirando la fiel balsamadura
Que lanza por sus poros la Natura
Del eterno país de la Harmonía!

Oscar Alberto Ibar.

Llegada del Doctor Rómulo S. Naón



Él ministro argentino en Estados Unidos de Norte América, al desembarcar en la Dársena Sud, con el Introductor de Embajadores y amigos que acudieron a recibirlo.

Doctor A. Pecanha



Interesante instantánea del señor ministro del Brasil, tomada en la Sociedad Rural.

Casa de auxilios de Ramos Mejía

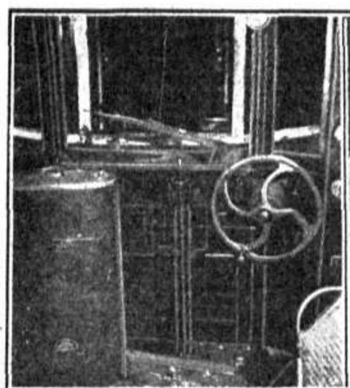


El señor Juan T. Pizzurno, pronunciando su discurso en el acto inaugural.



Monseñor Terrero, doctor Gallo, señores Cueto y T. Santa Coloma y demás padrinos, después de la inauguración.

Atentados terroristas



Plataforma posterior del coche de la Compañía Lacroze, destrozado por la explosión de un petardo, que un desconocido depositó en ella.



Mario Sequeil, guarda de dicho coche, herido de gravedad en las piernas, a causa de la explosión, asistiéndose en el hospital «Ramos Mejía».



Menor José García, herido levemente por otra explosión habida en el interior del coche número 154.



Guarda Julio Martí, que encontrando una bomba en el tranvía en que estaba de servicio, la arrojó inmediatamente a la calle.

Necrología



Señorita Clotilde Cuello.



Señorita María Nélida Figuerero.



Sra. Eugenia Lind de Christensen.



Señor Manuel Castellá.



Señor Carlos Parody.



Señor Juan Bertini.


CALIDAD INCOMPARABLE
SIEMPRE AUTÉNTICO
El Aceite calidad Bau
Patentes de privilegios exclusivos, además del Sistema José Bau: - Pat. Nº 20.730-30/V/908, Nº 20.731-30/V/908, Nº 23.430 - 30/VI/909, Nº 25.902 - 14/V/910, Nº 25.903 - 31/V/910, Nº 29.106 - 15/VII/911, Nº 38.943 - 31/VII/914, Nº 40.538 - 10/II/915.
EXÍJASE MI FIRMA
en este lugar de cada envase
José Bau
REFINERIA DE ACEITES PUROS DE OLIVA
BAU
FREIXAS & Cª
PURO DE OLIVA

GENERAL ARENALES. — Familias concurrentes al padrinazgo presidencial del séptimo hijo varón del señor Francisco Franquet; representó al Presidente el señor Pedro M. Buirás.

AZUL. — Banquete ofrecido por sus amigos en honor del doctor Pintos.


CANDIDATURA INDEPENDIENTE
JUAN PEREZ
NOTA COMICA DEL
GLAUDA
VERMOUTH ARGENTINO
— Tú me das el voto y yo en cambio te prometo mejorar el empleo que tienes.
— ¿Y qué va usted a hacer?
— Sacarte de la basura y meterte en la *limpieza*.

«BURRO» PARA HACER ASTILLAS



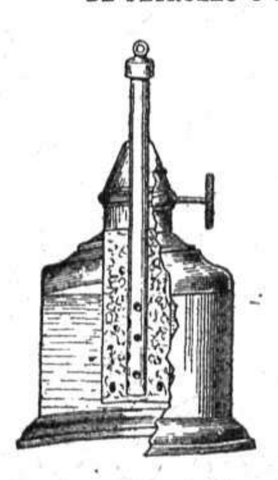
La operación de hacer astillas, sobre todo si han de ser pequeñas, suele ser peligrosa. El «burro» que reproduce el grabado salva este elemento de peligro y puede usarse lo mismo para hacer astillas grandes que pequeñas como las teas. Al romperse la madera bajo el golpe del hacha, saltan los trozos hacia fuera.

En el dibujo se ve el uso práctico del «burro». La parte gruesa del mismo sirve de asiento.

Los dibujos pequeños detallan la construcción del aparato, compuesto de varios tablones unidos con pernos.

PARA SACAR EL AGUA DEL VINO. — Se hace de lienzo o de algodón una torcida larga, se introduce un extremo en el tonel y otro se deja colgar hacia afuera para que filtre el agua.

LAMPARA MARXSEM PARA ESENCIA DE PETROLEO O BENCINA



Como indica el grabado, el tubo portamecha, agujereado en su extremidad inferior, está envuelto por otro de mayor diámetro relleno de esponja. Este segundo tubo, provisto también de algunos agujeros, es el que directamente se sumerge en el líquido combustible, el cual después de atravesar la esponja sube por capilaridad hasta el mechero, disposición interesante para evitar accidentes desgraciados, puesto que en el caso de caerse la lámpara, no es posible que se derrame la bencina.


SARMIENTO
esquina
MAIPU
CARLOS RASETTI
CASA
IMPORTADORA DE ARMAS,
MUNICIONES y CUCHILLERIA
LA CASA MAS ANTIGUA EN EL PAIS
FUNDADA EN 1857
en la calle RIVADAVIA, 526
El 14 de Mayo, y en ocasión del 60 aniversario de su fundación, esta casa abrió un gran anexo y exposición en SU EDIFICIO PROPIO
Calle SARMIENTO
esquina MAIPU
Buenos Aires
Esta casa está en condiciones de vender todos los artículos a precios sin competencia.
Visiten el nuevo local
CONSULTEN LOS PRECIOS
CASA EN PARIS
3 Rue Lentonnet



CARLOS CASARES. — Pic-nic ofrecido por el Centro recreativo de la «Juventud Israelita», a sus socios y familias de esta localidad.



Fiesta campestre, dada por el «Club Social Roca», en el recreo «Los Robles», de Quilmes.

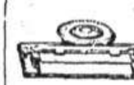
BAZAR YANKEE

211 - ESMERALDA - 223 **U. T., 6273, Av.**



P. A. LITERAS

MAQUINA DE ESCRIBIR



Escritura clara y perfecta. Precio: pesos...... **4.—**

MAQUINA DE ESCRIBIR

Con graduador de líneas, letras, signos y números. Precio: a $ **6.—**

IMPRENTAS



Para hacer tarjetas, rótulos, etc., completas, $ 5.— y $ **3.50**

IMPRENTAS



Puede hacerse cualquier clase de impresión. Precio: pesos....... **25.—**

LAMPARA A ALCOHOL



Luz de 80 bujías, funciona con alcohol común. Precio: pesos $ **20.—**

VENTILADORES ELECTRICOS - A PILA - ALCOHOL - RESORTE, etc.



Ventilador, corriente 220 volts, miden sus palas 15 ctms. Precio: pesos............. **12.—**



Ventilador a pila, aire a gran distancia, pilas de larga duración. Precio: pesos........... **50.—**



Ventiladores a pila, para colocar en la mesa de noche, listo y completo........... **$ 15.—**

Ventilador a alcohol, todo de níquel, consume 2 centavos por hora, alto 48 ctms., las palas miden 35 ctms., **$ 35.—**



Regio ventilador, todo de bronce, con guarda, funciona con el alcohol común, dando un aire agradable.... **$ 70.—**

BRISA

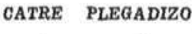


Ventilador de bolsillo, al oprimir un botón funciona, dando un gran aire. Precio:... **$ 4.50**



Alas para aprender a nadar, prácticas y cómodas, para sostenerse a flote. Precio: **$ 3.50**

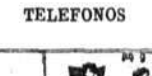
CATRE PLEGADIZO





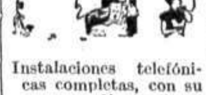
Puede llevarse cómodamente como una valija, muy fuerte, **$ 16.—**

TELEFONOS



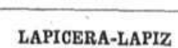
Instalaciones telefónicas completas, con su correspondiente plano, a............ **$ 15.—**

RIFLES DE AIRE



Para matar pajaritos y hacer ejercicios al blanco. De 1 tiro.. $ **5.—**
De 500 tiros.. » **7.—**
» 1000 » .. » **10.—**

LAPICERA-LAPIZ

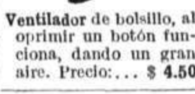


Lapicera con depósito de tinta permanente. Precio......... **$ 1.—**



Revólver-linterna; al oprimir el gatillo produce luz..... **$ 4.50**

MOTORES A NAFTA Y KEROSENE



De un caballo y dos caballos de fuerza.

MOTOR A LEÑA



Motores a leña, de 1 HP. y de 2 HP.

Catálogo gratis

COCHECITOS PARA NIÑO, PLEGADIZOS

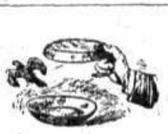


Sulkis para pasear a los niños, de muy fácil transporte, a $ 25.—, 20.—, 18.— y **$ 14.—**





Pañuelo que desaparece de las manos. Precio: pesos............ **2.50**



Cacerola infernal, gran fuego........ **$ 18.—**



Reloj misterioso, se adivina la hora.. **$ 10.—**



Martillo mágico, gran suerte........ **$ 2.50**



Dado mágico, prueba de efecto......... **$ 0.80**





Estuche sorpresa. Precio........... **$ 1.—**





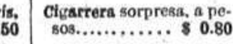
Revólver que al levantarlo hace explosión. Precio........ **$ 1.50**



Una noche en París, chasco........ **$ 1.50**

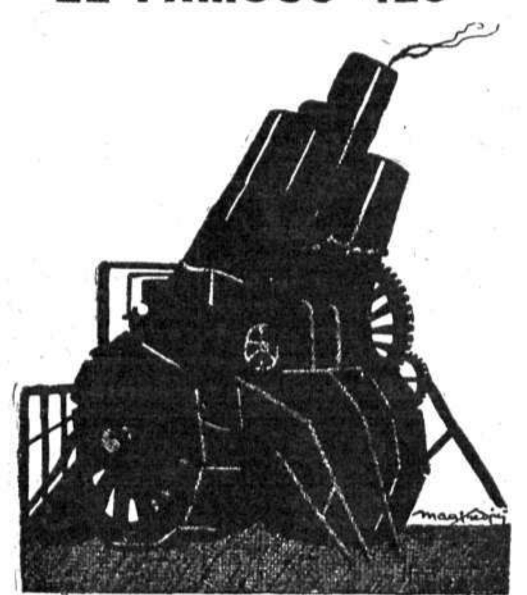
Cigarrera sorpresa, a pesos............ **$ 0.80**

Baraja sorpresa, muy bonita......... **$ 1.—**



CATALOGO ESPECIAL, GRATIS

EL FAMOSO 420



El famoso 420 es menos peligroso para los soldados que las bronquitis, catarros, resfríos, gripes e influenzas que les atacan en las trincheras. El Alquitrán-Guyot libra de todo eso.

El uso del **Alquitrán - Guyot,** tomado en todas las comidas, en dosis de una cucharadita de café por vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo el resfrío más persistente y la bronquitis más inveterada. Se consigue también, en muchos casos, detener y curar una tisis bien declarada, pues el alquitrán impide la descomposición de los tubérculos del pulmón, destruyendo los malos microbios, causantes de esta descomposición.

Cuando se os quiera vender tal o cual producto en vez del **verdadero Alquitrán - Guyot, desconfiad, es por interés.** Para conseguir la cura de vuestra bronquitis, catarros, resfríos crónicos por el descuido y a *fortiori* del asma y la tisis, es absolutamente necesario que pidan bien en las boticas el **verdadero Alquitrán-Guyot.**

A fin de evitar cualquier error, fíjense en la etiqueta; la del **verdadero Alquitrán - Guyot** lleva el nombre de Guyot impreso en grandes caracteres y su firma en tres colores: violeta, verde y rojo, al biés, como también la dirección: Maison Frere, 19, rue Jacob, París.

P. S. — Las personas que no puedan acostumbrarse al gusto del agua de alquitrán, podrán reemplazar su uso por el de las Cápsulas Guyot, al alquitrán de Noruega de pino marítimo puro, tomando dos o tres cápsulas en cada comida. Obtendrán así los mismos efectos saludables y una cura igualmente segura.

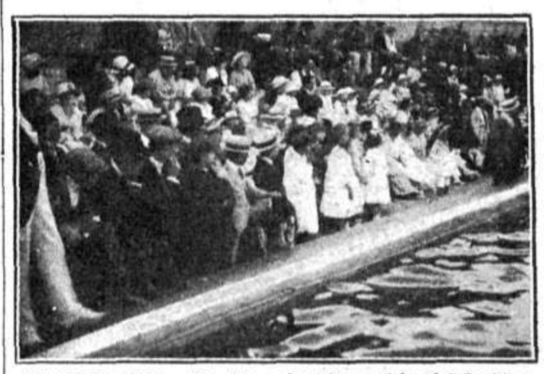
Provincia de Buenos Aires



BOULOGNE (F. C. C. A.) — Grupo de radicales, reunidos para constituir el subcomité «José M. Verduga».



VICENTE LOPEZ. — Pic-nic dado por la sociedad recreativa «Amor a nuestra Tierra», en las playas de la localidad.



BAHIA BLANCA. — Familias en las tribunas del «Club Pacifico», presenciando las pruebas de natación.



Socios del «Club Pacifico», que tomaron parte en las distintas pruebas del interesante programa llevado a cabo.



Los propietarios de autos que han probado la nueva cubierta **Goodrich-"Safety"**, tipo **reforzado**, actualmente reemplazan las otras, según se gastan, con otras **"Safety"**.

No se necesita ser un **Sherlock Holmes** para dar con el motivo de esto.

Pregunte a cualquiera que emplea la **"Safety"** y le dirá que el kilometraje **extra** que obtiene es tan **notablemente extra** que no le resulta **dejar** de emplearla.

Al mismo tiempo le dirá que desde que empezó a emplear las cubiertas **"Safety"**, prácticamente han dejado de existir las dificultades con los neumáticos.

Su experiencia será igual, siempre que exija de su surtidor cubiertas **Goodrich Safety Tread**, tipo **reforzado**.

Unicos concesionarios para la Argentina, Uruguay y Paraguay:

HENRY W. PEABODY & Cía.

CANGALLO, 1660 - Buenos Aires

Agentes en Montevideo: BANKIER & LINN - Rincón, 689

Igualdad, fraternidad

— Sí, mis queridos niños, — decía la maestra refiriéndose un día a los sentimientos de fraternidad humana. — Vivimos en el mundo en la misma condición que el hermano y la hermana en el seno de una familia cuyo padre es Dios. Nos debemos por lo tanto una ayuda recíproca porque las diferencias que nos separan con nuestros semejantes no son más que exteriores y materiales. Los que se destacan por su inteligencia, bondad e ilustración, desempeñan el mismo papel que el de hermanos mayores cuya palabra, cuyo consejo o amonestación se oye con respeto y se acata sin murmurar.

— Pero, señorita, eso no puede ser, — exclamó un niño hijo de un honrado obrero, interrumpiendo a la maestra. —¿Cómo voy a suponer que el hijo de un alto magistrado sea igual que yo?

— Todo lo que puede separarte de él es la educación, los buenos modales, la nobleza y la rectitud. Pero, si tienes todo eso, no veo porqué no debes considerarlo tu igual.

— Sin embargo, señorita, como él ocuparía un puesto elevado, yo no debería ofenderme que él me manifestase su orgullo y no contestarme, por ejemplo, a un saludo que yo le dirigiese.

— Los niños que ocupan una posición encumbrada en la vida, deben tratar de evitar toda manifestación de orgullo. Es difícil, lo comprendo, pero no es imposible. En cierta ocasión dió prueba de ello, el hijo de uno de los presidentes de una poderosa nación americana.

— ¡Ah! señorita, entonces es verdad que existen niños que, colocados muy alto en la escala social, son buenos con los pobres y llegan a fraternizar con ellos.

— Sí, niñito; eso depende exclusi-



vamente de que los padres los encaminen en esa dirección. Así lo entendió por lo menos don Teodoro Roosevelt. Y a este respecto voy a referiros lo que respondió su hijo Archibaldo, en cierta ocasión. El hecho tuvo lugar hace más de quince años.

— Archibaldo se encontraba una tarde en casa de uno de sus condiscípulos, a quien había ido a visitar. Una dama perteneciente a la sociedad aristocrática de Wáshington se hallaba allí también de visita. Cuando supo que el niño era hijo del Presidente y que concurría a una escuela del Estado, comenzó a hacerle una serie de preguntas relacionadas todas con sus estudios. El pequeño Archibaldo contestó con mucho acierto a todas ellas, produciendo el consiguiente asombro en todas las personas que lo escuchaban. Pero, a aquella dama que se sentía orgullosa por su alta posición en los círculos sociales la molestaba que el hijo del primer magistrado de su país no concurriese a un colegio donde recibían instrucción los niños de familias aristocráticas. Inspirada quizá en ese pensamiento, hizo a Archibaldito, la siguiente pregunta:

— ¿Te gusta ir a la escuela *pública?*

— Sí, señora.

— ¿No encuentras que allí los niños son rudos y ordinarios?

Archibaldo miró con cierta sorpresa a la aristocrática señora e inconsciente tal vez de la lección que iba a darle respondióle: «Mi papá dice que hay niños altos y niños bajos, niños buenos y niños malos y que estas son las únicas clases de niños que hay.»

— Ya veis, mis queridos alumnos, — prosiguió la maestra, — cuáles son las únicas diferencias que distinguen a los niños que habitan nuestro planeta. Esforzáos vosotros desde temprana edad, para que el ideal de igualdad y fraternidad sea en próximos y mejores tiempos toda una bendita realidad que ponga un freno a las ambiciones y luchas del presente.

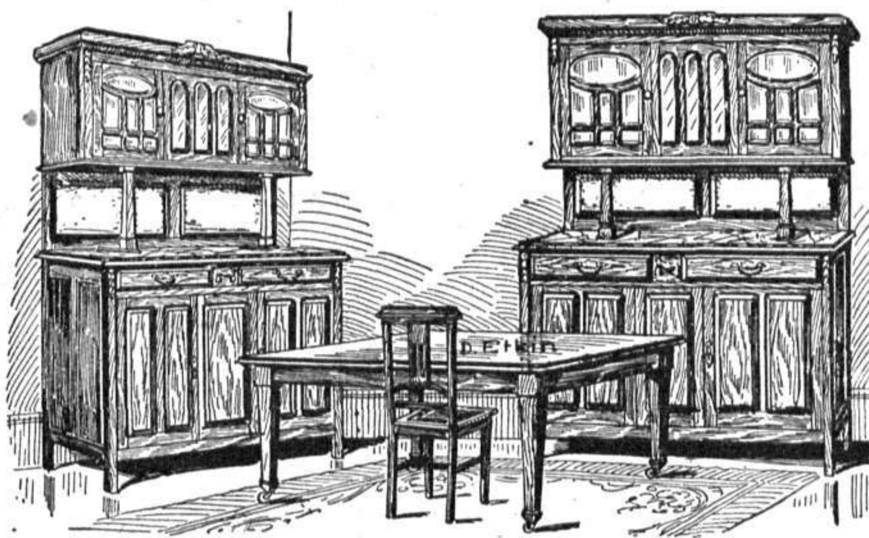
Adelia Di Carlo.

LA PROVEEDORA DE LAS 14 PROVINCIAS

DORMITORIO roble floreado, norteamericano, macizo, con incrustaciones de palo rosa y bronces, 3 cuerpos, las 7 piezas...... $ **325**



ULTIMA CREACION. — Regio juego dormitorio, hermoso, sólido, cuyo valor es de $ 520, lo vendemos hasta el 15 de Marzo, en.......................... $ **325**



Otorgamos Crédito

Capital e Interior

COMEDOR de roble macizo, las 2 piezas, $ **195**

Las doce piezas, $ **298**

LA FABRICACION Y MATERIALES QUE EMPLEAMOS, RESISTEN CLIMAS CALIDOS.

DORMITORIO roble floreado, norteamericano, macizo, 3 cuerpos, mediano, las 7 piezas........... $ **255**



D. ETKIN. - **RIVADAVIA, 2743 - 45**



PARA LOS NIÑOS

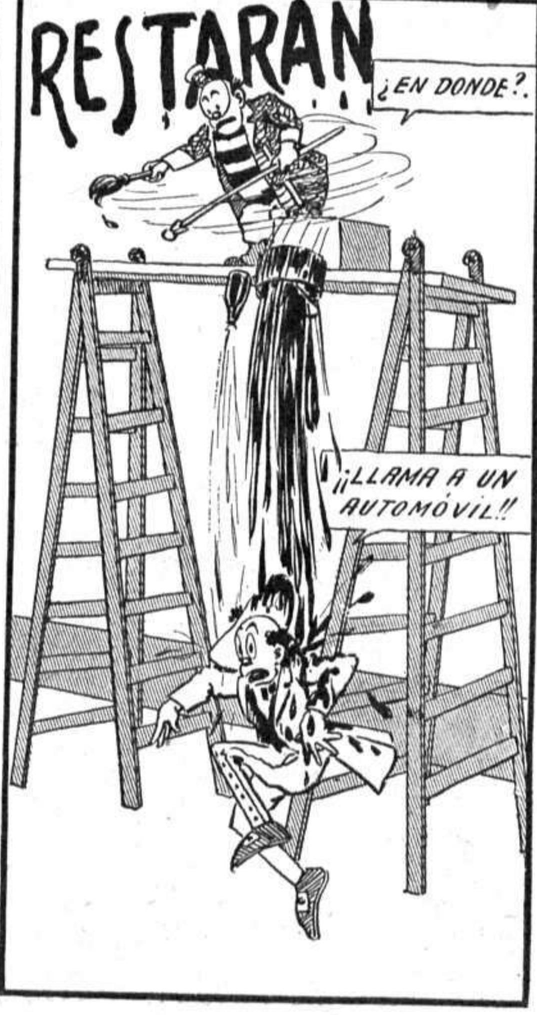
AVENTURAS DE VIRUTA Y CHICHARRÓN















*

Los tabacos más finos y costosos de la Habana con que se elaboran los cigarrillos Reina Victoria hacen que éstos sean una delicia para los fumadores entendidos.

*

Los cigarrillos Reina Victoria son completamente distintos de los cigarrillos ordinarios, porque el secreto de su delicadeza — la liga — es desconocido por los otros fabricantes.

*

La superioridad de los cigarrillos Reina Victoria resalta especialmente en la comparación. Compárelos usted con los de cualquier otra marca, sea cual fuere su precio.— Compárelos en gusto, en fragancia, elaboración o bajo cualquier punto de los que uno debe fijarse para juzgar un cigarrillo. Entonces comprenderá Vd. porque los cigarrillos Reina Victoria son considerados supremos en calidad.

Reina Victoria

LA GENTE CHIC FUMA CIGARRILLOS

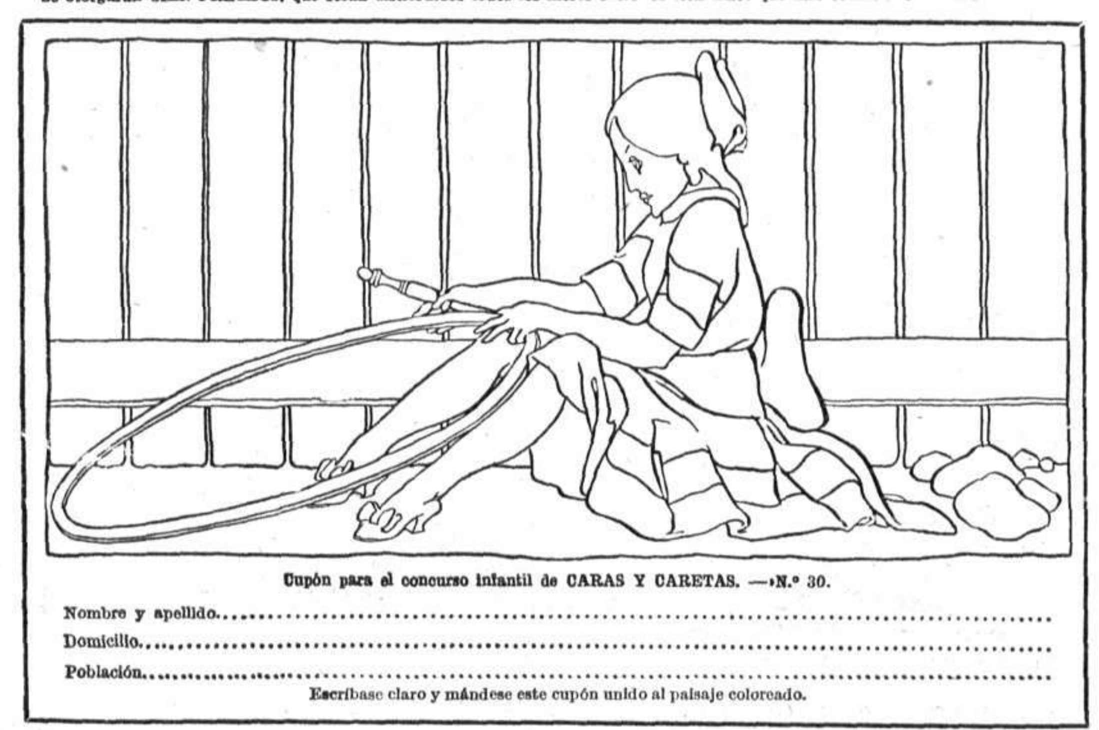
Reina Victoria

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 30.

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

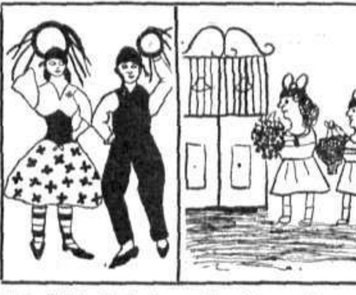

Advertencia al público
Debido a una de esas circunstancias extrañas que por fortuna se producen rara vez en el comercio serio de esta plaza, casi todos los señores Droguistas, por razones que excusamos decir, han boycoteado nuestra casa, pretendiendo, equivocadamente, por ese medio poco digno, inferirnos perjuicios que nos tienen sin cuidado.
Ante este hecho insólito, cúmplenos declarar que los productos de que somos únicos concesionarios NO HAN FALTADO NI FALTARAN NUNCA EN TODAS LAS FARMACIAS de la República y que ellos pueden conseguirse siempre
En nuestra Casa:
RIVADAVIA y CATAMARCA - Bs. As.
En la Droguería Americana:
Paseo de Julio, 679
En el Rosario:
Droguería de
ROMAN COLL
HEMATOGENO
del Dr. HOMMEL
Zurich - Suiza
Infalible tónico y reconstituyente científico.
ELIXIR
LACRIMAS
DE PINO
El remedio más eficaz contra toses y catarros rebeldes.
Bombones
NAGELL
al chocolate
El purgante ideal para Señoras y Niños.
TE
SUIZO
Aromático depurativo y purgante
Exíjanse, pues, nuestros productos, desoyendo toda excusa que los interesados en perjudicarnos intenten hacer valer para substituirlos por otros.
Sólo procediendo así podrá el público estar seguro de la legitimidad de nuestras cuatro especialidades.
Droguería Suizo-Argentina
BUENOS AIRES
RIVADAVIA Y CATAMARCA



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



46 — Bailando la tarantela napolitana.
JULIA F. TERRERO.



47 — Un regalo a mamá.
BERTA BIANCHINI.



48 — En la playa.
AMLÉ ROCE.



49 — Juntando flores.
A. MARQUÍNEZ.



50 — ¡Qué ricos los bizcochos!
ELENA TRIPODI.





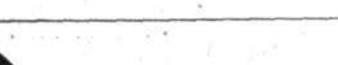
51 — El triste fin de mi muñeca.
LAURA S. MARÍA.



52—Bajando frutas.
J. CORREA.



53 — Pidiendo la papa.
JOSÉ L. LONES.





Inculcar el Ahorro a los Niños, es asegurar el bienestar y engrandecimiento de la patria.

M. S. Bagley y Cía. Ltda.,

siguiendo su práctica de favorecer a sus diminutos consumidores, ha creado una nueva **Galletita "AHORRO POSTAL"**, envasada en latas de 1/4, 1/2 y 1 kilo, en cada una de las cuales coloca un boletín de la **Caja Nacional de Ahorro Postal**, con estampillas por valor de $ 0.05 ctvs. adheridas.

COMPRE, COMA Y AHORRE.

AHORRO ES DOMINIO DE SI MISMO
AHORRO POSTAL
BAGLEY

GALLETITAS
Ahorro Postal
BAGLEY
MONTES DE OCA 199 - BUENOS AIRES



Pozos de Petróleo
(Comodoro Rivadavia)
37 X 5 GOODYEAR
GOODYEAR ALL-WEATHER TREAD
Se Puede Confiar en el Nuevo
Tipo de Neumáticos Goodyear
La familia que viaja en un automóvil que está equipado con el nuevo tipo de neumáticos Goodyear, de goma color gris, puede gozar de la más serena confianza.
Además de la apariencia distinguida que confiere a un automóvil, proporciona otra satisfacción todavía mayor: la seguridad de que estas gomas son capaces de hacer frente a cualquiera emergencia, ya sea que se demande la comodidad, la calidad o la resistencia.
Mantenga bien inflados sus neumáticos, pues de ello depende en gran parte su duración.
The Goodyear Tire & Rubber Co.
OF SOUTH AMERICA
ESMERALDA esquina TUCUMAN - Buenos Aires
REPRESENTANTES:
En Rosario: Arrosagaray & Amelong.
En Córdoba: Ditlevsen & Cia.
En Bahia Blanca: Duprat, Aguirrezabala & Cia.
En Tres Arroyos: J. B. Istilart & Cia.
GOODYEAR

Nuestros pequeños visitantes







Abraham Guinzburg — Ruso. Juan Carlos Casidaghi. — Pierrot. Francisco Ariza — Mefistófeles. Paulito Inghilterra — Pierrot. Carmen Gayol — Princesa. Livia López — Holandesa.







María A. Lobitze Bonelli — Pescadora de Sorrento. Delia Porazzini — Bailarina. Oscar Lio, Concepción Berretino y Francisco Guido — Pierrots y Zíngaro. Inés Castaño — Jardín. Blanca Ataun — Locura.

Nuestros pequeños visitantes



María Adela Eugo — Pierrot. Ana Gan — Colombina. Amalia y Antonio Del Campo — Manola y Torero. Juan C. Eleuterio — Griego. Alicia Elsa Zeme — Locura.









Emilia y María Alegría Nieto — Aldeana y Manola. Pepita Casanova — Manola. Ricardo y Adela Parado — Gaucho y Alsaciana. Olga M. Pisano — Reina del Cielo. Amanda Martins — Odalisca.

Nuestros pequeños visitantes



Antonio Ramirez y Benita Gilges — Gaucho y Turca.



Beatriz Malich y Arturo Pesagno — Lirio y Payaso.



Amandito A. Musanta — Pierrot.



Catalina y Josefa Porverini — Holandesa y Segadora.



Antonio Dorico y Elena Lamel — Pescador y Holandesa.



Maria Elena Vidal — Jardinera.



Mercedes Dominguez — La pequeña Imperio.



G. Fernández, M. Briller y R. Dezeta — Vigilante, Pierrot y Aldeana.



Florinda R. Gurruchaga — Bailarina.



José Ausina — Baturro.



En el tocador
de una dama no
debe faltar el
Polvo Graseoso
LEICHNER
que da al cutis una
hermosura encantadora.
VENTA EN TODAS PARTES
En Montevideo:
MACEDONIO FERRARI
Juan Carlos Gómez, 1513
En Asunción (Paraguay):
GUILLERMO PERONI
Ayolas esq. Benjamín Constant

Nuestros pequeños visitantes



Angel y Lola Llopes — Pierrots.

Marina A. Camblor Lagorio — Florista.

Ernesto y Miguel Rosemblit — Jockeys.



José Agustín Sassone — Bretón.



María E., Olga y Lydia Borelli — Holandesas y Bailarina.



Rosa Masitelli — Odalisca.



Ernesto Alvarez — Baturro.



Gildi, Alfredo y Jorge Conde — Pierrots y Nene.



Francisco Visca — Pescador.



Ana A. Valencio — Odalisca.



Celia Tolda — Dama antigua.



Martín Martín — Valenciano.



Carmen Rodríguez — Noche clara.



Roberto A. Fernández — Turco.



Vicente Abel Mayester — Baturro.

ESTE ES

SU

PNEUMATICO

si quiere

COMODIDAD

Y

ECONOMIA

DUNLOP

PNEUMATICOS

DUNLOP

542-544

PASEO COLON

Nuestros pequeños visitantes



Amada y Angélica Navarro — Pierrot y Aldeana.



José Corbo — Mefistófeles.



Pablo Salvador Cavalli — Vendedor ambulante turco.



Eugenia Victoria Cianci — Maja.



Elena Dominguez Rodriguez — Pierrot.



Gioconda y Aida Perri — Julieta y Romeo.



Sara y Carlos Taylor — Holandesa y Bailarina.



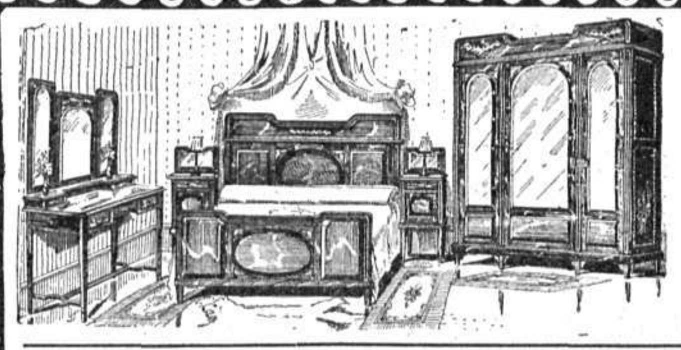
Mercedes Muysset — Aldeana gallega.



Julia y Artemio Vitale — Fantasía y Japonesa.



Antonio y Margarita González — Aragonés y Castellana.



1104. — DORMITORIO, cedro caoba, de desarme, con bronces y filete. Completo, para matrimonio, modelo "Palestina". (Ver dibujo).

$ 450

1288. — DORMITORIO inglés, más sencillo, a

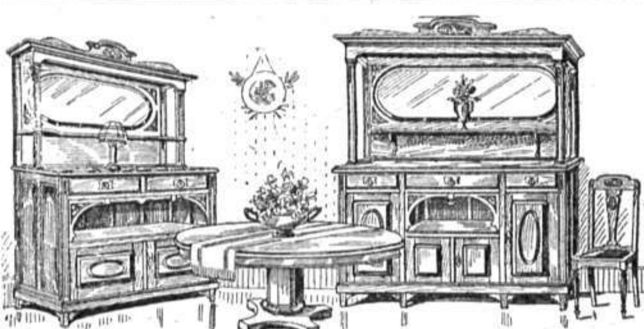
$ 250

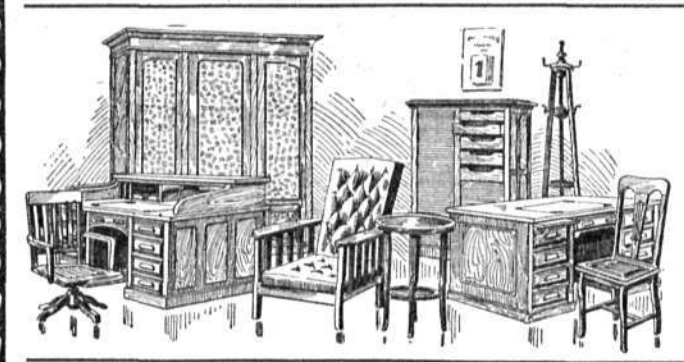
COMEDOR inglés, roble ahumado, de gran lujo, lunas ovaladas, las dos piezas,

$ 380

Completo, con mesa redonda y 6 sillas del estilo, tapizadas en búfalo.

$ 550





Sección Escritorios Norteamericanos

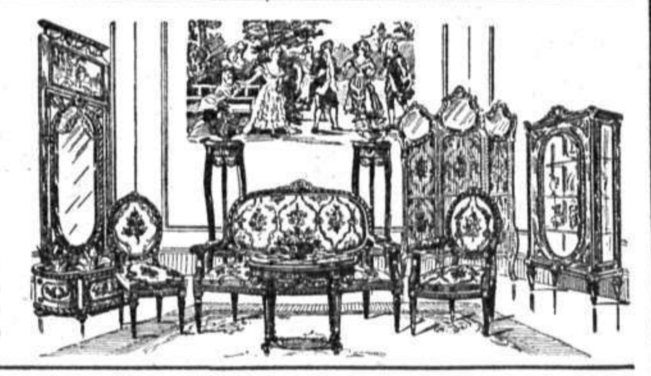
Escritorio Ministro...	$	70
Escritorio cortina....	,,	100
Sillones Morris.......	,,	35
Sillones giratorios....	,,	25
Biblioteca 3 cuerpos..	,,	180
Biblioteca réclame...	,,	80
Silla escritorio.......	,,	10
Casilleros, desde.....	,,	65

Completo, $ 260 solamente

JUEGO DE SALA dorado, tapizado con género de moda Luis XVI, compuesto de 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas, a.............. $ **260**

ORO FONTAINEBLEU

Vitrina dorada..........	$	150
Jardinera ovalada.......	,,	180
Mesa con mármol......	,,	60
Maceteros, el par.......	,,	60
Biombos dorados........	,,	150



CORRIENTES, 1145

PEDIDOS AL INTERIOR

Gratis Catálogo N. 17



Facilidades de pago en la Capital.

—

FUNDADA EN 1853

Nuestros pequeños visitantes


José M. y María A. Maiz — Holandeses.


Elfrida y Elisa Pérez — Aldeana y Pierrot.


Paulina y Sarita Varaoa — Fantasía.


Carlota A. Costa — Mariposa.


Peregrina y Carmen Ugé — Gitana y Aldeana.


Mauricia y Rosita Goldstein — Gitanos.


Ana y Electra Sánchez — Niñera y Apache.


Palmira y Lidia Castiglioni — Aldeana y Florista.


UNITED STATES TIRE - CHAIN TREAD
¡Automovilistas!
que no han usado todavía ningún tipo de los afamados
Neumáticos "United States"
prueben un
"CHAIN TREAD"
y se convencerán que es insuperable.
United States Rubber Export Co Ltd
BUENOS AIRES - San Martín, 501
MONTEVIDEO
Carlisle, Brocker y Cia.
ROSARIO
Sarmiento, 648
PLAIN TREAD
USCO TREAD
CHAIN TREAD
NOBBY TREAD
US

Nuestros pequeños visitantes



Josefa Dalmau — Florista.



Magdalena C. Lauría — Napolitana.



Magdalena Castaño — Jaula dorada.



Osvaldo Ambrosini — Pierrot.



Fernando J. Pérsico — Clown.



María E. Baruló — Reina del circo.



Elvira Iglesias — Jardinera.



Alcira Rodríguez — República.

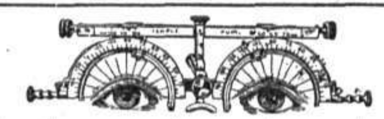


Cristina C. Razano — Fantasía.



María Esther Sassone — Marqués Luis XV.





CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

TELÉFONOS: Dirección: Unión, 598 (Aven.)
Administración: Unión, 2316 (Aven.)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION:

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00
Núm. suelto...	20 ctvs.	Núm. suelto...	25 ctvs.
Núm. atrasado,	40 „	Núm. atrasado,	50 „

EN EL EXTERIOR:

Trimestre	$ oro	2.00
Semestre	„ „	4.00
Año	„ „	8.00

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

APUNTES Y RECORTES



— Vamos a ver, niño, ¿desde dónde has olvidado la lección?
— Pues... desde mi casa aquí...

Para combatir y reducir los períodos de fiebre y de depresión física, aconseja el doctor Ross, el empleo de la esencia de canela, con preferencia la que se extrae de la corteza, porque es mucho más activa que la que se saca de las hojas.

En media copa de agua o en una taza de manzanilla, por ejemplo, se echan diez gotas de esencia de canela y se toma cada dos horas hasta que la temperatura baje al grado normal.

Al día siguiente de haber remitido por completo la fiebre, se toman otras tres dosis de a diez gotas de esencia.

Como se ve, el tratamiento no puede ser más sencillo. Según su autor, si se aplica en los comienzos de la grippe, se tienen muchas probabilidades de cortar la fiebre en el término de doce horas, y de suprimir la depresión física tan penosa que caracteriza los primeros ataques de la enfermedad.

Nuestros abuelos ya conocían las propiedades excitantes y estimulantes de la canela, y su corteza entraba en la composición de una porción de polvos y de electuarios de la farmacopea antigua.

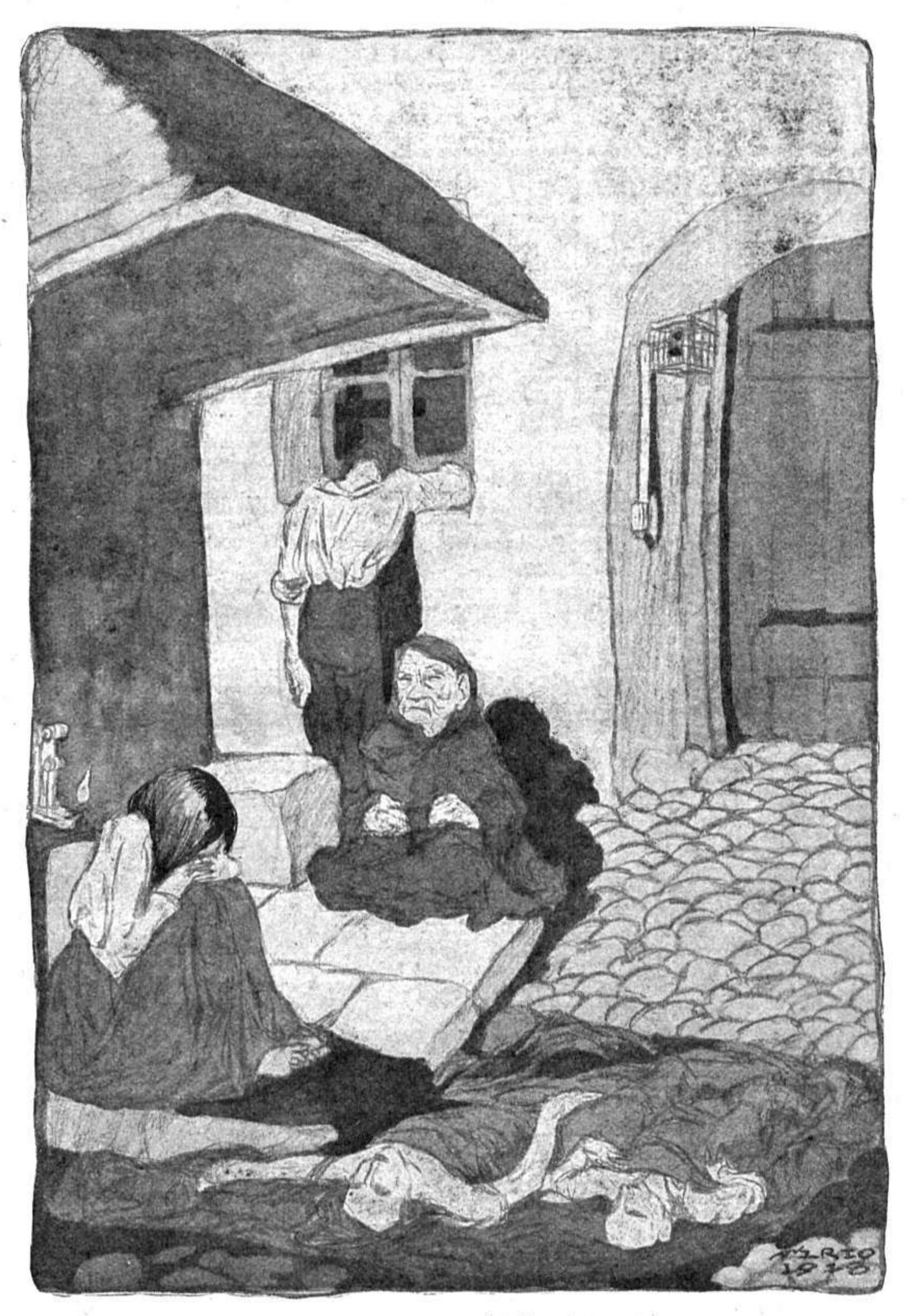
Antes de la era de las curas antisépticas, en cuanto un herido tenía síntomas de fiebre se le hacía tomar vino caliente con tintura de canela, por ser buen agente terapéutico, y tampoco hay que olvidar que el hipocrás es un vino con canela y otros ingredientes que aun se beben en algunos pueblos.

Tomando como unidad la bujía, como para las lámparas eléctricas, la potencia de la luz de la luna es de menos que la mitad del de una simple cerilla colocada a 40 centímetros de distancia del observador. El calor que la luna emite es igual al que transmitiría una bujía encendida y colocada a 235 metros de distancia. Los rayos de nuestro satélite dan muy poco calor; se ha llegado a comprobar que su temperatura es de unos 0 grados centigrados.

La potencia luminosa del sol es unas trescientas mil veces mayor que la luz reflejada por la luna. La luna llena refleja solamente la tres milésima parte de la luz del sol. En cuanto al calor que se recibe de esta refracción, el profesor Boys calcula que es igual al de una bujía colocada a 6 metros 40 centímetros de distancia del observador.



— ¿Y cómo podré saber si estas setas son venenosas?
— Muy fácil; se las das a comer a tu suegra y esperas a que haga la digestión.



PAGINAS-LITERARIAS.

LA LEYENDA DEL YERMO POR

JOAQUIN DICENTA (HIJO)



POEMA DRAMÁTICO EN UN ACTO.

Interior de una vivienda pobre, muy pobre. Al fondo, portón grande, cerrado al comienzo de la representación. A su izquierda, una ventana de rotas cristaleras; es ancha y levanta del suelo un metro y medio. Tras ella, completamente visible, la silueta de una cruz de madera, bañada por la plateada luz de la luna de una noche invernal. A la derecha de la puerta cuelga de la pared un hacha y una jaula de alambres con un pájaro dentro. — En el lateral izquierdo, hogar, de ancha campana, apagado. No hay sillas. Un banco de piedra, un guardacantón y el escalón del hogar son únicos asientos. La decoración, desoladora y lúgubre, está alumbrada por un velón de aceite. — Se oye rugir el viento que produce el agudo silbido del fustigar de un látigo. A un empuje, la cruz se bambolea. Parecen sus extremidades las de un fantasma que demanda socorro, las alas de un pájaro inútilmente abiertas para el vuelo; de cerca es viejo icono moribundo que se empeña en no caer y abre los brazos para guardar el equilibrio; muñeco caprichoso que hace piruetas ante la naturaleza impasible; anciana virgen, ofreciendo el cuerpo esquelético a los deleites y caricias de un fauno de quimera. — La Madre está sentada en primer término del escalón del hogar. Es una mujer envejecida por el ayuno; no posee las curvas tentadoras del sexo femenino; su cuerpo es escuálido, sus mejillas y sus ojos hundidos, sarmentosas sus manos; los cabellos mugrientos caen en greñas contra su cara. — El Padre mira por la ventana; tiene la piel curtida por el sol y los vientos, arqueada la espalda hacia la tierra, sin cortar la pelambre del rostro. Tanto la madre como él, tocan en los cuarenta y cinco años. — La Abuela, sentada a la derecha, repasa las cuentas de un rosario. Es un esqueleto cubierto de pergamino; en la expresión del rostro tiene algo de lechuza. — La Joven y El niño duermen en el suelo, sobre un montón de trapos extendidos en primer término a la derecha. La joven es el prototipo de la tísica, a consecuencia de la miseria; su respiración es fatigosa; de cuando en cuando tiembla con escalofríos de fiebre; a veces, una tos seca, desgarrada, sale de su pecho. El niño muestra por los jirones de su ropa huesos en punta y pedazos anémicos de carne. — Estos seres, dentro de la miserable mansión, en medio de la llanura, bajo el inmenso firmamento, son personajes de la tragedia humana que, con el título de «Los desposeídos», se escribirá algún día en el libro de la historia, con gotas o con ríos de sangre.

ACCION

(*Hay un silencio doloroso y cruel, en el que sólo se oyen castañeteos de dientes y tiritar de cuerpos.*)

PADRE. — ¿Dices que ayer vinieron lobos?

MADRE. — Vinieron.

PADRE. — Los ojos del miedo os los harían ver. ¡Sois tan medrosas...!

ABUELA (*levantando los ojos del rosario.*) — «El miedo guarda la viña»; ya es difícil que el que tenga miedo de algo no sepa guardarse... Aullar sentí yo a los lobos en los alrededores de la casa.

MADRE. — Y con las uñas arañaron la puerta.

ABUELA. — A la ventana me asomé y viles pasar como sombras. Sus ojos eran carbones encendidos. Parecían demonios escapados del infierno.

MADRE (*señalando detrás del banco de la derecha, donde se supone que duerme un perro.*) — Mira el perro qué tranquilo duerme esta noche. Pues ayer era mismamente una fiera. Ladraba sin que pudiéramos hacerle callar... Husmeaba las rendijas de la puerta y gruñía...

ABUELA. — En este desierto en que vivimos, el aullido del lobo parece que se agranda. El niño le oía y lloraba el pobre tal que si se sintiese apresado por la fiera.

PADRE. — Acaso alguna zorra.

MADRE. — ¿A qué habían de llegarse aquí las zorras? No hay ni palomar ni gallinero. Eran lobos. Echólos el hambre hacia la casa.

PADRE. — ¡El hambre! Razón es que el lobo busque de comer cuando el hambre le acosa. ¡Peores que lobos debiéramos ser los hombres!

MADRE. — Calla, Juan; hoy comimos.

PADRE. — Comimos, sí, comimos. Gracias a la abuela, que anduvo las tres leguas largas que nos separan del pueblo y pidió limosna todo el día y trajo unos mendrugos.

ABUELA. — Trabajo me costó conseguirlos. También hay hambre en el pueblo. Se han helao los campos... Cuando me acercaba a pedir a las gentes, me contestaban gruñendo. Uno dióme un empujón que casi me echa a tierra... Le insulté, y ¡para qué lo hice, santa Virgen! Dióse a gritar, y de pronto me vi rodeada de chicuelos... ¡Los indinos! El uno decía: «¿Dónde dejó la escoba que la trajo por el aire?» El otro: «¡Váyase, abuela, que dice el señor cura que cuando viene usted al pueblo desaparece el aceite de las lamparillas de la Virgen!» ¡Malos diablos los lleven! ¡Y qué descansadas se quedarían sus madres al echarlos al mundo! Menos mal que la Gila es caritativa y dióme los mendrugos de que hablabas.

PADRE. — A no ser por ello nada habríamos comido hoy. Ya se acabó la carretera. Ya no hacen falta azadones que caven, ni brazos que manejen esos azadones. Ahora, a esperar que en el pueblo me necesiten para algo. ¡A esperar...! ¡A esperar...! (*Desesperado.*)

MADRE. — Sí que es perra la vida.

PADRE. — Antes siquiera comíamos caliente. Yo trabajaba. No faltaban los seis reales diarios que, unidos a lo que la abuela pedía, eran lo bastante. Hoy, ya lo ves, falta la comida y falta el fuego.

MADRE. — Y el frío aprieta cada vez más.

ABUELA. — Castañuelas parecen mis dientes.

MADRE. — Y la hija, nuestra hija, enferma... Mírala; más flaca ca día, con los ojos ca día más hundíos, y esa tos ronca, seca, que se me clava en las entrañas.

ABUELA. — El niño tirita.

MADRE. — ¡Los pobres...! (*Los contempla en silencio. Se levanta y se dirige lentamente hacia ellos.*)

PADRE. — ¿Dónde ir a buscar leña...? Con esta noche no se puede tomar el camino del pueblo. Por aquí no hay ni un árbol, ni una mata... (*Abre la puerta y extiende la mirada. La obscuridad es intensa. La cruz se mece. Una ráfaga de viento helado penetra en la casa, haciendo estremecer a sus habitadores.*)

ABUELA. — ¡Cierra, Juan, cierra!... Toos los demonios se han desatao esta noche.

MADRE (*que ha llegado al rincón donde los niños se ovillan el uno con otro.*) ¡Los pobres! ¿Dormís, hijucos?

NIÑO MAYOR. — No puedo, madre; tengo mucho frío. Además, Juana no hace más que moverse y no me deja dormir.

LA JOVEN. — ¡Madre...! (*Quiere decir algo, pero al abrir la boca, sus mandíbulas tiemblan castañeteando los dientes. Este temblor rompe las palabras, convirtiéndolas en balbuceos.*) ¡Madr... madr...! (*Y sigue tiritando.*)

PADRE (*después de cerrar la puerta.*) — ¡Nada! Si al menos hubiese alguna casa donde pedir un poco de leña... Pero en tres leguas a la redonda no hay más casa que ésta... (*Mirando al foro.*) Esa puerta...

MADRE. — No, Juan. Entraría el viento.

PADRE. — Llevas razón. ¿A quién implorar calor? Sólo nosotros vivimos en el yermo. ¡Quema el sol demasiao en el verano, y en el invierno se mete el frío hasta los huesos!

MADRE. — Si viviésemos más cerca del poblado...

PADRE. — En él vivíamos y de él tuvimos que marchar. Allí había que pagar la habitación. Gracias que pude hacer aquí esta choza. Nadie vino a preguntarme por qué ocupaba este cacho de tierra. Como en el yermo a poco que se ahonde con la azada sólo salen pedruzcos, desprecian este terreno los labradores. Sólo sirve para nosotros...

ABUELA. — Y para los lobos...

PADRE. — Para los lobos porque estamos nosotros. (*Se hace el silencio.*)

EL NIÑO (*a la joven*). — No te muevas tanto.

LA JOVEN. — Si... es... que... tiem... tiem... blo...

EL NIÑO. — ¡Pues no tiembles!

LA JOVEN. — Sin... que... rer... es... es... es... (*Sigue balbuceando. La choza cruje a los violentos azotes del viento.*)

ABUELA. — A gusto corre el huracán. Cómo silba el maldito.

MADRE. — Desde anoche no para, y, anoche, era más fuerte.

ABUELA. — Buen susto llevéme por su culpa.

PADRE. — ¿Qué fué?

ABUELA. — Después del miedo que me dieron los lobos, no podía quedarme dormida. Al alba cabeceaba un poco el sueño, cuando de pronto sentí un ruido muy grande... Creí que se venía abajo la techumbre...

PADRE. — ¿Y qué era?

ABUELA. — La chimenea, que la había arrancao el aire, y rodaba, rodaba... Allá fuera la tienes, tirada en la cuneta del camino.

MADRE. — También sintióla mi hijo Pedro.

ABUELA. — Buen grito fué el que dió el rapaz. Más tarde calmóse un poco el viento. Esa calma fué la que yo aproveché para ir a la aldea.

PADRE. — También la aproveché yo para venir al yermo. Buscando trabajo se me hizo noche en la aldea. Como el tiempo era tan remalo y sabía que vosotros estábais seguros, quedéme durmiendo sobre una mesa de la posá. Si llego a figurarme que habían de venir lobos, aquí me planto.

MADRE. — Mal hubieras hecho, Juan. Con la puerta cerrada no había cuidao ninguno. Cuando se cansaron de andar en derredor de la casa, y de arañar la puerta, y de aullar como si fueran de otro mundo, se marcharon. ¿Qué le pasa a Juana?

PADRE. — Nada.

MADRE. — Me asusté. Se ha movido de un modo...

PADRE. — Ahora duerme.

MADRE. — Esta hija está muy mala, Juan... ¡Muy mala! (*Llora en silencio. El niño y la joven duermen. La abuela da cabezadas.*)

PADRE. — Ya duerme mi madre... Los chicos parece que se tranquilizaron un poco...

MADRE. — ¡Hijos míos!...

PADRE. — ¿Qué te pasa? ¿Lloras?

MADRE. — ¡Hijos míos!

PADRE. — Tienes razón...

MADRE. — Nada dije.

PADRE. — Lo bastante. En ese «¡Hijos míos!» dijiste mucho ya.

MADRE. — No te comprendo.

PADRE. — Yo a ti sí. ¿Para qué vinieron al mundo? Para sufrir. Para pasar hambre. Para tostarse en verano bajo un sol implacable; para tiritar en invierno al entumecerse sus carnes por un frío más implacable todavía... Y nosotros viéndolo sin poder remediarlo.

MADRE. — ¡Mucho mal debemos haber hecho en la vida para pagarlo de esta forma!

PADRE. — Tal vez lo hicimos... No lo recuerdo, pero tal vez lo hicimos. Mas, ¿y ellos? ¿Qué han hecho ellos? Vivir... y vivir por culpa nuestra.

MADRE. — ¿Por nuestra culpa?

PADRE. — Sí. No sé explicar bien lo que siento, mas oye. Los que viven como nosotros, no debieran tener hijos. La mujer y el hombre que están condenados a la miseria, no debieran unirse.

MADRE. — ¿Y qué sabíamos nosotros? Cuando nos conocimos tú trabajabas... Cuando nos conocimos... ¿Te acuerdas?

PADRE. — ¿Que si me acuerdo? ¡Qué felices éramos entonces...! Dejaba yo el pico cuando el trabajo terminaba y corría a buscarte y nos íbamos a pasear por fuera del pueblo. Por las noches, tú, en tu casa, detrás de la reja, yo en la calle y en la reja apoyado... Hablábamos mucho... ¿Qué hablábamos?

MADRE. — ¿Qué sé yo? Tonterías.

PADRE. — Y pasó el tiempo, y entré yo en tu casa, y le hablé a tus padres. Pensamos en casarnos, en la felicidad que nos esperaba, en querernos mucho, mucho... más de lo que entonces nos queríamos.

MADRE. — ¡Nos queríamos ya tanto!

PADRE. — En cuanto acababa yo de cenar, iba a verte. Tu madre rezaba como siempre, como rezaba la mía hace un momento, con el rosario entre las manos. Una noche... ¿Te acuerdas?

MADRE (*como si evocase un recuerdo grato*). — La noche aquella...

PADRE. — Era del mes de mayo... Tú y yo estábamos junto a la ventana... La luna, desde el cielo, parecía mirarnos... Nosotros hablábamos... Tu madre se quedó dormida... Nosotros seguíamos hablando... ¿Qué nos decíamos?

MADRE. — ¿Qué sé yo? Tonterías.

PADRE. — Los mozos y las mozas se retiraban de la plaza, donde habían estao bailando toda la tarde... Vestían el traje de domingo... Porque era domingo, ¿verdad?

MADRE. — Sí; creo que era domingo.

PADRE. — A lo lejos se escuchaba una voz que cantaba... ¿Cómo decía la copla?

MADRE. — La copla aquella... ¡Ah! Sí. Decía:

Cree el mozo que le quiero
porque al mirarle suspiro;
soy más pícara que hermosa
y no me lo ha conocido.

PADRE. — Tú te sonreiste; yo, sin saber por qué, me entristecí... Temía que fueses tú la de la copla... La voz cantó otra vez:

Juramentos de los hombres
a golondrinas semejan...
En verano hacen los nidos,
pero en invierno los dejan.

MADRE. — Entonces eras tú el que sonreías y yo la que me puse triste.

PADRE. — Apartaste tus manos de las mías... Los dos nos quedamos muy callaos... Yo sentí... No sé lo qué sentí... Volví a cogerte una mano..., luego otra...

MADRE. — Yo te dejaba hacer... La voz se alejaba y volvimos a no poder entender lo que decía.

PADRE. — Yo quise preguntarte algo y acerqué mi cara a la tuya y, al ir a hablar, las palabras se me quedaron como atravesadas en la garganta... Y me acerqué más y tú...

MADRE. — Yo, sentía una cosa muy rara... Me dabas miedo y, sin embargo, deseaba que te acercases más, más...

PADRE. — Y lo hice, y te apreté las manos mucho, mucho y te dí un beso...

MADRE. — ¡El primero!

PADRE. — El primero, sí... ¡Ojalá no nos lo hubiésemos dado nunca! Nos casamos. Tú querías un hijo... ¡Tú lo querías...! ¡Tú tuviste la culpa!

MADRE. — También lo querías tú.

PADRE. — También tuve la culpa yo. Un día me dijiste: «¿Sabes...? Parece que... No acabaste de hablar... Te pusiste muy colorada. Yo comprendí lo que querías decirme y sentí una alegría muy grande y te dí muchos besos; la mitad eran para *aquello* que te avergonzaba tanto nombrar. Yo quería que fuese niña y que se pareciese a ti...»

MADRE. — Yo quería todo lo contrario.

PADRE. — Vino la hija.

MADRE. (*Mirando a la joven.*)—¡Mi Juanita!

PADRE. — Yo seguía trabajando... Un día el trabajo acabó. Vino la miseria... Murieron tus padres... La casa en que vivíamos en el pueblo había que pagarla... No teníamos pan que llevar a la boca y había que pagar la casa. Nos iban a echar de ella... ¿Qué hacer?... Lo que hicimos: levantar esta choza aquí, en el yermo, y venirnos a ella con mi madre y nuestra hija. Comenzaron las obras de la carretera y trabajé otra vez. Ganaba poco, pero con ello y con la ayuda de mi madre, vivíamos. Pasó el tiempo. Entonces me dijiste, ya sin ponerte colorada, que íbamos a tener otro hijo. Yo no lo deseaba... Yo no tuve la culpa.

MADRE. — Tampoco lo deseaba yo.

PADRE. — Tampoco tuviste la culpa tú. Lo esperamos, pero no con la alegría que habíamos esperado al otro; lo esperamos con la tristeza de que el pan escaseaba cuando una nueva boca no tardaría en pedirlo. Y vino el hijo.

MADRE (*mirando al niño.*) — Mi Pedro.

PADRE. — ... Y empezó a enfermar nuestra hija. No podíamos darla lo que necesitaba, y ca vez más enferma... ¡Ca vez más enferma...!

MADRE (*sollozando.*) — ¡Hija mía! (*La joven tose.*)

PADRE. — ¡Después...! ¡Después! ¡Cómo ruge el viento! ¡Cuánto frío hace! (*Se levanta desesperado. La madre llora. La abuela sigue cabeceando. El niño se mueve. Hay una pausa grande.*)

LA JOVEN (*al niño.*) — Ahora eres tú el que no te estás quieto.

EL NIÑO. — ¡Tengo mucho frío!

MADRE. — ¡Hijos! ¡Hijos! (*Cogiendo al niño.*) Ven, Pedrín; tal vez en mis brazos estés mejor. Ven. (*Le acuesta en sus rodillas y llora.*) ¡Duerme, hijo, duerme!

EL NIÑO. — Madre... Canta, cántame algo... Cuando me cantas, duermo...

MADRE. — ¿Cantar yo?

PADRE. — No llores, mujer...

EL NIÑO. — Canta, madre...

MADRE. — Lo haré para que duermas... (*Empieza a cantar con la voz ahogada por el llanto.*)

A la nana, nana,
chiquitito mío...

¡No puedo! (*Dolorosamente.*)

Ya no tiene hambre,
ya no tiene frío...

EL NIÑO. — ¡Me hielo! ¡Me hielo!

MADRE. — Duerme, hijo, duerme... (*Rompe en sollozos, mientras el niño tiembla entre sus brazos.*)

PADRE. — ¡Oh! ¡Esto es horrible! Mujer... mujer... ¡Hijo...! ¿Dónde hallaros calor? Tal vez pueda encontrar algunas matas secas. (*Se dirige a la puerta y la abre.*)

MADRE. — ¿Dónde vas?

PADRE. — A dar una vuelta por los alrededores de la casa. Puede que alguna rama...

MADRE. — No salgas, Juan.

PADRE. — Hay que darles calor a los hijos.

MADRE. — ¿Y si el lobo...?

PADRE. — El lobo no baja esta noche.

MADRE. — Que salga contigo León, si piensas alejarte.

PADRE. — Me alejaré poco. ¡León! (*Llama hacia el sitio donde se supone que está el perro.*) ¡León!

MADRE. — No quiere salir. Cógele hasta que cierres. (*El padre se dirige detrás del banco y saca al perro cogido del cuello. Al salir.*) ¡Qué noche más horrible! (*Sale y cierra.*)

EL NIÑO. — ¡Madre! Canta...

MADRE. — No puedo, hijo, no

puedo. (*Llorando.*) ¡Pobres de nosotros!

LA JOVEN. — (*Al ver llorar a su madre la contempla como no comprendiendo y dice.*) ¡Madre! ¡Madre! (*La madre no contesta. La joven se levanta y llega junto a ella.*) ¡Madre!

MADRE. — (*Apretándola contra su pecho.*) ¡Hija! (*Solloza más fuerte. De pronto se oye cerca de la casa el aullido prolongado del perro. La abuela despierta sobresaltada.*)

LA JOVEN. — ¡Los lobos, madre!

MADRE. — Es León que tiene frío.

ABUELA. — Aulló el perro. *Cuando el perro aulla muerte segura.* Padre nuestro, que están en los cielos, santificado... (*Sigue rezando por lo bajo.*)

LA JOVEN. — ¿Y cómo está León fuera de casa?

MADRE. — Salió con padre...

ABUELA. — ¿Pero Juan está loco? Salir con esta noche.

MADRE. — Ha ido a ver si encontraba algo de leña...

ABUELA. — ¿Leña? Dios la dé. (*Vuelve a escucharse más lejano el aullido del perro. La vieja se estremece.*) ¡Otra vez el perro!... Así en la tierra como en el cielo... (*Sigue murmurando.*)

LA JOVEN. — (*De la pared del fondo descuelga la jaula.*) ¡Mi jilguero, mi pobre jilguero, va a morirse de frío. (*Mete la mano dentro de la jaula y saca el pájaro.*) Tiembla como si fuese una persona. Aguarda, pobruco; del cacho de pan que me dieron te guardé unas migajas. A ver si comiendo se te quita ese frío... (*De entre sus ropas saca unas migas de pan; toma asiento en la tierra y se dispone a dar de comer al jilguero.*) Toma... Abre el pico... Condenao, abre el pico... (*Pausa.*) Traga, tonto, traga. (*En silencio prosigue dando de comer al pájaro.*)

ABUELA. — Parece que ya no aulla el perro. Tengo las manos agarrotás de frío.

MADRE. — Igual me pasa a mí. Cogí a Pedrín para darle calor... ¿Qué calor voy a darle? (*A la joven.*) Y a ti, ¿qué te pasa? Estás amoratá. ¿Qué tienes?

LA JOVEN. — Frío, madre. Y el jilguero no come y tampoco deja de temblar. Lo meteré junto a mi pecho; tal vez esté mejor. (*Mete el pájaro en el pecho.*)

MADRE. — ¿Y tú? A ver. Ven. Dame la mano. ¿Dices que tienes frío?

LA JOVEN. — Mucho.

MADRE. — Si estás ardiendo.

ABUELA. — Esta noche no vienen los lobos.

MADRE. — Acaso hoy bajen al pueblo.

ABUELA. — Cuando oí aullar a León creí que ya los teníamos aquí... El aullido del perro me hace estremecer. Ten por seguro que predice una muerte. Cuando le sientas echa unas lágrimas y reza una oración porque un alma va a subir a los cielos.

LA JOVEN. — Brujerías.

ABUELA. — No son brujerías. La noche antes de morir mi padre aullaba el perro como si estuviera endemoniao. Aullando empujé la puerta de la casa y mi padre comenzó a agonizar. Paecía que, con el perro, había entrao la muerte. (*El viento se calma unos instantes. Pausa.*) ¿Oyes? (*Amedrentada. Quedan escuchando.*)

MADRE. — Acaso el aire...

ABUELA. — Acaso... (*Los brazos de la vieja se extienden como si quisieran detener a algún ser invisible.*) ¿Por qué aullaría el perro? (*La superstición se extiende por el ambiente.*) No es el aire. ¿Oyes? También sentí esos pasos la noche aquella.

MADRE. — No es el aire. Será Juan. (*Siguen escuchando. Pausa.*) Nada ya...

ABUELA. — (*Escuchando.*) Nada. Igual que aquella noche. (*De pronto suenan tres golpes fuertes, violentos, en la puerta. Todos se miran sorprendidos.*)

EL NIÑO. — ¿Llamaron?

ABUELA. — ¿Llaman? Juan no es. No es ese su llamar.

MADRE. — ¿Quién podrá ser? (*Vuelven a sonar otros tres golpes, más fuertes, más violentos.*)

LA JOVEN. — Tengo miedo.

UNA VOZ FUERA. — ¡Ha de la casa!

ABUELA. — Es un hombre.

UNA VOZ FUERA. — ¡Ha de la casa!

MADRE. — ¿Quién es?

UNA VOZ FUERA. — Un peregrino. Abran por compasión.

MADRE. — ¿Qué hago?

ABUELA. — Abre. (*La madre abre la puerta; en el umbral aparece el Peregrino. Es bajo de estatura y delgado de cuerpo. La cabellera, blanca y sin cortar, cae en mechones despeinados; las barbas, grises y luengas, descienden a su pecho enmarañadas. Su piel tiene broncíneas tonalidades. La boca es desdentada y sumida. El rostro arrugado. Sin embargo, este personaje no debe ser muy anciano; su expresión es la de un hombre envejecido por largos años de sufrimiento y de trabajo, por seguidas noches de desvelo y de llanto, por el tormento continuo de una conciencia implacable que acusa, de un remordimiento que envenena, de un pensamiento que el olvido se empeña en alejar, cuando está para siempre grabado en el recuerdo. Los ojos miran con vaguedad y cansancio. De sus ropas cuelgan rosarios de conchas y de huesos que, al chocar, producen extraños ruidos. Medallas de tres colores: oro, cobre y plata, van entre los rosarios y tiemblan como si tuviesen frío. También el viejo tiembla. Al andar, arrastra el pie derecho tal que si una cadena de eslabones pesados estuviese soldada en el tobillo. Los niños se aprietan medrosos contra la madre. Todos ponen la vista en el extravagante personaje. La madre cierra la puerta, frente a la que sigue meciéndose la cruz.*)

PEREGRINO. — ¡A la paz de Dios! Págueles la buena obra Nuestra Señora del Amparo.

MADRE. — Pase, hermano peregrino. ¿Cómo a estas horas por el yermo?

PEREGRINO. — Salí del pueblo siendo tarde, con intención de llegar al otro antes de la noche. Dejé la carretera y tomé un camino, dejé el camino y tomé un atajo; perdíme, y, como la noche está tan obscura, no pude volver a encontrar la carretera. He dado muchas vueltas por el yermo. Vi desde lejos la luz que salía por esa ventana y aquí me tienen. Vengo helado. ¿No pueden darme un poco de calor?

MADRE. — ¿Calor? En esta casa no hay calor, hermano; el hogar está falto de leña como el saco está falto de pan.

PEREGRINO. — ¿Pan? Traigo yo un poco en mi zurrón. (*Al niño.*) ¿Quieres, rapaz?

EL NIÑO. — Sí.

PEREGRINO. — (*Saca del zurrón un trozo de pan negro.*) Toma.

ABUELA. — Da las gracias, Pedrín. (*El niño no hace caso. Come.*)

PEREGRINO. — ¿Y la rapaza?

MADRE. (*A la joven.*) — ¿Quieres pan, Juana?

LA JOVEN. — Quiero calor.

MADRE. — ¡Pobre hija!

PEREGRINO. — Toma mi manta y arrópate. (*Deslía la manta de su cuerpo y se la entrega a la madre.*)

ABUELA. — ¿A dónde marcha, hermano peregrino?

PEREGRINO. — A Compostela.

MADRE. — ¿A pie y sin dinero?

PEREGRINO. — Sin dinero y a pie. Camino adelante, siempre adelante con nubes y con sol, con lluvias y con nieve. Pido limosna en los pueblos porque paso; en el monte bebo agua en los manantiales, en el llano calmo mi sed en los arroyos... A veces, los pastores me ofrecen leche del ganado y me dejan pasar la noche en el aprisco... Otros me tiran piedras con la honda, tal que si fuese una alimaña y me azuzan los perros como si se tratase de un lobo. En las aldeas pasa lo mismo; en unas me reciben como se debe recibir a todo forastero, en otras me insultan y me echan igual que a un gitano que intentase robarles.

ABUELA. — Y, ¿qué hace el hermano peregrino entonces?

PEREGRINO. — A los que me tratan mal, ¿qué voy a hacer sino perdonarlos? A los que me reciben bien págoles con advertencias y consejos. También les digo muchas cosas que sé y que son necesarias.

MADRE. — ¿Qué es ello?

PEREGRINO. — Conozco las hierbas que curan muchos males del cuerpo, las calenturas, el mal de ojo, las heridas... Sé cuál es la que absorbe el veneno de la picadura del alacrán, y el mordisco del perro rabioso. Sé oraciones que echan los demonios del cuerpo de todo aquel que esté por ellos poseído... Sé, para las casadas, la que han de rezar cuando quieran hijos, y, para las solteras, la que han de decir cuando deseen novio. Llevo amuletos para el que es despreciado y ansía ser querido; sé romances de guerras y bandidos; sé... No acabaría nunca de decir lo que sé.

MADRE. — ¿Por qué es su peregrinación?

PEREGRINO. — Por una promesa. He prometido a la Santísima Virgen ir hasta Compostela de este modo, contándole a todo el mundo del sitio de donde vengo para sentir la vergüenza de ver que me desprecian y me huyen... Este sacrificio lavará mi culpa.

MADRE. — ¿Qué le desprecian y le huyen? ¿De dónde viene, hermano?

PEREGRINO. — Del sitio donde más se sufre.

ABUELA. — Se sufre tanto en todas partes, que no es fácil saber cuál es el sitio donde se sufre más.

PEREGRINO. — En el sitio de donde yo vengo.

ABUELA. — ¿Cuál es?

PEREGRINO. — De presidio. (*A este*

nombre sigue un movimiento de terror en la abuela y en la madre. Las dos contemplan al desgraciado con una mirada de miedo y de curiosidad.)

MADRE. — ¡De presidio...! ¿Y por qué estuvo en él?

PEREGRINO. — Por una muerte...

MADRE. — ¿Mató a un hombre?

PEREGRINO. — A una mujer. La quería mucho. Me quedé en la miseria... Tuve que matarla... Fuí preso... En los patios del presidio, en los calabozos obscuros perdí mi juventud. Hice mal en matarla, porque yo no podía vivir sin ella... Yo no pensaba más que en que había matado al único ser a quien quería en el mundo, en que iba a salir del presidio y no la encontraría... El cura del presidio, que era muy bueno, me dijo que si no la encontraba en esta vida, arrepintiéndome la encontraría en la otra. Le creí, le creo, trato de depurar mi alma e hice la promesa de ir a Compostela, imponiéndome el sacrificio de decirle a todo el mundo de dónde vengo, para que me maltraten y desprecien. Bien lo hacen. Dios perdona al arrepentido, pero los hombres no perdonan nunca. Esta es mi historia. Voy a Compostela por ella, estoy aquí por ella, vivo por ella; esta es mi historia, esta es mi vida, porque mi vida es ella.

MADRE. — ¡Desgraciado!

PEREGRINO. — Donde veo una cruz rezo. Ante esa cruz de madera he rezado. Y, dígame, buena mujer, ¿quién puso ahí esa cruz?

ABUELA. — La gente del pueblo. Dicen que, hace ya tiempo, se reunían las brujas aquí, en el centro del yermo y en las noches de tormenta, llamaban a los rayos que mataban a todo el que pasaba. Entonces decidieron los del pueblo poner ahí esa cruz para espantarlas; por eso la llaman *la cruz espantabrujas*...

PEREGRINO. — ¿Y las brujas?

ABUELA. — Dicen que ya no han vuelto. Los rayos han seguido cayendo.

PEREGRINO. — Es extraño que, siendo de madera, no se caiga con estos huracanes.

MADRE. — No deja de moverse. Mírela. Parece que está viva.

ABUELA. — ¿Está cojo el hermano peregrino?

PEREGRINO. — Es la cadena de blancas, la maldita cadena que aun parece que la llevo arrastrando. (*Hácese el silencio.*)

LA JOVEN. — Moriráse el jilguero... Mírale, madre; acurrucadico en mi pecho tirita... ¡No quiero que se muera!

PEREGRINO. — Querrá Dios.

LA JOVEN. — Si Dios me mata mi jilguero, Dios debe ser muy malo.

PEREGRINO. — Calla, rapaza...

LA JOVEN. — Yo ca vez tengo más frío; ni la manta me hace entrar en calor.

MADRE. — Si Dios también quisiere que... ¡Oh! ¡Maldito Dios entonces!

PEREGRINO. — No blasfeme, hermana. Si Dios quisiese eso, en el cielo se la guardaría para que allí la viera, como a la otra me la está guardando para que yo la encuentre. (*Se oye aullar el perro.*)

ABUELA. — Otra vez aulla el perro...

MADRE. — Ya vuelve Juan... ¿Traerá leña?

ABUELA. — Padre nuestro que estás en los cielos... (*Llaman a la puerta*).

MADRE. — ¿Eres tú, Juan?

PADRE. (*Afuera.*) Yo soy. Abre... (*La mujer abre.*)

ABUELA. — ... Santificado, sea tu nombre... (*Sigue murmurando.*)

PADRE. — (*Aparece en la puerta amoratado por el frío y seguido del perro... Su mujer le mira y él dice dolorosamente.*) ¿Qué me miras...? Nada... Ni una mata, ni una rama... Nada...

MADRE. — ¡Es horrible!

ABUELA. — Aquí tienes un peregrino, Juan. Perdióse y nos ha pedido albergue por esta noche.

PADRE. — Bienvenido sea y bien hicísteis en dárselo.

PEREGRINO. — Dios se lo pague.

PADRE. — Sólo estas paredes podemos ofrecerle... ¿Qué haces, Juana?

LA JOVEN. — Mi pájaro que se muere de frío.

MADRE. (*Al padre.*) — Oye... Mira tu hija... Su carne está morada... No hace más que temblar... ¡Está muy mala...! ¡Muy mala...!

PADRE. — ¡Maldita noche! ¡No hay en la llanura nada que pueda dar calor a vuestros cuerpos...! ¡Nada!

PEREGRINO. — ¡Pobre rapaza! (*Coge la mano de la joven.*) Parece la mano de la muerte...

PADRE. — ¿Qué dice?...

ABUELA. — El perro aullaba...

PADRE. — ¡La muerte...! Y yo, sin poder darla lo que necesita... ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

PEREGRINO. — Rezar...

ABUELA. — Rezar, sí. Tal vez Dios se apiade de nosotros.

PADRE. — Dios nos olvida...

PEREGRINO. — ¡Desdichado! Recemos.

PADRE. — ¿Rezar...? Es inútil rezar. Por mucho que recemos no saldrán árboles en la llanura...

PEREGRINO. — ¿No tiene fe en Dios?

PADRE. — ¿Tener fe en Dios...? ¡Mis hijos se me mueren de frío!

ABUELA.—Juan... No blasfemes.

PADRE. — ¿Dónde encontrar fuego? (*Desesperado hunde la cabeza entre las manos, ensimismándose, buscando una idea que le pueda guiar a la salvación de las criaturas que tiemblan.*)

ABUELA. — ¡Pobre hijo mío...! (*Empieza a contar las cuentas del rosario.*)

PEREGRINO. — ¿Qué hace, abuela...?

ABUELA. — Rezar por él... (*Señalando al padre*).

PEREGRINO.—Yo la acompañaré... Recemos...

ABUELA Y PEREGRINO. — Creo en Dios padre, todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo... (*Siguen rezando por lo bajo, produciendo un ruido semejante al de un gran moscardón que batiese las alas. La joven contempla penosamente al pájaro. La madre solloza. El perro gruñe... Por la ventana se ve la negra silueta de la cruz que se mece. El padre levanta lentamente la cabeza y fija los ojos en sus hijos; sus pupilas quedan inmóviles sobre las criaturas como si quisiese calentarlas con ellas... Luego las aparta y las deja vagar por la estancia, tal que si buscase algo que no encuentra... El viento brama fuera... Los ojos del padre se detienen sobre el hacha que cuelga en la pared; luego se apartan de ella y miran a la ventana, tras de la que se mece la cruz... El padre la contempla... Su rostro parece animarse; una extraña expresión se aboceta en él; de sus labios sale una exclamación.*) ¡Ah! (*Nadie le observa. Lentamente se levanta y se dirige silencioso al muro donde reluce el hacha... La descuelga y la aprieta nervioso entre sus manos; luego se dirige a la puerta; abre con sigilo. Los goznes de la puerta chirrían; al oirlos, dice, levantando la cabeza.*)

MADRE. — ¿Dónde vas, Juan?

PADRE. — Espera... (*Sale y entorna.*)

ABUELA. — ¿Quién salió?

MADRE. — Juan...

ABUELA. — ¿Dónde fué?

MADRE. — Lo ignoro... (*Se oyen unos golpes secos, monorrítmicos.*)

PEREGRINO. — ¿Qué es eso?

MADRE. — Lo ignoro.

ABUELA. — Parece que dan golpes con un hacha...

MADRE. — ¿Con un hacha? (*Involuntariamente dirige los ojos donde estaba colgada el arma.*) ¿Dónde está el hacha? Se la ha llevado Juan.

ABUELA. — ¿Para qué...?

MADRE. — ¿Acaso...?

ABUELA. — ¿Qué pensaste? Sigue... Acaso dijiste... ¡Ah! Será...

MADRE. — ¡La cruz!

ABUELA. — ¡La cruz...!

PEREGRINO. — ¿Cómo? ¿Quieren decir que...? No; no es posible... No puede ser... Hay que evitarlo... (*Va hacia la puerta. En este momento se ve por la ventana caer el simbólico madero. En seguida se oye el golpe de algo grande que da contra la tierra. El peregrino se detiene.*) ¿Eh?

MADRE Y ABUELA. — ¡La cruz!

PADRE. — (*Empuja la puerta y aparece. En sus pupilas brilla el júbilo. Tira el hacha al interior y grita*): ¡Ya encontré leña! (*Entra arrastrando un largo pedazo de madera.*)

PEREGRINO. — ¿Qué hizo?

MADRE Y ABUELA. — ¡La cruz...!

PADRE. — La cruz, sí. (*Con el hacha comienza a hacer astillas y a colocarlas en montón.*)

PEREGRINO. — ¿Será capaz...?

PADRE. — Véalo. (*Enciende las astillas.*)

LA JOVEN. — ¡Mi pájaro murióse; por algo León aullaba...!

PADRE. — Desplúmalo; te lo asaremos a la lumbre. Calentáos, hijos, calentáos... (*Los niños se acercan lentamente al fuego. La madre queda cerca de él. El peregrino se arrodilla. La abuela queda alejada medrosamente.*)

ABUELA. — ¡La cruz espantabrujas!

PEREGRINO. — ¡La cruz...!

MADRE. — ¡La cruz!

PADRE. — ¡Para lo que servía...!

LA JOVEN. — ¡Pobre jilguero, y qué extendías se le han quedao las alas!

JOAQUÍN DICENTA (HIJO).



I

La muerte de Clementina dejó en la casa una quietud de museo, un silencio alarmante y expresivo, en el cual a lo largo de las habitaciones y bajo los graves cortinajes de las puertas, los recuerdos enlutados parecían caminar de puntillas.

Don Alberto ya no lloraba. Vencido y como limado el dolor taladrante de los primeros meses de viudez, una serenidad que tenía mucho más de fatiga y agotamiento moral que de genuina y reflexiva resignación, fué encalmando su espíritu. Esa cólera impotente, tristemente inútil, que experimentan los hombres ante la desaparición de lo que amaban, había quebrado en pedazos su recia voluntad. ¡Clementina se fué!... Ya podía él blasfemar, dirigir al Cielo con gesto retador los puños crispados, mesarse los cabellos, mojar en llanto amarguísimo las almohadas del lecho solitario... ¡que nada bastaría a hacerla volver! Y esta convicción dió a sus ademanes una lentitud nueva y extraña, y apagó el timbre de su voz, y quitó a su modo de andar el ritmo y la firmeza bulliciosa de otros tiempos, y espació por su conciencia una paz sin ruidos ni colores. Don Alberto no deseaba nada, ni esperaba nada. ¿Para qué, si ya iba siendo viejo y el amor no le dió hijos? Y ante el panorama dantesco de su pobreza y de su abandono, su espíritu, desgobernado por el infortunio, se cruzó de brazos.

Como todos los solitarios, gustaba Don Alberto de abismarse en las dulzuras, siempre un poco amargas, del recuerdo; y por las tardes, echado sobre un diván de su despacho, abandonada su imaginación por los paisajes rientes — paisajes verdes, como vestidos de ilusión — de los años idos.

Al otro lado de la habitación y metida en el largo rectángulo de un cuadro con marco dorado puesto sobre la chimenea, aparecía la muerta. Vestía una falda blanca bien ceñida al cuerpo grácil y menudo, y una blusa de seda de color añil intenso y joyante. En el óvalo rosado del rostro niño, la boca, de labios gruesecillos y rojos, parecía un lunar sangriento; breve y respingueña era la nariz, cuyas alas vibrátiles dilatábanse en una inspiración sensual; los ojos verdeantes habían una expresión tenaz, mortificante, de curiosidad y desenfado; sobre la frente, pequeña y bien calzada, los rubios cabellos crespos ardían como hilos de sol. Toda la figura tenía un aplomo señoril que acusaba una gran pureza de raza. Eran los hombros redondos, el busto firme y amplio; por entre la blanca carcajada de los encajes que adornaban las bocamangas, los antebrazos aparecían tersos, ondulantes como cuellos de cisne; los dedos de las manos inteligentes y pequeñas centelleaban bajo un cegador derramamiento de perlas, de brillantes, de esmeraldas simbólicas, de rubíes crueles.

—¡Qué joyas!... — pensaba Don Alberto.

Y esta exclamación sencilla era la síntesis de cuanto el alma, un poco extraña, de Clementina había amado.

Fueron las joyas, efectivamente, la gran pasión de la muerta. Don Alberto recordaba las circunstancias que precedieron o rodearon su adquisición. "Estas dos sortijas las compré hace seis veranos, la víspera de salir para San Sebastián"... "Este collar se lo regalé en París. Pasábamos por delante de la Magdalena y empezó a llover"... O bien: "Este aderezo lo estrenó una noche en que Tamagno cantaba *Otello*"...

Así podía decirse que la historia de la difunta, escrita había quedado, bajo las tapas de sus joyeros, en páginas de oro. Aquello fué, más que una manía, una enfermedad. De las trece mil o catorce mil pesetas que le producía a Don Alberto su capital, ventajosamente colocado en una compañía anónima, Clementina gastaba anualmente en joyas cerca de la mitad. Muchas veces, el esposo trató de poner límite a tan absurdo derroche; mas no lo consiguió, porque Clementina se echaba a llorar: ella vivía sin boato, obscuramente, como una buena burguesita; ella vestía con modestia y viajaba poco; a ella el amor no la había dado hijos: ¿por qué privarla entonces del consuelo de sus joyas?... ¡Había tanta alegría en la canción de las pulseras tintineantes, y en las risas de fuego que lanzaban las diademas y los cintillos mordidos por la luz!... Además, el dinero que se emplea en alhajas no es dinero perdido...

Vencido por tales razones, Don Alberto cedía, que al cabo el verdadero amor no sabe hacer más. Y llegaron los años malos. Quebró la compañía anónima que administraba la fortuna de Don Alberto, y el matrimonio quedó en la miseria. Al esposo, que no había trabajado nunca, le asustaba la vida. ¿Cómo luchar por ella?... Fué preciso vender la casita que tenían en un pueblecillo costanero del norte; y luego, un olivar; y, finalmente, varios muebles de lujo que no hallaban acomodo fácil en el modesto pisito tercero a donde se habían trasladado. Este lamentable derrumbamiento duró más de tres años, que en las casas donde hubo mucho, las caídas son lentas.

Sin embargo, Don Alberto no se apuraba gran cosa, considerando que las joyas de Clementina no valdrían menos de ocho o nueve mil duros, con los cuales había más que suficiente para emprender un negocio cualquiera. Al fin, haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, se atrevió a decírselo.

—¿Y si vendiésemos tus joyas?... Tiempo tendremos, cuando la fortuna abonance, de comprar otras.

Pero ella palideció, palideció intensamente, de dolor sin duda.

—Mis joyas las venderemos más adelante... cuando no haya otro remedio... ¡yo te lo ruego!... Considera que para mí vender una alhaja... ¡no te rías!... es como para una madre vender un hijo!...

No insistió Don Alberto, que la porfía en tal ocasión hubiera sido indelicadeza. De todos modos, el recuerdo de aquellas joyas le confortaba: era algo precioso que siempre estaba allí, para resolver el pavor de algún día negro.

Clementina murió del pecho, y sus últimos meses fueron tristísimos. La joven, siempre vestida de blanco, pasaba las tardes sentada delante de un balcón, con los hermosos ojos azules fijos en el espacio y abandonadas sobre el regazo las manos inertes. En la blancura exangüe de la piel, las joyas brillaban melancólicas.

El matrimonio recibía muy contadas visitas. Únicamente Dionisio Dorral, el médico, iba a verles todas las tardes. El año anterior había terminado su carrera y ya empezaba a ser famoso. Apropósito de una cura casi milagrosa, la prensa habló de él y publicó su retrato. No tendría más de treinta años: era un hombre alto, rubio, de porte correctísimo, y un poco enigmático, cuya sonrisa, agradable y fría a la vez, parecía de oro...

II

Dos años después de fallecer Clementina, Don Alberto, que desde el pisito tercero donde enviudó fué cayendo hasta dar con sus viejos huesos y los cuatro bártulos que le quedaban de su antiguo ajuar en un sotabanco interior, guardaba intactos aún los joyeros de la muerta.

—El valor total de las alhajas que hay aquí—meditaba Don Alberto—no bajará de cuarenta mil a cuarenta y cinco mil pesetas. ¡Si yo las vendiese!...

Pero el recuerdo amadísimo de Clementina le robaba la voluntad de hacerlo, y no se atrevía: debía dos meses al casero, iba mal vestido, hasta padeció hambre... y no se atrevía.

—Lo que yo hago,—murmuraba—ella también lo hubiese hecho. Es grosero dejar que brillen en otras manos... ¡quién sabe en cuáles!... las sortijas que adornaron las suyas.

Y se contenía.

Al cabo, preciso le fué claudicar de su noble actitud, y decidióse a vender a cierto joyero amigo suyo, unos pendientes por los que Clementina dijo haber pagado mil doscientas pesetas.

El joyero examinó la alhaja, y su rostro judáico, cetrino y aguileño, tuvo un gran gesto de asombro.

—¡Estos pendientes—exclamó—son falsos!

—¡Falsos!...—repitió como un eco doloroso Don Alberto.

—¿No lo ve usted?

—¿Yo?... No entiendo.

—Pues fíjese...

Y echaba sobre lo que parecía oro tres o cuatro gotitas de un líquido misterioso, que manchaba el metal y lo hería con mordisco ardiente.

—Esto—concluyó diciendo el comerciante—es una chuchería de bazar. Yo no daría por ella ni media peseta.

Don Alberto volvió aterrado a su casa. ¡Qué dolor! Después de haber caído en la cobardía de vender las joyas de Clementina, su traición resultaba baldía. Pasó una noche horrible; en su pobre lecho los remordimientos sañudos retorcíanse como víboras.

A la mañana siguiente, sin embargo, regresó a la joyería. Esta vez llevaba en un maletín todas las alhajas. Apenas las miró, el joyero lanzó una carcajada brutal.

—¿Pero qué me trae usted aquí, hombre de Dios?—gritó.

Don Alberto balbuceaba:

—¿El qué?... ¿Eh?... ¿Cómo?...

—¡Vamos! Le doy a usted cinco pesetas si me las quita usted de delante... Lo que a los músicos buenos les ocurre con una desafinación, nos sucede a nosotros los joyeros con estas baratijas estúpidas: nos lastiman, nos irritan...

De pronto su ademán cambió.

—Sin embargo—dijo—espere usted, espere usted...

Cogió un collar.

—Este collar—murmuró, frunciendo el sobrecejo, como si lo tasase mientras hablaba—es fino. Le habrá costado a usted... dos mil pesetas...

—Dos mil doscientos francos,—repuso Don Alberto.

Era el collar con que él ferió a Clementina en París, cerca de la iglesia de la Magdalena, una tarde de lluvia... El joyero añadió:

—Eso es... eso es... No me extraña que le haya costado esa cantidad.

También diputó buenos un imperdible, un cintillo de menudos rubíes y dos sortijas. Las únicas alhajas, precisamente, que Don Alberto había comprado.

—Todo lo demás—agregó—puede usted tirarlo a la basura. No vale diez céntimos.

Varios meses Don Alberto vivió bajo el peso enloquecedor, homicida como un casco de tortura, de la misma pregunta: ¿Por qué las joyas mercadas por él eran buenas, y por qué las que Clementina compró eran falsas?

Sin duda, ella conocía el ningún valor de tales alhajas, y por esto se opuso siempre tan tenazmente a venderlas. Y si ello fué así, como él sospechaba, ¿en qué pudo gastar Clementina los ocho o nueve mil duros que, según afirmó repetidas veces, había invertilo en toda aquella quincalla?

Y ante esta interrogación, repetida mil veces en el transcurso odioso de las noches sin sueño, Clementina, desde su tumba, parecía responder con el silencio eternal, desesperante, de sus labios cerrados.

Una tarde, Don Alberto fué sorprendido por la visita de su antiguo amigo Dionisio Dorral, que iba a París y luego a Londres, presidiendo una comisión científica.

—Como mi permanencia en el extranjero será larga,—dijo—no quise marcharme sin despedirme de usted.

—Por si no volviésemos a vernos,—repuso Don Alberto.

—Por eso...

Era el joven enigmático y correctísimo de siempre, con su fino bigote de adolescente, sus cabellos partidos simétricamente sobre la frente reflexiva, y su sonrisa de oro, amable y fría, una sonrisa que trajo a la memoria de Don Alberto el recuerdo de los joyeros de Clementina.

Dionisio Dorral continuó:

—Hace pocos días supe casualmente que se hallaba usted en una situación precaria. Por fortuna, puedo serle a usted útil...

Y como Don Alberto insinuase un ademán de protesta.

—¡No me desaire usted!—exclamó Dorral con un acento lleno de cordialidad y de persuasión.—Entre nosotros se puede hablar así. Por algo somos amigos de toda la vida.

Y agregó:

—Tome usted este sobre: contiene cuarenta mil pesetas, ocho mil duros. La cantidad, quizá, le parecerá excesiva... Pero no lo es, ni constituye un sacrificio para mí. Afortunadamente, en estos últimos tiempos mis asuntos han marchado muy bien y he ganado bastante.

Don Alberto, vencido, más que por la estrechez inllevable de su situación, por la sincera amistad que latía en las palabras del médico, iba a aceptar.

Pero se contuvo...

Repentinamente, había cruzado por su memoria el recuerdo de que, muchos años antes, Dionisio Dorral, que era estudiante todavía, le habló de cierta herencia repentina que le permitiría terminar su carrera. Y al pensar en esto, pensó también en Clementina, y en el misterio, hasta entonces insoluble, de sus joyas falsas. Y...

—Muchas gracias,—exclamó.—Por ahora dispongo de lo suficiente para vivir.

—¿Me desaira usted?

—No, señor... Pero, repito que, por ahora, no necesito dinero.

Insistió Dorral, y su porfía fué inútil.

—Como usted guste.

Los dos hombres se despidieron fríamente, y al mirarse sus ojos se dijeron que no volverían a saludarse nunca.

Dionisio Dorral salió. Todavía sus pies calzados con elegantes botas de charol, sonaban en la escalera. El anciano le oía alejarse... ¿Qué le dijo aquel hombre? La cantidad que acababa de ofrecerle, ¿era un donativo generoso? ¿era una restitución humillante?...

Y, de pronto, Don Alberto, que creyó ver claro en el Pasado, rompió a llorar.

EDUARDO ZAMACOIS.





Es la hora de encanto de los jardines,
que rima nuestras dulces cuitas tempranas
con el blancor de luna de los jazmines
y el madrigal sonoro de las fontanas.
Hora de las primeras líricas citas,
mientras las niñas tejen coplas galanas
y hay en el huerto virgen de sus almitas
un florecer de ingenuas rosas mundanas.

Papeles son papeles,
cartas son cartas;
palabras de los hombres
todas son falsas.

¡Dolor de los gusanos entre las rosas;
voz que dice en la vieja trova florida,
cómo algunas palabras son venenosas,
que hay recuerdos que amargan toda la vida!
Y ¡oh dulce amor que al alma pone una venda!
Gerineldo aparece por la avenida,
entre el oro galante de su leyenda,
toda ensueños la noble frente pulida.

Y su voz tiene un hondo
perfume de alma.
¿Dónde irás, amor mío
que yo no vaya?

¡Oh, noches que han dejado fragantes rastros,
en que vimos, el alma toda arrobada,
como en lagos de ensueño, temblar los astros
en los ojos azules de nuestra amada!
Juramentos que presto llevó la brisa.
—¡Te querré siempre!—¡Siempre!—Voz encantada
del instante florido, que se hizo risa
al volar al encaje de la enramada.

Papeles son papeles,
cartas son cartas;
palabras de los hombres
todas son falsas.

¡Oh, la carta primera! Casta paloma
que tiene en los recuerdos un santuario
y que hallamos un día con un aroma
antiguo, en el misterio de un relicario.
¡Juventud, primavera! Visión florida
que encanta nuestras horas de soledad,
¿por qué las cosas bellas que hay en la vida
no tienen una gracia de eternidad?

La copla lleva un tierno
jirón del alma.
¿Dónde irás tú, bien mío,
que yo no vaya?

Se ha esfumado el romance y el aire en calma
se embriaga de azahares y de jazmines.
¡Con qué dulce saudade se abate el alma
florida y añorante de los jardines!
Gerineldo se pierde por los senderos
soñando... El cielo es una tersa laguna,
y entre la flora de oro de los luceros,
en su góndola blanca cruza la luna.

EMILIO CARRERE.